

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15.

NUM. 173.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

MAYO, 1903

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
SENADO NACIONAL

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LOS ARCHIVOS DE LA CONDESA D***

(1891)

(NOVELA)

I

DE ALEJANDRO BASSILIEVITCH MOJAISKY

(Recibida en San Petersburgo el 25 de Marzo de 18...)

Muy estimada condesa Catalina Alejandrovna:

Conforme con la promesa que le hice, me apresuro á escribir á usted en cuanto he llegado á mi antiguo nido, abandonado durante tanto tiempo. Estoy cierto de que mis cartas no pueden interesarla, y que la petición que me hizo usted de escribir no era más que una frase amable; pero quiero probarla que cada uno de sus deseos, aun expresado por broma, es para mí una ley.

Por de pronto, responderé á la pregunta con que empezó nuestra última conversación en casa de María Ivanovna: ¿Por qué, á causa de qué, he dejado á San Petersburgo?

Entonces respondí á usted evasivamente; ahora la diré toda la verdad: me he marchado porque estoy arruinado; me he marchado para salvar los restos de mi fortuna, en otro tiempo grande. San Petersburgo es una ciénaga en donde se hunde uno; por esto es por lo que me he decidido á una resolución enérgica que, á decir verdad, no me ha costado grandes esfuerzos: la vida de San Petersburgo me ha aburrido bastante. Mas

por una incomprensible ironía del destino, los últimos días pasados en San Petersburgo me han hecho lamentar profundamente mi decisión.

Una mañana hube de entrar en una tienda inglesa para comprar una maleta, y allí encontré á María Ivanovna, que me invitó á ir á su casa aquella misma noche. En aquella velada estuvo usted tan encantadora conmigo, tan amable; me demostró usted tanto interés, tanta cordialidad, que mi decisión vaciló casi, y me acordé de que dos años antes, en una reunión en casa de la misma María Ivanovna, hablaba usted también amablemente á Kudriachine. ¡Con qué sufrimiento le envidiaba! Ese Dmitri Kudriachine, pensaba yo entonces, ¿por qué obtiene el beneficio de una atención exclusiva por parte de la reina de las bellas de San Petersburgo? ¿No llegará mi hora nunca?—¡Ay! Mi hora ha llegado demasiado tarde; pero de todos modos, doy gracias con toda mi alma á la que, con esa hora, me ha indemnizado de los años tristes y sombríos pasados en San Petersburgo.

No me atrevo á esperar, muy estimada condesa, que se digne usted contestar á esta carta; pero, á todo azar, incluyo mi dirección: Gobierno de Slobotsk. Mi dominio está á veinte verstas de Slobotsk, y recibo diariamente el correo.

Con el mayor respeto, tengo el honor de ser su muy devoto

A. MOJAIKY

II

DEL MISMO

(Recibida el 3 de Abril.)

¿Cómo agradecerla á usted, muy estimada condesa, sus amables y amistosas líneas? Siéndome desconocida su letra, rompí el sobre con sangre fría; pero al ver la firma...

Se asombra usted de que, habiendo vivido tanto tiempo en la misma ciudad, no me haya fijado antes en usted. ¡Ah! ¡Qué cruelmente se engaña! Cada encuentro con usted ha dejado en

mi corazón una huella profunda, una mezcla de alegría y de amargura. ¡Ni cómo hubiera podido no fijarme en esa belleza severa, ideal; en ese continente regio, en esa mirada pensativa que penetra tan adentro en el alma, que cuando baja usted los ojos hacia el suelo le parece á su interlocutor que continúa usted mirándole tras sus párpados bajos...!

¿Pero cómo podía yo describirla mis transportes? Usted me parecía tan inaccesible, ¡hacía usted tan poco caso de mí! Una vez vencí mi timidez: hice á usted una visita, pero estaba usted ausente; tres días después encontré en mi casa una tarjeta del conde: nuestras relaciones se limitaron á eso.

Me pregunta usted por qué he hablado de Kudriachine, y desea saber mi opinión respecto de él. Conozco á Kudriachine desde la infancia, y hemos sido alumnos de la misma escuela superior; entonces era un buen muchacho, gallardo y vividor desenfrenado; continuó siéndolo en seguida en los húsares, y, actualmente retirado, lo es todavía. No tiene nada de sublime, es demasiado material; por eso me sorprendió la atención que usted le dispensaba, y por eso le he hablado de él; no tenía otro motivo.

Ahora todos mis votos tienden á concluir cuanto antes el arreglo, ó si se quiere, el desarreglo de mis asuntos, para tener la posibilidad de estar en San Petersburgo este invierno. Al mismo tiempo que la carta de usted, he recibido la del conocidísimo y riquísimo Sapunopulo de Odesa. Estos últimos días, al pasar, ha venido á mi casa, ha examinado detalladamente mis propiedades, y ahora me llama á Odesa, proponiéndome una combinación muy complicada. Marcho mañana; espero estar de vuelta dentro de diez días, y quién sabe... quizás encuentre sobre mi mesa de trabajo un sobrecito timbrado con una corona condal. Crea usted que al abrir ese sobre no estaré indiferente.

¿Qué significa esta frase misteriosa: «Tal vez nos veamos antes de lo que usted piensa»? Recuerdo que me ha hablado usted de una tía anciana y enferma que habita en el Gobierno

de Slobotsk: ¿tendría usted la intención de venir á verla? ¡Qué felicidad sería!

¡Cuánto siento no haber preguntado á usted el nombre de esa tía! Iría á verla sin duda, y besaría con transporte sus rugosas manos, porque es tía de usted, porque es anciana y se encuentra enferma, y porque todavía me siento joven y capaz de gozar de la vida.

Y ahora, puesto que no tengo la mano rugosa de la tía, permítame que acerque con el pensamiento, muy respetuosamente, mis labios á la mano, blanca como la nieve, que tendrá esta carta.

Su infinitamente devoto,

A. MOJAIKY

III

DEL MISMO

(Recibida el 15 de Abril.)

¡Bravo, encantadora y querida condesa—no tengo fuerzas para no llamarla más que muy estimada,—bravo; he adivinado! Usted quiere venir á ver á su tía: no podría usted hacer nada mejor. Si yo hubiese sabido que su tía se llama Ana Ivanovna Kretchetova, hace mucho tiempo que hubiera podido dar á usted acerca de ella las más precisas noticias. Verdad es que yo no la he visto nunca; pero desde mi niñez he oído hablar mucho de ella, porque tuvo un pleito con mi padre. Habita siempre en la misma propiedad en que se deslizó una parte de la infancia de usted: Krasnia-Kriastchy (¡qué nombre tan horrible!). Kriastchy se encuentra á treinta verstas de Slobotsk y del lado opuesto á Gniezdilovka; pero si en vez de pasar por la ciudad se toma un camino transversal, la distancia entre nosotros no es más que de treinta y dos ó treinta y tres verstas.

Ayer, en cuanto recibí la carta de usted, fui á la ciudad

para hacer su encargo. Encontré á su amiga de la niñez, lo que me fue muy fácil, porque conozco muy bien á Nadejda Vassilievna; su marido es entre nosotros el director de la Cámara de los Propietarios. Nadejda Vassilievna ha agradecido mucho el recuerdo de usted. Hoy la he enviado á Kriastchy para tantear á su tía de usted, y tengo el honor de poner en su conocimiento, muy respetuosamente, los resultados de ese viaje.

Su tía de usted, al enterarse de la intención de usted de venir á su casa, ha manifestado una alegría loca; ha dicho que usted es su pariente más próxima; que la quiere como á una hija; que su enfado con usted ha sido el dolor más grande de su vida, y que ahora, si usted consiente en olvidar lo pasado, la recibirá con los brazos abiertos; la escribirá á usted esto ella misma si se encuentra con fuerzas para hacerlo. Está, en efecto, muy vieja y enferma. En su casa habitan dos sobrinas segundas, las princesas Pichetzky, á las cuales, según Nadejda Bassilievna, no les ha hecho mucha gracia la noticia de la venida de usted. Las princesas tienen, sin duda, el temor de perder la herencia de la tía—¡le hace á usted tanta falta! Además, en casa de su tía vive desde hace mucho tiempo una tal Basilisa Ivanovna Mediachkina: tal vez la haya visto usted cuando niña. Es una vieja parásita; pero ha adquirido un gran imperio sobre la tía, y lo hace absolutamente todo.

Me queda por contestar á dos puntos de su carta. Mi viaje á Odesa no ha sido infructuoso. He aquí en qué consiste la proposición: Sapunopulo pagará de una vez todas mis deudas, y para esto tomará todos mis bienes en hipoteca por un tiempo indeterminado. Estamos discutiendo acerca de detalles, pero probablemente nos entenderemos. La liquidación se complica porque Sapunopulo tiene una hija, Sonitchka, que ha coqueteado mucho conmigo. Creo que no le gusta mi persona tanto como mi título. Esta muchacha no es mucho más joven que yo; es fea como un pecado mortal, y tiene todas las pretensiones posibles; habla cinco idiomas, toca el piano y

el arpa, canta, escribe versos. Es indudable que no me meteré en semejante hipoteca enciclopédica.

¿Por qué quiere usted saber «exactamente» lo que yo he oído decir de su amistad con Kudriachine, y á quién? La juro que no he oído absolutamente nada; he citado el nombre de Kudriachine porque una vez le envidié verdaderamente al ver la amabilidad de usted para con él. ¿Y qué podría oír? Usted es, no solamente reina por la belleza, sino bajo todos conceptos; usted se encuentra á una altura tan inaccesible, que ninguna calumnia puede alcanzarla con su dardo de serpiente.

Y ahora permítame usted olvidar á Kudriachine, y á Sapunopulo, y á su hija, y á todo el resto, para entregarme á una sola ocupación: contar los días y las horas hasta el momento feliz en que el arribo de usted volverá definitivamente loco al que ya está loco, pero que es de usted muy sinceramente devoto,

A. MOJAIKY

IV

DE BASILISA IVANOVNA MEDIACHKINA

(Recibida el 17 de Abril.)

Excelencia:

Su tía y mi bienhechora, Ana Ivanovna, me ha ordenado escriba á usted que la espera con alegría é impaciencia. No puede escribir á usted ella misma á causa de su gran debilidad; y yo, ¡cuánto me alegraré verla! Sin duda, usted me habrá olvidado; pero yo me acuerdo muy bien de cuando corría usted aquí, pequeña y encantadora, y de cuando me pegaba usted en la cara con sus manos inocentes, diciendo: «Esto para ti, Silisa.» Y también Ana Ivanovna la pide que la traiga usted esas ciruelas pasas francesas de cajas azules; aquí no se encuentran esas ciruelas á ningún precio, y á la tía la gustan mucho y la ayudan á digerir.

Beso las manos de Su Excelencia, y queda de usted humildísima servidora,

BASILISA MEDIACHKINA

Ven cuanto antes, mi querida Kitia.

Tu

ANA KRETCHETOVA

V

TELEGRAMA DE A. B. MOJAISKY

(Recibido en Moscú el 22 de Abril.)

La ruego no telegrafíe llegada á su tía. La esperaré en la estación con carruaje y caballos, que la llevarán donde ordene.

MOJAISKY.

VI

DEL MISMO

(Recibida en Krasnia Kriastchy el 26 de Abril.)

¿Necesitaré decirla, encantadora y querida condesa, que los momentos pasados con usted no se borrarán jamás de mi memoria; que la comida vulgar de Nadejda Basilievna me ha parecido el más delicado festín; que las tres horas que he permanecido después con usted, esperando los caballos, son las más dichosas de mi vida? Al despedirse de mí, me preguntó usted por qué no la propuse pasar esos momentos en Gniezdilovka. ¡Señor! ¡Señor! ¿Por qué... por qué...? Pues sencillamente porque no me atreví. ¿Piensa usted que no lo deseaba? ¿No ve usted que toda mi vida la pertenece incondicionalmente? Yo no la pido nada, no espero nada; mi felicidad es sentirme su esclavo y tener un fin en la vida.

Sin duda que no ha olvidado usted, querida condesa, su promesa de comer mañana en mi casa con Nadejda Basilievna. Imagínese usted que habrá que aplazar esa comida porque su

amiga ha declarado que no puede venir á mi casa sin su marido (¡qué gazmoñería provinciana!), y su marido tiene que ver á no sé qué personaje que pasará por Slobotsk á eso de las seis. Nadejda Basilievna me pide que aplace esta comida hasta pasado mañana, y espero que esto no la contrariará á usted.

Pero, en este caso, hay una complicación: usted había decidido servirse de los caballos de Nadejda Basilievna, y los rocines de la tía debían descansar en la ciudad; pero como Nadejda Basilievna vendrá con su marido en un faetón de dos asientos, ¿no consentirá usted en venir directamente á mi casa por el camino transversal, sin pasar por la población? Su itinerario sería el siguiente: hasta la almadía, vendría usted por el camino que ya conoce; en ese punto torcería usted á la izquierda, por Selikhovo y Ogarkovo; después tomaría usted la carretera, y á la séptima versta vería usted á su derecha la antigua casa de Gniezdilovka, que se remozaría cuando usted pasase por su puerta, como se remozará mi corazón, no viejo todavía, pero fatigado ya de la vida.

Salga usted más temprano, á eso de las nueve; almorzaremos en ese pabellón del jardín, del que le he hablado, y con paciencia esperaremos á la buena pero enojosa Nadejda Basilievna y á su indispensable marido.

Me permito enviar á usted esta carta con mi criado. Espero de rodillas la respuesta favorable.

A. MOJAIKY

VII

DEL MISMO

(Recibida el 4 de Mayo.)

Mi querida Kitia: En nombre de Dios, permítame que vaya á Kriastchy, y preséntame á tu tía. Es horrible el vivir tan cerca de tí, y al mismo tiempo tan lejos. Estáte tranquila; vigilaré mi actitud y no comprometeré ni á tí ni á mí.

Tu

A. M.

VIII

DEL CONDE D***



(Recibida el 6 de Mayo.)

Al fin, querida Kitia, he recibido la noticia de que has llegado bien á Kriatschy, á casa de tu tía. Verdaderamente que no puedo comprender lo que has podido hacer durante tanto tiempo en Moscú. Pero Moscú, como dice uno de mis amigos, difiere de San Petersburgo en que... nosotros somos los que vivimos en San Petersburgo, y nuestros parientes los que viven en Moscú, y es muy difícil rehusar las comidas de familia de nuestros parientes de Moscú. Es muy extraño que tu tía no haya recibido tu telegrama de Moscú, y fue una suerte que te encontraras en la estación con ese Mojaisky, que te procuró un coche y caballos. ¿Qué es ese Mojaisky? ¿chambelán, antiguo alumno de la Escuela Superior? Le he encontrado algunas veces á la salida de la corte, algunas veces también en sociedad, pero no me acuerdo absolutamente de haberle visto en casa y de haberle devuelto la visita. Pero, sea ese mismo Mojaisky ó cualquier otro, le estoy muy agradecido.

Me alegro mucho de que tus primeras impresiones sean buenas y que las ciruelas le hayan gustado á la tía. He dado orden á Sumrov para que le envíe dos cajas cada semana. Enrique IV decía: «París bien vale una misa», y yo diré: «El Kriastchy de la tía bien vale algunas cajas de ciruelas.» Cierro es que ya tenemos bastante fortuna; pero 40.000 por añadidura de renta no vienen nunca mal, y creo que ella no tenga menos.

Una hora después de tu marcha, vino á casa María Ivanovna, ó, como tú dices, Mary. Muy turbada, y con gran emoción, ha comenzado á registrar en tus cajas para buscar un billete muy importante. En vano le expliqué que tus archivos están llevados con un orden que sería de desear para todos los archivos del Estado; que están todos bajo una cerradura, y

que yo mismo no puedo echar un vistazo en ellos, como dicen entre nosotros los «mal tono» del círculo; ella continuó registrando, pero no encontró nada y se marchó muy afligida. ¡Me imagino la importancia de ese billete!

En nuestra casa no ocurre nada de nuevo; el martes, al volver del círculo me sorprendió extraordinariamente el encontrar en la portería una montaña de tarjetas: me había olvidado por completo de que eran tus días.

El portero, con arreglo á tus órdenes, se limitó á decir á todos: «Hoy no recibe la señora.» No comprendo tu deseo de rodear tu viaje del misterio. Si hubieses marchado para cinco días, hubiera sido fácil el ocultarlo; pero es completamente imposible si no te ven durante dos ó tres semanas, y ya el uno ó el otro está enterado de tu marcha. Ayer, la baronesa Vizen, esa mensajera de Europa, como yo la llamo, me preguntó si es cierto que te habías marchado para recoger una gran herencia. Hemos sido invitados para mañana á una comida en la Embajada de Austria; he escrito que te encuentras indispuesta; pero yo estoy obligado á ir, por enojoso que esto sea. En el mundo se continúa hablando mucho de una Sociedad de salvamento para muchachas perdidas; quieren elegir como presidenta á la princesa Krivobokaia, pero parece que está indecisa, porque no se sabe todavía cómo será vista esa Sociedad en regiones elevadas. Mi juego en el círculo va bien. Ayer he encontrado en la Morskaja á Sofía Alexandrovna, la cual me ha invitado al whist de su casa, para mañana por la noche, pero sencillamente de levita.

Adiós, querida Kitia; vuelve lo más pronto posible; pero, si ves que es necesario permanecer todavía en casa de tu tía, no te molestes. Pero no tengo yo necesidad de hacer advertencias á tu inteligencia y á tu tacto. Con una mujer como tú se puede estar tranquilo en todo. Los niños están bien, y te besan.

Tu marido y amigo,

D.

Si encuentras á Mojaisky, dale las gracias en mi nombre por todo lo que ha hecho por ti.

IX

DE MARÍA IVANOVNA BOIAROVA

(Recibida el 7 de Mayo.)

Tuve tanta alegría al recibir tu carta, querida Kitia, que en mi casa por poco hay un drama de familia. Estábamos almorzando cuando me trajeron tu carta; al reconocer tu letra, dí un grito; después enrojecí de contento. A Hipólito Nicolaievitch en seguida «se le ocurrió una sospecha», como él dice, y cuando se marcharon los niños comenzó á importunarme para que le enseñara tu carta. Yo estaba muy incomodada, y le intrigué una hora entera. Durante todo este tiempo me dirigió censuras, me dijo cosas feas; por fin, cuando me hubo comparado á Cleopatra y á algunas otras, le enseñé tu firma; se mostró muy confuso, y á mi vez le dije cosas... penosas: que un hombre tan tonto, tan receloso, de cara tan avinagrada, no será nunca ministro y se quedará de subalterno toda su vida. Esto es en él el punto sensible.

El día que te marchaste tuve un gran disgusto con el billete de Kostia Nevieroff, que te había llevado para que lo leyeras por la mañana. Creí que me había dejado olvidado ese billete en tu casa, y revolví todas tus cajas. El conde me juró que tus archivos están todos bajo llave, pero esto no me tranquilizaba en manera alguna: tú no habías podido meter en tus archivos una carta dirigida á mí. No puedo ocultarte que en tal ocasión tu marido me hizo un poquillo de corte. Yo estaba desesperada al pensar que el billete de Kostia pudiera estar en manos extrañas, porque ese billete comprometía tanto á su profesor de ortografía como á mí, y figúrate que, al día siguiente por la mañana, lo encontré en el suelo de mi alcoba.

¿Y qué haces en casa de tu tía? Te estoy viendo desde aquí disimulando tus maneras de reina y entrando con los ojos bajos y el aire de una madona, tan admirablemente, que aquella misma noche tu tía y sus cortesanas estaban encantadas de tí. ¿Qué hace Mojaisky? ¿Por qué no me das ningún detalle? ¿Cuál es mejor, él ó Kudriachine? Si me dieran á elegir entre ellos, elegiría á Kudriachine. Mojaisky es un *poseur* que siempre está en escena; Kudriachine tiene el alma completamente abierta; pero tu puedes juzgar mejor, y á mí, fuera de Kostia, no me hace falta nadie. No pensaba yo que le amaría tan fuertemente. Pasa todo el día conmigo, é Hipólito Nicolaievitch, con la perspicacia que le caracteriza, no está nada celoso. Nuestro nuevo preceptor, Basilio Stepanitch, al que tú has visto, según creo, comienza á estar un poco enamorado de mí, y entre él y Kostia hay todos los días unas discusiones divertidísimas. Basilio Stepanitch es un convencido liberal, y Kostia un conservador furibundo, y ambos dicen tales absurdos que sus orejas palidecen. Es vergonzoso confesarlo—pero yo no te oculto nada:—jamás quiero con tanta viveza á Kostia como cuando dice tonterías. Su rostro se inflama, sus ojos brillan, mira á su adversario con severidad y audacia—y yo dejo de escucharle para admirarle solamente. No estoy ciega en lo que concierne á Kostia: sé que no es muy prudente, que su educación deja que desear, que no es cuerdo el ligarse tanto á él; pero qué hacer: el hecho es más fuerte que yo. Ayer me ha traído á su hermano Miguel, paje que dentro de dos meses será oficial. Este Miguel es también muy guapo, pero no recuerda á su hermano ni por su cara ni por sus maneras; es muy dulce, muy rubio y muy distinguido; estoy dispuesta á apostar á que son de padres diferentes; se dice que la vieja señora de Nevieroff no se negaba nada en otros tiempos; ha tardado mucho en pasar á ser una santa.

Por aquí no hay nada de particular. Se habla mucho de Nina Kars-Kaia, que vive todo el tiempo en el extranjero y allí hace sabe Dios qué. Ese escándalo parisiense, en el que tú

no querías creer, está completamente averiguado: la baronesa Vizen lo refiere con todos los detalles; pero ¿por quién puede saber ella todo esto? Seguramente que no es Nina la que se lo ha escrito.

Vaya, adiós, querida Kitia; hay que acabar esta carta—charlaría contigo hasta mañana. Escíbeme más á menudo y continúa uniendo lo útil y lo agradable. Te he considerado siempre como una mujer extraordinaria; pero lo que estás en camino de hacer es el colmo de la habilidad: realizar su capricho del momento y recibir por esto 40.000 de renta, es un rasgo de genio, ó no sé lo que me pesco.

Tu

MARY

X

DEL CONDE D***

(Recibida el 15 de Mayo.)

Me parece que te has instalado definitivamente en casa de tu tía, mi querida corretona; no me atrevo á rebelarme, porque si permaneces ahí es porque así conviene; pero, sin embargo, es duro soportar la ausencia de una mujer tan bonita y tan encantadora, y se me figura que tú también te aburrirás sin mí; ¿quién ha de amarte y acariciarte en esos lugares?

Todo lo que me escribes de la tía me hace esperar que nuestra separación no será infructuosa. Esas palabras de tu tía: «Todo lo que es tuyo es mío», son especialmente significativas; pero me parece, sin embargo, que debía decir lo contrario. Ahora permíteme que te dé algunos consejos sobre la distribución de tus regalos de despedida. Las princesas Pichetzky son nuestras adversarias; no se las comprará con nada; por esto no me parece necesario hacerles un regalo. Basilisa es otra cosa—se puede y hay que comprarla;—pero á tales gentes no se debe dar mucho de una vez: es preciso, sobre todo, mostrarles la perspectiva de bienes futuros; le darás

E. M.—Mayo 1903.

un traje desde luego; le enviaremos el chal para su santo, y, si es posible, dale algún dinero.

Me parece que ya te escribí que Sofía Alexandrovna me invitó para una partida de whist, sencillamente de levita; pero como había dicho lo mismo á todas las personas que se encontró durante tres días, al llegar á su casa á las once me encontré con cincuenta personas que se apretaban en su reducida casa; en una palabra: aquello era una reunión en regla. Afortunadamente, yo comí aquel mismo día en la Embajada de Austria; por esto me encontraba vestido, no de confianza, sino como hacía al caso. Vi allí á tu Mary, y le hablé con mucho gusto, porque indirectamente me acercaba á ti; pero, ¿por qué tiene siempre á su lado á ese moscardón de Nevieroff? Mary es una mujer demasiado espiritual para que la agrade semejante compañía.

Antes de ayer he estado muy inquieto á causa de tu perro; no quería comer nada, y se quejaba de un modo extraño; mandé llamar inmediatamente al veterinario; le frotó con una cosa, le dió un remedio, y hoy, á Dios gracias, está completamente bien.

Los niños están bien y te besan.

Tu marido y amigo,

D.

XI

DE MARÍA IVANOVNA BOIAROVA

(Recibida el 16 de Mayo.)

Gracias, querida Kitia, por tu larga y amable carta; la mujer, aun aquella que, como tú, es impenetrable para todos, siente la necesidad de poder hablar á alguien con el corazón abierto, ¿y á quién elegirías tú sino á mí, que te adoro desde la infancia? ¿Pero por qué me recomiendas tú la discreción? De mí podré decir todo lo que quieras; pero en lo que á tí te concierne, sé callarme; yo no tengo archivos, y en cuanto leo

tus cartas las rompo. Tengo que contarte cosas alegres y cosas tristes. Por de pronto, en casa hemos tenido un nuevo drama de familia. Examinando los cuadernos de clase de Mitia, Hipólito Nicolaievitch ha mirado también, sin duda, en la mesa del preceptor, y se ha encontrado con un mensaje en verso, en el cual Basilio Stepanitch me hacía una declaración de amor. Creo que no se hubiera jamás decidido á entregarme esos versos, y los escribiría para su propia satisfacción; pero cometió la tontería de encabezarlos con mis iniciales. Naturalmente, Hipólito Nicolaievitch tuvo al punto una sospecha; ha despedido al preceptor, ordenándole que saliese de la casa en el término de una hora; después vino á darme una escena. Yo estaba todavía en la cama y medio dormida; me asusté al pensar que había descubierto algo de Kostia; pero cuando empezó á leer los versos criminales, yo no pude menos de echarme á reir. De cómo son esos versos puedes juzgar por la última estrofa:

Rechaza esos encajes, esas blondas.
Escucha de mi amor la voz que llama,
Y ante el poder de la Naturaleza,
Inclina la cabeza.

Como yo no supliqué á Hipólito Nicolaievitch que hiciera las paces con el preceptor, permaneció inflexible, diciendo que la poesía ejerce una influencia peligrosa sobre el débil corazón de la mujer. Yo creo que en el mundo entero no se ha dado todavía el caso de una mujer que haya engañado á su marido por unos versos, sobre todo por versos de ese género, en los que hay blondas... ¿y para qué necesitaría «esas blondas»? ¡si yo no las llevo nunca! Temiendo que, por «sus principios de sabia economía», Hipólito Nicolaievitch hubiese perjudicado al preceptor, le envié, por conducto de Mitia, un paquete con dinero; pero me lo devolvió inmediatamente, y me escribió diciendo que toda su vida conservaría el más puro recuerdo mío. Le compadezco.

Basilio Stepanitch decía á veces grandes absurdos; ha escrito malos versos, pero era un buen muchacho. Kostia le echa de menos también porque ahora no tiene nadie á quien destruir, á quien aniquilar después de comer; Kostia es un conservador tan furibundo, que hasta tiene por liberal á mi marido, y me ha declarado que era preciso someterle como á un borrego; esto de *como á un borrego* le ha agradado tanto, que lo repitió cinco veces, añadiendo que era un magnífico *calembour*; yo no participé de su opinión en manera alguna: las groserías de Kostia me desagradan desde hace mucho tiempo; en esta ocasión comencé por callarme, y, por fin, perdí la paciencia y nos hemos enfadado seriamente. Tengo que decirte que en la reunión de Sofía Alexandrovna encontré á tu marido: venía de una comida y estaba muy elegante y muy rejuvenecido; llevaba el pelo cortado muy corto, lo que le sienta muy bien; así lo gris desaparece. Se sentó á mi lado y comenzó á hacerme la corte en toda regla: esto me divertía; pero de pronto, Kostia frunció de tal manera el entrecejo y comenzó á lanzarme unas miradas tan feroces, que, ante el temor de un escándalo, me apresuré á marcharme. Al día siguiente, de broma, regañé á Kostia por semejante mímica; pero él, muy en serio, empezó á acusarme de coquetería y terminó diciéndome que soy una mujer «dispuesta á arrojarme en brazos de cualquier paisano». Yo no pude aguantar tanto, y le dije todo lo que me pesaba sobre el corazón desde estos últimos tiempos; él se incomodó, y me dejó sin despedirse. Yo me pasé reflexionando toda la noche: ¡Qué criaturas tan infelices son las mujeres! En efecto, ¿á quiénes amamos, á quiénes lo sacrificamos todo? Por la mañana me encontraba firmísimamente resuelta á romper con Kostia, y si hubiese venido aquel día á su hora habitual, te juro que en estos momentos todo hubiera terminado entre nosotros. Pero estuvo retenido por no sé qué cosa, y no vino ni por la mañana ni á comer: entonces pensé que era él quien me dejaba y que ya volvería. Esta idea me pareció tan mortificante que, inmediatamente después de la comida, le escribí

pidiéndole que viniera para una explicación decisiva; pero no le encontraron en ninguna parte, y el billete volvió á mi casa á las nueve. Yo debía ir á casa de la princesa Krivobokaia; pero no tuve fuerzas para vestirme y me quedé toda la velada en el saloncillo, presa de un cruel abatimiento. Todo mi furor, todos mis terminantes planes se convirtieron en humo; yo no tenía sino un solo deseo: verle por un segundo, ver que ya no estamos enojados. Por fin, á las doce de la noche, oí un fuerte campanillazo: no podía ser nadie más que él ó Hipólito Nicolaievitch, el cual, algunas veces, me da esas sorpresas y regresa del círculo antes de las dos. Yo estaba anhelante de ansiedad; pero no sé lo que experimenté cuando oí los pasos de Kostia en la sala, cuando ví ese hermoso rostro sonriendo con una sonrisa culpable...

Tú sabes, Kitia, que por tales momentos se puede sufrir mucho y perdonarlo todo. No me riñas, pero compadéceme.

Tu pobre

MARY

P. S.—San Petersburgo está vacío; casi todo el mundo se ha marchado. Pasado mañana salimos para Peterhoff. Yo abrigaba la esperanza de que Hipólito Nicolaievitch se mostraría pródigo y tomaría una gran *villa* cerca de la tuya; pero ¡ay!, mientras reflexionaba y hacía cuentas, la han alquilado; la conclusión es que viviré muy lejos de ti, en el viejo Peterhoff, y que pagaremos 300 rublos más caro: ¡éstos son «los principios de una sabia economía!»

XII

DEL CONDE D***

(Recibida el 18 de Mayo.)

Querida Kitia:

En este momento acabo de ver á la princesa Krivobokaia, la cual me ha declarado que acepta la presidencia de la «So-

ciudad para impedir la trata de blancas»; al mismo tiempo te propone ser vicepresidenta. Le he contestado que te escribiría sobre este asunto y que, sin duda, no te negarías. Le he dado tus señas, y te escribirá ella misma mañana, después de las elecciones. En mi opinión, no hay que negarse. Si la princesa consiente en ser presidenta, significa que esa Sociedad es mirada con buenos ojos; aunque la princesa tenga fama de chiflada, ten la seguridad de que en este asunto no se engaña. Claro es que esto te ocasionará algunos gastos; pero de estos mismos gastos sacaremos provecho. En nuestra casa grande, el piso más hermoso ha estado desocupado todo el invierno. He insinuado ya á la princesa que podrían tomar ese piso para la Sociedad, y me ha contestado: «¿Por qué no habríamos de tomarlo, sobre todo si su mujer viene en mi ayuda?»

Espero, querida Kitia, que esta carta es la última para Krasvia Kriastchy. Debes estar cansada de ese Kriastchy; vale más que vuelvas en otra ocasión.

Los niños están bien, y te besan.

Tu marido y amigo,

D.

XIII

DE LA PRINCESA KRIVOBOKAIA

(Recibida el 19 de Mayo.)

Querida condesa:

Le participo que hoy, en la sesión de la Sociedad contra la trata de blancas, la he propuesto á usted como vicepresidenta; ha sido usted elegida por aclamación, sin escrutinio alguno. Me complazco en pensar que después de una elección tan honrosa no nos opondrá usted una negativa; sola yo no saldría adelante en este asunto, porque á mí solamente los cuidados de familia me hacen perder la cabeza.

¡Qué feliz es usted, querida condesa, por no tener más que dos hijos, y sobre todo dos muchachos! En cuanto á mí, Dios

me ha favorecido con cinco hijas, de las que debo ocuparme toda mi vida. Hay un cuento antiguo acerca de cinco idiotas: pienso que ha sido escrito para mí. Dirá usted que cometo un pecado al rebelarme, puesto que cuatro de mis hijas están bien casadas; pero, créame usted, con Naditchka tengo más preocupaciones que con todas las otras. Ella tiene ya veinticuatro años. Se preguntan las gentes por qué su madre no la encuentra un novio. Es un partido rico; no es fea, y la cosa no se arregla. La razón yo creo que se encuentra en que ella está demasiado bien educada, y á los jóvenes no les gusta esto; y ahí tiene usted: la condesa Ana Mikhailovna lo comprende muy bien. El año último dió en su casa cuadros vivos é hizo representar á su Katia, la doncella de Orleans; se alza el telón, y veo á Katia casi completamente sin traje. ¡Hola!—pensé;—ésta no es la doncella de Orleans, sino más bien la bella Elena. Y Ana Mikhailovna me explica el caso: «El traje de Katia es absolutamente histórico, ya ve usted; él casco y la coraza están en el suelo; pero es que mi Katia ha elegido el momento en que la doncella de Orleans va á acostarse y á descansar.» ¿No es admirable? Después de aquello, Katia no continuó durante mucho tiempo siendo la doncella de Orleans, y aquella misma noche, durante la cena, ese imbécil de Fedia Varaxine, que hasta entonces había hecho la corte á Naditchka, pidió la mano de Katia. He aquí lo que es elegir bien el momento.

Hasta que nos veamos, querida condesa; dentro de una semana me marchó al campo, y quisiera antes de mi ida hablar personalmente con usted de muchas cuestiones. Venga usted pronto, y telegráfieme para anunciarme su consentimiento.

Su afectísima,

E. KRIVOBOKAIA

XIV

TELEGRAMA DE DMITRI DMITRIEVITCH KUDRIACHINE

(Recibido el 20 de Mayo.)

Esperaré Moscú; no sé dónde pararé; para señas, dirigirse tziganes en Strelna.

KUDRIACHINE

XV

DE MARÍA IVANOVNA BOIAROVA

(Recibida en San Petersburgo el 1.º de Junio.)

Me entero por tu marido de que por fin llegas mañana. Espero que mañana mismo estarás en Peterhoff; actualmente no hay nada que hacer en la ciudad; dí al criado que lo lleve todo, y ven á comer con tu marido y tus chicos. ¡Cuánto me alegro de que vengas! ¡Tengo tanto que contarte!

Tu

MARY

XVI

DE LA PRINCESA KRIVOBOKAIA

(Recibida el 1.º de Junio.)

Querida condesa:

Desgraciadamente, me es imposible esperarla; me marchó al campo. A su casa de usted de Peterhoff irá un tal Ivan Ivanovitch Optine, mi antiguo administrador, al que he hecho secretario de nuestra Sociedad. No hay que gastar con él ningún cumplido: yo le ofrezco una silla, pero no le tiendo la mano. Le dará á usted todos los papeles, y la pondrá al corriente de todo lo necesario. Hasta mi regreso será usted la presidenta; pero no le dará á usted mucho que hacer, porque no habrá asamblea general durante el verano, y á fines de Agos-

to estaré ya de vuelta en San Petersburgo, porque Olga dará á luz. ¡Ya ve usted, querida condesa, la cruz que tengo con mis hijas! ¡Dejar el campo en la mejor época! ¿Y para qué? No parece que sea un grave asunto el de dar á luz, y sin embargo, se necesita mi presencia; pero nada importaría esto si Natchka se casase pronto; ha recibido, en efecto, una educación superior, pero su carácter es insoportable; así, ahora hay que hacer los baúles, y ella da vueltas alrededor de mí. Escribame usted á Zuamenskoie, querida condesa; con nadie me gusta hablar tanto como con usted: alivio mi alma.

Su afectísima,

E. KRIVOBOKAIA

Ayer recibí una buena noticia: mi antiguo confesor y amigo, el arzobispo Nicodemo, ha sido llamado al Sínodo y pasará el invierno en San Petersburgo. Es un hombre de tanto talento y de una vida tan santa, que tiene usted que conocerle á toda costa; bajo su dirección, nuestra Sociedad irá bien: yo no haré nada sin su bendición.



XVII

DE A. B. MOJAIKY

(Recibida en Peterhoff el 6 de Junio.)

Hace un minuto nada más, querida Kitia, que he recibido tu telegrama anunciándome tu feliz llegada á San Petersburgo. No comprendo lo que has podido hacer durante tanto tiempo en Moscú. ¿Has estado enferma? Menos puedo comprender todavía por qué me prohibiste tan categóricamente que te acompañase hasta Moscú. ¡Cómo te hubiera cuidado si has estado enferma, y cómo nos hubiésemos divertido si has estado buena! ¿Pero qué hacer? No se puede volver atrás ni renovar esos maravillosos días de Mayo que han pasado como un sue-

ño, y á propósito de los cuales me repito estos versos de Jukovski:

No digas con tristeza: ya no son;
Sino con reconocimiento: han sido.

Después de haberte acompañado, regresé á Gniedzilovka y me he pasado todo el tiempo sin salir. Todos los días he ido á nuestro pabellón; aquellas lilas que le rodeaban por todas partes, que entraban por todas las ventanas, que lo saturaban con su perfume, están ahora marchitas, y todo ha languidecido para mí. Un rayo de sol esplendente ha iluminado espontáneamente mi vida solitaria y sombría; pero ese momento ha pasado, y ese sol, muy lejano ahora, ilumina y caldea á otros.

Ahora, he aquí la prosa de la vida. Ayer he recibido un *ultimátum* de Sapunopulo: ó he de aceptar todas sus condiciones, esto es, hacerme su esclavo, ó se niega á todo, y entonces mi fortuna se evapora; habrá que ir á Odesa y capitular. Impondré solamente esta condición: que me pueda ir en seguida á San Petersburgo y vivir allí un año todavía, y después, suceda lo que quiera.

Adiós, adiós, hasta muy pronto, mi diosa, mi sol, mi querida é incomparable Kitia.

Tuyo hasta el último suspiro,

A. M.

XVIII

DE B. I. MEDIACHKINA

(Recibida el 15 de Junio.)

Excelentísima condesa Catalina Alejandrovna:

Su tía y mi bienhechora acaba de recibir la carta en la que le da usted gracias por la hospitalidad. Ana Ivanovna me encarga le diga á usted que la persona que tiene derecho al agradecimiento no es ella, sino usted, que le ha sacrificado un mes entero, y, se puede decirlo, endulzado sus últimos días.

Su tía me ordena también que la diga que no se arrepentirá usted de esta buena acción.

¡Y qué triste está la casa desde su marcha! No puede usted figurárselo. Si por casualidad miro al cuarto que usted ha ocupado, brotan mis lágrimas. Miro el traje que usted me ha regalado, y lloro también, y no sé cuándo me pondré esa preciosidad; tal vez por Pascuas. Con su benevolencia, me ha prometido usted también enviarme un chal para año nuevo; no se moleste, por Dios, no se moleste. Yo no viviré tal vez hasta año nuevo; pero si ahora me enviase usted algo que haya llevado usted, sería un verdadero regalo.

Toda la casa está triste con la marcha de usted; hasta nuestras princesas, unas señoritas malas y duras, están encantadas con usted. No hace mucho tiempo he oído á la princesa mayor alabar á usted hablando con su hermana: «Es de tan buen tono, que ni en el extranjero ni en cualquiera otra parte se puede encontrar nada mejor»; y es la verdad, condesa, la pura verdad.

Arrojándome á los pies de Vuestra Excelencia, beso sus manos y queda hasta la tumba su abnegada,

BASILISA MEDIACHKINA

XIX

DE M. I. BOIAROVA

(Recibido el 20 de Junio.)

Querida Kitia:

En nombre del cielo, invita á Hipólito Nicolaievitch á tomar el té en tu casa después de la música, y organiza para él una partida de whist.

Tu

MARY

XX

DE LA PRINCESA KRIVOBOKAIA

(Recibida el 29 de Junio.)

La agradezco á usted de todo corazón, querida condesa, su encantadora carta. Me dice usted que Optine le parece un hombre muy sospechoso; no me extraña esto, y prueba solamente su gran conocimiento de los hombres y de las cosas. Debo confesar á usted que le despedí, como administrador, por robo; pero tiene siete hijos, y, por compasión, le he nombrado secretario de la Sociedad hasta que encuentre un destino; pero no le tendremos mucho tiempo, y voy á recomendarle á la condesa Ana Mikhailovna, que, según dicen, busca un administrador.

En nuestra casa de Zuamienskoie hay gran animación: todas mis hijas, excepto Olga, han llegado, con chicos y maridos. Estoy muy contenta de ver á las hijas, y sobre todo á las nietas; pero en cuanto á los maridos, valía más dejarlos en casa. Piotre Ivanovitch, que desde hace dos años me estaba desafiando sin poner los pies aquí, ha venido este año; continúa desafiándome, y apenas me habla. Yo no le hago caso; pero únicamente dos veces por día, cuando me da un prolongado beso en la mano, vuelvo la cara y trato de besar el aire en lugar de su frente, porque emana constantemente de su persona un olor á botas untadas de alquitrán. Imagínese que ahora han inventado un nuevo perfume, «piel de Rusia», y Piotre Ivanovitch, á propósito para desagradarme, se riega con ese perfume. Yo soy una gran patriota; no hablo ni escribo más que el ruso; hasta puedo consentir en amar «el humo de la patria»; pero no puedo soportar su hedor.

Explíqueme usted, querida condesa, por qué la suegra es tenida por una criatura detestable, á la que todos deben odiar.

Sin embargo, en las otras familias, la suegra figura como una persona; pero para mis yernos yo no soy alguien, sino una pava llena de dinero. Como sabe usted, hay pavas trufadas, y, verdaderamente, me parece á veces que están en torno mío con tenedores, y que me pinchan por todos lados para tomar las trufas más gordas; y todos son caballeros, y si me fueran extraños, todo iría muy bien, y yo les recibiría con mucho gusto en Zuamievskoie, y Piotre Ivanovitch no llevaría en su bolsillo una fábrica de cuero. Que Dios haga solamente que case cuanto antes á Naditchka: les daría todo; me quedaría para mí con 30.000 de renta para no morir de hambre, y me instalaría en Florencia ó en Roma. A propósito, ¿qué me dice usted de los asuntos de Roma? ¡Pobre Papa!

Voy á bordarle unas zapatillas y á enviárselas de parte de una desconocida de Rusia.

Adiós, querida condesa; escribame más á menudo.

Su muy afectísima,

E. KRIVOBOKAIA

Hoy, durante la comida, Piotre Ivanovitch, á fin de contristarme, ha llamado al Papa imbécil y torpe. Yo le he replicado: Todos los hombres no pueden ser tan hábiles como el consejero de Estado Bubnovsky. — Y ha de saber usted que ese Bubnovsky es un usurero, al cual debe mucho dinero Piotre Ivanovitch.—Me ha castigado yéndose á dormir sin despedirse, y yo lo he aprovechado para escribirla esta carta, porque mis manos no huelen á las botas.

XXI

DE M. I. BOIAROVA

(Recibida el 10 de Julio.)

Querida Kitia:

Me es necesario ir á la ciudad. He dejado á Hipólito Nico-

laievitch un billete diciéndole que tú me has encargado que vaya para asuntos de nuestra Sociedad. Si le ves, inventa algo.

MARY

XXII

DE A. B. MOJAIŠKI

(Recibida el 16 de Julio.)

Querida Kitia:

Tal vez me encuentre contigo en falta; sin duda tu carta está en mi casa, en el campo; pero yo no puedo desembarazarme todavía de Odesa. La liquidación de mis asuntos toca á su fin. He pasado por todo; era imposible obrar de otra manera. Dentro de tres semanas, espero estar en tu residencia de Peterhoff.

Aquí, los Sapunopulo me han llevado á su lujosa morada á orillas del mar, y por todos los medios me dan á entender que tengo que casarme con la joven griega. La tía, una horrible criatura, á la que he apodado «Euménides», me ha aconsejado un día francamente que lo intente, haciéndome esperar que no recibiría una negativa; y además, ¿qué es una negativa?... Yo no digo nada, no he contestado ni sí ni no; pero cuando todo haya terminado en casa del notario, huiré inmediatamente, y con tal rapidez, que les recordaré á su célebre compatriota «Aquiles el de los pies ligeros».

Hasta muy pronto, mi querida Kitia. Escíbeme á Odesa.

Tu

A. M.

XXIII

DE M. I. BOIAROVA

(Recibida el 19 de Julio.)

Querida Kitia:

En nombre del cielo, entretén en tu casa á Hipólito Nico-

laievitch hasta el último tren; si no juega á las cartas, propónle un paseo á Montplaisir.

A las doce iré yo y estaré dispuesta á quedarme con vosotros hasta el amanecer.

Tu

MARY

XXIV

DE LA PRINCESA KRIVOBOKAIA

(Recibida el 15 de Agosto.)

Querida condesa:

Acabo de llegar á San Petersburgo, y de cansancio no sé dónde tengo los pies. He encontrado á Olga en muy buen estado, pero tiene un miedo horrible al parto: por esto me es absolutamente imposible ir, ni siquiera por unas horas, á hacerla á usted una visita á Peterhoff. Sea usted amable como siempre y venga á comer conmigo mañana: hablaremos mucho.

¿No podría usted, querida condesa, quedarse con Naditchka por una ó dos semanas y tenerla en su casa de usted de Peterhoff hasta el parto de Olga? Me haría usted un gran favor. No tenga usted cuidado con su genio; no es insoportable sino conmigo; con usted será dulcísima: es un ángel, cuando quiere.

Su muy afectísima,

E. KRIVOBOKAIA

P. S.—Si se entera usted de que alguno de sus conocidos de Peterhoff quiere raptar á Naditchka para casarse con ella, haga usted la vista gorda, se lo ruego. ¡Que se case! Por adelantado perdono y bendigo.

XXV

DE M. I. BOIAROVA

(Recibida el 29 de Agosto.)

Querida Kitia:

Hemos regresado á la ciudad tan de improviso, que me ha sido imposible ir á tu casa á despedirme. Kostia acaba de anunciarme que dentro de una semana se marcha al campo por dos meses. Su hermano Miguel ha entrado en el mismo regimiento, y la vieja Nevieroff quiere reunirlos en su casa para la partición de las propiedades. Comprenderás que, teniendo que estar separada de Kostia por tanto tiempo, quisiera verle más á menudo en estos últimos días; é Hipólito Nicolaievitch estaba tan cansado de ir todos los días desde Peterhoff al Ministerio, que le ha alegrado mucho mi proposición de regreso. Y para tí también ya es tiempo de que vuelvas; con el tiempo que hace actualmente, Peterhoff es insoporable.

¿Se encuentra todavía en tu casa esa desagradable Naditchka? La última vez que almorzamos en tu casa coqueteó tanto con Kostia, que era vergonzoso verlo. Kostia me dijo que le gustaba mucho. Sin duda lo dijo para hacerme rabiar. ¿Tiene algo bueno ella?

Tu

MARY

XXVI

DE M. I. BOIAROVA

(Recibida el 2 de Septiembre.)

Querida Kitia:

Hace un instante me ha dicho la princesa Krivobokaia que mañana te traías á Naditchka; te ruego encarecidamente que vengas á comer conmigo.

Con este motivo verás á Miguel Nevieroff. En mi opinión es un oficial encantador; pero tu parecer acerca de él me inte-

resa. ¡Adivina quién ha venido ayer á mi casa! ¡Nina Karskaia! Yo creía que después de sus aventuras de París no se atrevería á presentarse en sociedad; naturalmente, yo no la recibí, y espero que tú harás lo mismo. Ha venido tan pronto á San Petersburgo á fin de amueblar de nuevo su casa; se propone recibir mucho este invierno; pero ¿quién irá á su casa? Es preciso establecer una diferencia entre las mujeres depravadas y... las otras.

Tu

MARY

XXVII

DE A. B. MOJAISKY

(Recibida el 4 de Septiembre.)

Querida Kitia:

Los griegos me han aventajado en astucia; no en vano han leído en las crónicas de Nestor: «Los griegos son hoy astutos todavía.» Hasta ahora yo no puedo recordarles á Aquiles el de los pies ligeros, y Sapunopulo me ha recordado ya al «astuto Ulises»; me ha envuelto de tal manera en sus asuntos y combinaciones, que estoy por completo entre sus manos. He esperado tu carta con una impaciencia febril; esperaba encontrar en ti el sostén moral; y ¡qué! *¡tú!* me aconsejas que me case! Es rigurosamente cierto que en nuestro mundo no hay casi nunca matrimonios de amor, y que en toda boda hay en juego un interés cualquiera; pero tú, Kitia, no conoces á Sofía Sapunopulo. Bien que sea fea y amarilla; si por lo menos fuese una criatura simpática, y tranquila sobre todo, podría, en último extremo, acomodarme á la necesidad; pero no está en paz ni un segundo; no es una mujer, es la fiebre amarilla en marcha. He aquí, por ejemplo, nuestro empleo del tiempo en estos tres últimos días:

El miércoles, en el campo, ha habido una representación, á la cual ha venido todo el gran mundo de Odesa (Odesa también tiene su «gran mundo»; es indispensable). Entre otras

E. M.—*Mayo 1903.*

3

cosas, se ha representado un proverbio de la propia composición de la joven: «Lo que la mujer quiere, lo querrá el marido.» No hay para qué decir que yo he desempeñado el papel de marido, y que me he visto obligado á besar su mano diez veces. Este galimatías abrumador ha tenido un excelente éxito. Antes de ayer se dió orden de no recibir á nadie, y toda la velada se consagró á la lectura de Esquilo en el original.

¿Comprendes todo el horror de estas palabras: «Esquilo en el original»? Por espacio de cinco horas ha leído con énfasis una tragedia escrita en una lengua desconocida para mí, traduciendo cada frase al francés. Y yo estaba obligado á manifestar mi asentimiento, aunque esté convencido de que no comprende más que yo el griego antiguo. En los pasajes culminantes, ella me tendía la mano, que yo apretaba, y la tía Euménides cerraba los ojos y bajaba la cabeza en señal de aprobación. Ayer vinieron muchos invitados, y, vestidos de máscara, nos paseamos por el mar. Yo representaba un pachá turco, é iba en un bote, con un turbante en la cabeza y una pipa oriental en la mano. Lo sufro todo con paciencia, porque Sapunopulo me ha dado «su palabra de honor griego» de que todo estará terminado el 15 de Septiembre, y que me dejará marchar á San Petersburgo con 5.000; ¿y si me engaña también? ¡habrá, pues, que casarse!

No, Kitia, no; es imposible, eso no será; jamás me venderé tan tontamente; jamás esa nuez de oro de la Grecia será colgada al secular árbol genealógico de los Mojaisky. Vale más tomar el saco del mendigo y pedir limosna, ó levantarse la tapa de los sesos, que realizar ese papel miserable que me ha hecho representar en el pérfido proverbio.

Adiós, mi querida Kitia; ó me verás dentro de dos semanas, feliz y olvidando á tu lado la Hélada de Odesa, ó no me volverás á ver, porque ya no seré de este mundo. En este caso, no conserves un mal recuerdo de quien te ha amado tan ardentemente.

A. M.

XXVIII

DE LA PRINCESA KRIVOBOKAIA

(Recibida el 26 de Septiembre.)

¿Qué puede usted hacer todavía en Peterhoff, querida condesa? El tiempo sin verla me parece muy largo, y nuestras sesiones, sin usted, son poco activas; estas señoras no hacen nada y ya se pelean.

La condesa Ana Mikhailovna no nos deja en paz. Su yerno Varaxine no ha sido nombrado chambelán en la promoción del 30 de Agosto, y ella se hace ahora mala, archimala. Para colmo de desdichas, ese imbécil de Optine la ha llamado en un acta Ana Fedorovna: se disgustó tanto, que tuve que ir á su casa á pedir perdón. Pero la mayor historia es á propósito de Nina. Me habían dicho que era preciso no recibirla; pero ella comenzó por enviarme 500 rublos para los fines de nuestra Sociedad, y al día siguiente vino á visitarme. ¿Cómo no recibirla? Naturalmente, ella quería ser socia de nuestra Sociedad. Pero cuando en la sesión siguiente hice yo algunas alusiones al caso, Ana Mikhailovna gritó de tal manera, que me ví obligada á callarme. ¿Qué hacer? Yo no querría devolver el dinero. —Optine me presenta cuentas de boticario, y nuestra caja está siempre vacía,—y no es correcto tomar el dinero y no recibir como socia á la donante. Entonces se me ocurrió una jugarreta: convoqué á una reunión ayer, para las ocho, sabiendo perfectamente que Ana Mikhailovna no vendría tan temprano.

En cuanto estuvieron la baronesa Vizen y Viera Belevskaia, declaré abierta la sesión y propuse á Nina. Aquellas señoras consintieron, Viera por bondad, y la baronesa para contrariar á Ana Mikhailovna, é inmediatamente ordené á Optine que redactase el acta. Ana Mikhailovna llegó á las nueve, y cuando se leyó el resultado de la votación se puso verde de

rabia. Será interesante asistir á su encuentro mañana con Nina. Querida condesa, venga usted á la sesión.

Su

E. KRIVOBOKAIA

P. S.—La baronesa Vizen me ha dicho en secreto que Piotre Ivanovitch llama á nuestra Sociedad «La Sociedad de salvamento de la suegra por algunas horas».

¡Se creería que yo le fastidio á menudo con mis visitas!

XXIX

TELEGRAMA DE D. D. KUDRIACHINE

(Recibido de San Petersburgo el 10 de Octubre.)

Llego pasado mañana por un día; pararé donde siempre; esperaré noticias á las nueve de la noche.

KUDRIACHINE

XXX

DE A. B. MOJAISKY

(Recibida el 16 de Octubre.)

Muy estimada condesa Catalina Alexandrovna:

Tengo el honor de participarle que me he casado ayer con la señorita Sofía Sapunopulo. La doy parte ante la insistente petición de mi mujer.

Siempre suyo devotísimo,

A. MOJAISKY

Señora condesa:

La admiración completamente excepcional que la profesa mi marido, y la amistad con que usted le honra, me alientan para recomendarme á sus bondades. Como tenemos el proyecto de pasar una parte del invierno en San Petersburgo,

permítame esperar que usted tendrá la bondad de guiar mis primeros pasos en un mundo que, según dicen, es tan severo y tan frío para los recién llegados. Una rosa alpina soporta difícilmente el soplo glacial del Norte.

Mientras tanto, sírvase aceptar, señora condesa, la seguridad de mi alta consideración.

SOFÍA DE MOJAIKY, née de SAPUNOPULO

Rompo el sobre para corregir la redacción de mi parte de boda. Hay que leerlo así: *Alejandro Basilievitch Mojaisky anuncia, con gran dolor de corazón, la muerte de su querido y santo ideal, ocurrida en Odesa el 10 de Octubre, tras una lucha larga y dolorosa.*

A. M.

A. N. APOUKHTINE

(Concluirá.)

POETAS AMERICANOS

EL PRIMER BESO

—«La luz de ocaso moribunda toca
Del pinar los follajes tembladores;
Suspiran en el bosque los rumores,
Y las tórtolas gimen en la roca.

Es el instante que el amor invoca;
Ven junto á mí; te sostendré con flores
Mientras roban volando los Amores
El dulce beso de tu dulce boca.»—

La virgen suspiró: sus labios rojos,
Apenas *yo te amo* murmuraron;
Se entrecerraron lánguidos los ojos;

Los labios á los labios se juntaron,
Y las frentes, bañadas de sonrojos,
Al peso de la dicha se doblaron.

MANUEL M. FLORES

PÁGINAS DE LA LEYENDA DE LA PAMPA

LA CAUTIVA



Antes de que el ejército regular consiguiese imponer á los indios el acatamiento á las leyes de la República, nada era más común que el *malón* (1) en las vastas llanuras del Chaco, y hasta en las regiones que, por hallarse más cerca de los centros de civilización, parecían deber estar á cubierto de tales desmanes.

El carácter hirsuto y batallador de las tribus nómadas, que ambulaban con sus mujeres y sus niños de una tierra á otra, batidos por los colonos y obligados á ceder palmo á palmo los territorios que les pertenecían, se arremolinaba á veces y se tornaba sangrientamente agresivo. Como el huracán de la Pampa, que arrasa las viviendas á su paso, se desencadenaba á menudo el *malón*, aprovechando un descuido de la guarnición militar. Primero era una nube de polvo que aparecía en el horizonte y se acercaba; después un torbellino de acero del que surgía un gran rumor, y por fin una brumosa confusión de centauros desbocados, que esgrimían flechas y lanzas, y entraban á las poblaciones en un vértigo de lucha, entre alaridos espantosos. Los colonos se parapetaban en las calles, se acantonaban en las casas y disparaban sus carabinas contra los

(1) Arremetida de los indios contra las pequeñas poblaciones indefensas.

agresores... Pero éstos traían un empuje tan brusco, una impetuosidad tan irresistible en el ataque, que lo arrollaban todo... Se posesionaban del pueblo hasta que venían refuerzos militares de la población más cercana, y, advertidos de su proximidad, se desvanecían en el llano. Pero durante los instantes que conservaban en su poder el villorrio, le imprimían la huella de su dominación, como un jinete brutal hunde las espuelas en los flancos del potro recalcitrante. En la atmósfera de pavor que difundía su llegada, los antiguos reyes de la región se libraban á la borrachera de su triunfo. Como las aguas de un mar que se desborda, se infiltraban por todas las rendijas, lo cubrían todo y ahogaban bajo su número al pequeño grupo de europeos asombrados y medrosos... En rachas incontrarrestables, de las cuales brotaba un clamor de venganza contenida, forzaban las cerraduras, invadían las casas, saqueaban los templos, violaban, mataban y destruían, como si aquella fuerza borracha trajera un hálito de disolución y de exterminio. Eran hecatombes espantosas que hacían pasar un estremecimiento de horror sobre el país. La racha dejaba tras sí arroyos de sangre, montones de cadáveres, ruinas, miseria y aldeas en llamas, que eran como piras que levantaba el vengador de la raza en derrota. Los caciques daban á sus huestes plena libertad de acción; y terminado el saqueo, en la niebla del crepúsculo, cuando todo tenía en la aldea devastada las huellas de la perturbación que la había conmovido; cuando las jaurías salvajes habían entrado por todas las puertas y habían paseado sus armas ensangrentadas sobre el acatamiento horrorizado de las gentes; cuando el hijo de América, en una crispada resurrección de los orígenes, había vengado una vez más la amarga humillación de su pueblo, el grupo dantesco de centauros desgredados, de donde surgían las cabezas de algunos colonos clavadas en la punta de las lanzas, se alejaba tierra adentro, llevándose en su torbellino los rebaños, el dinero y las mujeres hermosas, hasta perderse de nuevo en la obscuridad de la noche...

Largacurá era el caudillo que más aterrorizaba á los habitantes de la fértil, pero salvaje región que se extiende al Sur de la provincia de Buenos Aires, lindando con la Patagonia. Nunca habían podido dar con él las numerosas expediciones militares que habían salido en su busca. Su tribu acampaba unas veces en las grietas de los cerros, otras en los grandes matorrales inexplorados, y siempre conseguía escapar á la persecución del ejército. Cuando las fuerzas que le atacaban eran débiles, solía aceptar el combate; pero casi siempre desaparecía en la llanura, como si la tierra amiga, como si la tierra madre, se abriese bajo sus plantas para salvarle del invasor. Y las coléricas expediciones cargadas de represalias que el colono aterrado lanzaba tras las huellas de la sangrienta hueste, se veían burladas por la fría habilidad y el conocimiento del terreno de que daban prueba los indios.

Cuando, con las artes de siempre, Largacurá utilizó un instante propicio y desencadenó sus hordas sobre la pequeña aldea donde trataba de rehacer la fortuna perdida en Montecarlo el conde de Renaudy, éste puso en juego su iniciativa, su resolución y sus estudios de Saint-Cyr, para salir del paso. Así que se oyó ese rumor de abejas que precede al ataque de los indios, De Renaudy reunió precipitadamente á sus vecinos más próximos, armó á algunos, alentó á los que vacilaban, organizó á todos y se atrincheró en la pequeña habitación.

De Renaudy estaba allí desde hacía seis meses, consagrado á la cultura de sus vastas plantaciones, en compañía de su mujer, una abnegada compañera que, habiendo sufrido mucho con las trapisondas de su marido, se felicitaba casi de aquel destierro obligado, y con su hija, René, una traviesa rubia de diez y ocho años, nacida en París, que suplía con elegancia lo que le faltaba de hermosura. De Renaudy había aceptado la situación provisoriamente, esperando ganar en pocos años el dinero indispensable para volver á reanudar su tren de vida. Aquel hombre, habituado al lujo y á las fiestas, no se resignaba á la monotonía laboriosa y á la triste solem-

nidad de las Pampas. Echaba de menos el bulevar, el club, las emociones de la existencia parisiense. Su mujer, en cambio, se había adaptado casi en seguida al aislamiento y á la tristeza de las nuevas costumbres. Pero, contra todas las previsiones, la que menos contrariada se mostraba, la que había aceptado la situación con más franco buen humor, era René, á quien habían fascinado el exotismo y las sorpresas que emanaban de la región y del medio. La juventud de René, internada primero en un colegio religioso, donde todas eran prohibiciones; trasplantada después á la atmósfera meticulosa de una sociedad arcaica, saltaba y se desperezaba al sol en aquella tierra libre, donde podía imponer carreras locas á su caballo, vestir á su antojo y gritar hasta enronquecer en los campos vacíos donde nadie podía oírlo. Además, su poca edad no le dejaba sentir todavía ese apresuramiento por gozar y aprovechar las horas, que sólo viene después, cuando comenzamos á contar los años. René estaba en pleno triunfo de la savia, y no pensaba en saraos ni en trajes. Los ejercicios físicos á que se libraba habían acabado por virilizar en cierto modo su naturaleza, y era una muchacha sana, llena de vida, de ojos azules y tez blanca, con un rayo de sol en los cabellos y un chispazo de aurora entre los labios.

Así que comprendió la situación y vió los preparativos de lucha, reclamó su puesto junto á su padre, armó su carabina, dió consejos útiles, sembró la confianza y se dispuso como los demás á defenderse.

Los ocho peones que De Renaudy ocupaba en la hacienda no tenían más arma que sus cuchillos. Además, no se mostraban muy afanosos por secundar la resistencia de los extranjeros, á quienes apenas conocían. El nombre de Largacurá tenía para ellos cierto prestigio inconfesado. Y á la atávica simpatía por la vida de aventura del célebre cacique, se unía en ellos una sorda hostilidad contra los intrusos. Renaudy sabía que, en el desorden de la pelea, sus hombres desaparecerían para no volver más: en aquella tierra clásica de la aventura, los

peones eran también aventureros como Largacurá y como él mismo. De suerte que no se hizo ilusiones sobre el apoyo que le podrían prestar. Sólo confiaba en los cuatro colonos que se habían unido á él. Por lo demás, los acontecimientos fueron tan rápidos, que apenas tuvo tiempo de vislumbrar todas estas cosas. Los indios habían entrado ya á la población...

Por las lamentaciones, por los gritos y por el estruendo, Renaudy y los suyos seguían la marcha del peligro. Uno de los colonos se había izado sobre un armario, y por una lumbrera observaba los movimientos del invasor. Pero una flecha perdida vino á clavarse junto á él, y desertó del observatorio. Entonces quedaron librados á conjeturas, en espera ansiosa..., creyendo ver empezar á cada instante la carnicería. Porque así como otras tribus eran generosas y se contentaban con míseros latrocinios, la de Largacurá, que era inflexible y guerrera, llevaba las cosas á sangre y fuego, creyendo vengar así, según decían, á un hijo del cacique, que había sido fusilado por los soldados de la República.

Nada más espantoso que esos minutos mortales en que todos esperaron, con las manos crispadas, la arremetida de la turba. La habitación en que se habían encerrado era un comedor, cuyas ventanas miraban al camino carretero, al borde del cual se alineaban las escasas viviendas de los atrevidos pobladores. De Renaudy quiso ver lo que pasaba en la calle, y asomó la cabeza por una rendija... Era lo que él había previsto. La escasa guarnición de la aldea, vencida y arrollada por la avalancha salvaje, había quedado reducida á un puñado de soldados heridos, que se arrastraban á lo largo de las casas. Los indios eran dueños de la población. Si no llegaban refuerzos del fortín cercano, la catástrofe sería definitiva.

Entonces decidieron atrancar las puertas y las ventanas con los muebles... Pero antes de que tuvieran tiempo de poner el pensamiento en acción, un empuje incontrarrestable hizo saltar la puerta en astillas, y, en medio del clamor y la polvareda, apareció un racimo de caras terrosas y piqueteadas...

Fue un vértigo... Los colonos descargaron simultáneamente sus armas, y tres indios se derrumbaron entre el humo. Pero los demás siguieron avanzando, y se trabó una lucha cuerpo á cuerpo, en la que cada cual trató de defenderse á su manera. René, con las ropas desgarradas y el seno desnudo, había cogido su carabina por el cañón y se debatía como una fiera, asestando golpes terribles... Dos colonos rodaron, apretándose el pecho, por donde les salía la sangre á borbotones. La mujer de Renaudy, herida en la cabeza, agonizaba en un ángulo de la habitación. Muchos indios habían caído también. Pero parecía que por cada uno que quedaba fuera de combate surgían diez más. La abertura hecha en la puerta era como la salida de un hormiguero. De Renaudy, herido en el brazo derecho, se defendía con el izquierdo, empuñando valerosamente un sable, que abría grandes brechas en el enjambre cobrizo de los indios encarnizados. Sin embargo, llegó un instante en que no pudo más, y, sin abandonar la defensa, trató de intentar una fuga por la ventana que daba al campo. Paseó los ojos en torno, buscando á los demás para indicarles ese medio de salvación... Recién entonces comprendió la magnitud del desastre... En el desorden espantoso de la habitación vió los cadáveres de los colonos, que yacían sobre las baldosas; vió á su esposa, bañada en sangre, agonizando en un rincón, y, peor que todo aún, *no vió á su hija*.

—¡René!—gritó, dominando con su voz estertórea el clamoreo de los indios, que, al verle vacilar, le acosaban de más cerca y trataban de ultimarle.

Pero ninguna voz respondió á la suya...

Entonces adivinó lo que había pasado... Se la habían llevado cautiva... Y como si en el desmoronamiento de sus esperanzas y de su vida cobrara su organismo rebelde el vigor de un cíclope, arremetió ciegamente contra todos, sin atender á la defensa, tratando de abrirse un camino.

—¡René!—volvió á gritar con la desesperación de un naufrago.

Pero esta vez no tuvo tiempo para saber que René no le contestaba...

Arrollado y envuelto en un torbellino formidable, cayó acribillado de lanzazos y de golpes de maza...

Entonces los indios se desparramaron por las habitaciones, lanzando alaridos extraños y abriendo estrepitosamente todas las puertas. Vaciaron los cajones de los muebles, rompieron los espejos, hicieron grandes atados con las cosas de algún valor, y salieron otra vez al camino, donde se reunieron con los demás en grupos impetuosos y alborotados.

Pocos minutos después, bajo la azulada claridad de la luna, sólo se vió en el llano una gran masa de sombra que galopaba vertiginosamente hacia el límite, y sobre la devastación de lo que fue la pequeña aldea civilizadora, las grandes lenguas rojas del incendio, que cundían y se multiplicaban, haciendo más inexorable y más definitiva aún la obra de la muerte.

*
* *

El rapto de René se consumó según el sistema de siempre. Después de atarle las manos, los indios la colocaron sobre el caballo del hijo del cacique. Este la pasó un brazo alrededor de la cintura, cogió las riendas, y, reunidos todos, encabezó la huída hacia los lejanos refugios ignorados, donde los antiguos reyes de la Pampa escondían su indómita fiereza.

Durante la carrera examinó á la mujer que llevaba en sus brazos. René, vencida por el horror de lo que acababa de ver, se había desmayado, y su cuerpo, flexible, sacudido por la carrera, reposaba sobre el indio, que la estrechaba blandamente. Sitlan, que tal era el nombre del hijo del cacique, no había visto jamás tanta delicadeza en un cuerpo de mujer. Le desató las ligaduras. Examinó la cabeza blanca y rubia, le vió sangre en la frente, y se la enjugó con su pañuelo empapado en perfumes indígenas. La herida era insignificante, pero se la envolvió y se la ató con un lienzo. Y como aquellos labios pálidos y marchitos le inspiraban una tenta-

ción violenta, el guerrero vigoroso y audaz, salpicado de sangre y de lodo, se inclinó sobre ellos y los besó dulcemente, como si temiera despertar á un niño dormido.

Sitlan era un atleta bronceado, lleno de gallardía y de nobleza. Su mirada luminosa y franca, sus rasgos regulares y su bigote naciente, le daban no sé qué aspecto superior, que infundía á un tiempo respeto y simpatía. Cuando robó el beso, sus ojos adquirieron una extraña expresión de dulzura.

Y fuese el roce de los labios, fuese el perfume violento del pañuelo, René comenzó á despertar y á abrir los ojos... Primero los paseó en el vacío, como si no se diese cuenta de las cosas ó continuara sumida en la placidez de un sueño. Después los fijó en el hombre que la tenía en sus brazos... Sus facciones se contrajeron horriblemente... Por sus ojos pasó un ala de locura... Y levantando sus manos, crispadas de terror, como si quisiera desgarrar el viento, lanzó un alarido espantoso, un llamado á la naturaleza, que retumbó en la noche... Después emprendió una lucha desesperada para desasirse y escapar... Sus uñas se clavaron en la piel del indio, sus dientes pugnaron por morder... Pero Sitlan la contuvo sin esfuerzo. Cuando René vió que era inútil tratar de huir, una bocanada de muerte le entró al corazón; la angustia le subió á la garganta, y estalló en sollozos rápidos y sordos, víctima de una crisis de nervios... Pero mientras ella seguía llorando en brazos de Sitlan, el caballo devoraba las distancias, seguido por el gran grupo mezclado de jinetes silenciosos cargados de botín, que hacían brillar sus armas bajo la luna.

La Pampa extendía sus llanos inmensos bajo el cielo, acribillado de estrellas... No se oía más rumor que el que producían los cascos de los caballos sobre la tierra reseca. Y la noche y la soledad, dueñas del horizonte, dueñas del mundo y del espacio, envolvían á la caravana como en una atmósfera de misterio...

Pocos instantes después los caballos, cubiertos de sudor, puestos al paso después de la larga carrera, abrían sus anchas

narices ante el benéfico frescor de la noche. Los guerreros, á cubierto ya de toda persecución, encendían sus cigarrillos y conversaban en grupos, con una melancólica lentitud que estaba en armonía con el paisaje. René sintió, como los demás, la solemnidad de la hora y del sitio. Interrumpió su llanto para mirar la vasta extensión que se alargaba sin fin, como una muerte. Los indios le infundían menos pavor que aquella soledad... Después trató de darse cuenta de lo que había ocurrido... Sólo recordaba escenas trucas de los primeros instantes de la pelea. La razón le volvió poco á poco... Entonces irguió la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está mi padre?

Sitlan hizo un gesto sombrío, que parecía simbolizar la amargura de la fatalidad, y apresuró el paso de su caballo.

Pero René repitió su pregunta con una ansiedad creciente, y el indio se vió obligado á mentir.

—Viene detrás de nosotros; lo verás en seguida—contestó en buen español.

—¿Y mi madre?

—También.

—¿Estaremos prisioneros mucho tiempo?—preguntó, algo repuesta, después de lo que acababa de oír.

Entonces Sitlan sintió la necesidad de decir lo que le había preocupado durante el camino...

—Ellos sí...—contestó con tristeza,—pero tú no...

René le observó con atención, porque había creído sorprender en aquel hombre una mirada nueva.

Sitlan completó su pensamiento.

—...Si quieres ser mía.

La indignación de René no pudo desencadenarse, porque habían llegado á las cuevas que servían de guarida á la tribu, y todos bajaban de los caballos y se entrechocaban en la sombra, asediados por las mujeres y los niños, que les saltaban al cuello y les hablaban en una lengua desconocida. Al resplandor de las antorchas, aquella multitud del color de la

tierra, que se apiñaba en subterráneos, parecía un enjambre de fantásticos insectos que horadaban el planeta en la media luz de una pesadilla.

René volvió á sentir que se le saltaban las lágrimas.

—¿Y mi padre?—preguntó de nuevo, sospechando que la querían engañar.

Pero Sitlan le dió tales seguridades, le hizo tales promesas, que acabó por serenarse...

Por orden del hijo del cacique le tendieron en un lecho de piel de tigre, le ofrecieron de beber... y después, René misma no supo lo que pasó; pero el viaje, las emociones de la jornada y el agotamiento de sus nervios acabaron por embotarla, y se quedó dormida.

Cuando despertó, al amanecer, Sitlan estaba frente á ella, sentado respetuosamente á cierta distancia, como si aguardara y temiera al mismo tiempo el instante en que abriría los ojos. René recordó la proposición de la noche anterior, y se irguió resueltamente.

—Quiero ver á mis padres—dijo con energía, mirando en los ojos á Sitlan.

Este comprendió que era necesario echar mano de otros recursos, y le contó una historia, según la cual, De Renaudy y su mujer habían sido llevados por error al campamento de otra tribu, pero «como no estaban lejos, no tardarían en venir». René exigió que la llevaran adonde estaban. El hijo del cacique invocó nuevos pretextos. Y se enredaron en una discusión, que ella hacía agresiva, comprendiendo el dominio que empezaba á ejercer sobre aquel hombre. Él contestaba con bondadosa humildad, porque sentía por la extranjera ternuras desconocidas. Por fin, acosado en sus últimas posiciones, sintiéndose perdido ante la fuerza avasalladora de los dos ojos azules, acabó por prometer que la llevaría así que cayera la noche.

René aprovechó la ventaja para seguir atacando.

—¿Qué mal te habíamos hecho nosotros—le dijo—para

que te lanzaras sobre la población y lo devastaras todo?

El hijo del cacique sonrió como si escondiera un secreto amargo. Luego hizo un gesto altivo y se resolvió á contestar.

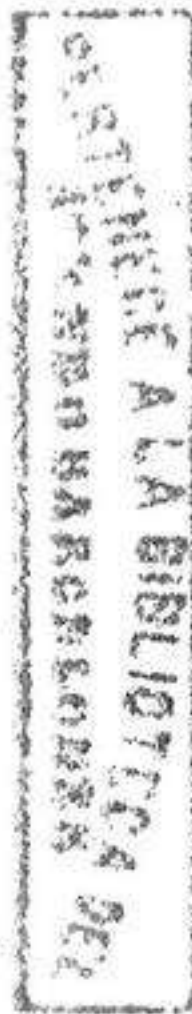
—Mis padres fueron asesinados y despojados por los tuyos —pronunció lentamente, lanzando las sílabas como flechas...

En la manera como el indio dejó caer estas palabras, René vió más resignación que odio. Parecía que aquel hombre soportaba resignadamente una ley que se sentía incapaz de sacudir... Entonces René no quiso continuar hostilizándole, y trató de saber el nombre del sitio en que se encontraban. Pero Sitlan, tan dócil momentos antes, se negó enérgicamente á pronunciar una sílaba. René lloró. El indio hizo cuanto pudo por consolarla. Y de la lucha de sentimientos nació la confesión inevitable.

—Entre tu raza y la mía—dijo el hijo del cacique, como si hablara, más que para René, para su propia conciencia—hay grandes rencores acumulados. Ellos nos persiguen y nos expulsan de nuestro territorio; nosotros desbaratamos sus ciudades en formación. No somos ni más ni menos injustos, ni más ni menos sanguinarios. Pero ahora que me siento atraído hacia tí; ahora que veo que brotan en mi corazón no sé qué cosas nuevas, quisiera borrar ese pasado y recomenzar la vida... Yo soy el hombre rudo y primitivo que guarda en los campos inexplorados, junto á la naturaleza virgen, el último secreto de lo que fue. Tú eres de otra esencia. Pero te adoro y te deseo, quizá por eso mismo, porque me traes aromas de otra región... Si quieres, serás la reina de nuestra tribu nómada.

Y el atleta tenía al hablar así una sonrisa medrosa de niño tímido.

René le miró realmente por la primera vez. Hasta entonces le había considerado como una abstracción. Los ojos brillantes, la tez pálida, el porte al mismo tiempo tímido y marcial de aquel guerrero que suplicaba, la interesó un instante. Pero su angustia renació de pronto, sin saber por qué... Una agitación vivísima se apoderó de su espíritu. ¿Dónde estaban



sus padres? Quería verlos en seguida. ¿Por qué la tenían lejos de ellos?

Entonces comprendió el partido que podía sacar de la pasión de Sitlan.

—Si quieres que te conteste—repuso,—llévame adonde están mis padres. Mientras me sigas separando de ellos, serás mi enemigo.

En la fisonomía de Sitlan se dibujó una palidez de ajusticiado. Todo su rostro expresó una emoción indecible. René temió un acceso de cólera.

—Devuélveme á mis padres; después conversaremos—añadió, creyendo dar así una esperanza y calmar lo que ella suponía el despecho del hijo del cacique.

Pero éste había caído en un abatimiento singular. Sus ojos se clavaron en la tierra, como si buscaran las huellas de alguien. Después se alejó sin decir una palabra, sombrío y pausado...

René creyó que había llevado su rigor demasiado lejos, y le hizo llamar. Aquella niña de diez y ocho años tenía una serenidad, una audacia y una persistencia en las ideas que sólo podía explicarse por la vida libre que había llevado durante los últimos tiempos, y por los atavismos imborrables de una raza de luchadores. Pasada su crisis de desesperación, sólo pensó en reunirse con los suyos, y persiguió esa idea, aprovechando todo lo que podía serle favorable.

No la convenía indisponerse con Sitlan. Su salvación dependía de él. Por eso decidió hablarle de nuevo para borrar la impresión de sus palabras.

Cuando el indio reapareció, René le tendió la mano.

—Mira—le dijo, como si después de reflexionar se decidiera á una confesión atrevida,—haré lo que tú quieras; pero déjame besar antes á mis padres...

Sitlan apretó la mano entre las suyas, y, por toda respuesta, llamó á un indio y le ordenó que trajera tres caballos.

—¿Partiremos en seguida?—preguntó René, ahogada por la sorpresa.

—En seguida—repitió Sitlan.

Pocos minutos después, René y Sitlan, escoltados por un indio fiel, comenzaban á galopar de nuevo por las Pampas. Bajo el sol radioso, en la esplendidez del día, los caballos relinchaban y sacudían las cabezas, como si sintiesen la felicidad de vivir. Pero los jinetes no parecían notar aquella lluvia de oro. Sitlan pensó primero en su fuga de la noche anterior, en medio de la obscuridad, con René en brazos, como si se llevase un paraíso, y después en aquellos dos cadáveres sacrificados torpemente, que se vengaban ahora separándole de la mujer á quien quería. René siguió todo un hilo de inducciones para imaginarse lo que había pasado en la granja. Cuando Sitlan la tomó en los brazos y se la llevó, todos quedaban en vida. Su padre se defendía con tesón. Los soldados del fortín debían haber llegado á tiempo. Por eso habían huído los indios. Era la explicación más lógica.

Como Sitlan no despegaba los labios, hizo una pregunta:

—¿A qué hora llegaremos?—dijo, casi alegre, ante la perspectiva de la libertad.

—Dentro de tres horas.

—... ¿Y adónde vamos?

—A ver á tus padres...

—Sí—repuso René sonriendo;—pero, ¿dónde están?

—Bajo el techo de la casa—concluyó el indio con una voz cavernosa y triste.

René sacó en consecuencia que Sitlan estaba enfadado...

Hasta entonces habían corrido por un campo inculto y salvaje, por donde parecía que jamás habían pasado caballos... Cuando encontraron la primer huella de herraduras, Sitlan indicó con un gesto que debían detenerse.

—Aquí debemos separarnos—dijo con voz tenue, mirando hacia el horizonte;—¿ves esas marcas que ha dejado en la tierra humedecida por las últimas lluvias el paso de un jinete? Sigue por ellas, y llegarás...

René titubeó un instante, creyendo que tanta ventura era un sueño. Pero el hijo del cacique insistió:

—El camino es seguro; no puedes perderte...

Y luego, como si cediera á la tentación de hablar de un imposible:

—Si quieres volver á verme, ven hasta este sitio y deja una flor. Será una señal. Yo saldré á buscarte adonde estés. Y volveremos á huir de noche, bajo las estrellas, por la Pampa, cortando el viento...

René sintió frío en las espaldas, y se alejó al galope, sin atinar á despedirse. Cuando estuvo lejos, volvió la cabeza... El indio la seguía con los ojos, como si la acechara aún. Entonces la acometió un vértigo de miedo, y apuró á su caballo...

La tarde comenzaba á caer, y en el cielo surgían los primeros puntos luminosos. La tierra tomaba un color gris bajo el crepúsculo, dueño ya del horizonte... Una racha de aves oscuras flameó como una gran bandera sobre la tierra... Sus graznidos se prolongaron hasta muy lejos, en la soledad...

René siguió galopando hasta que la envolvió la noche.

De pronto creyó ver á lo lejos unas luces. Pero no eran las luces fijas de las ventanas de las casas, sino unas luces inseguras, que pasaban de un lado á otro, como si en vez de lámparas fueran teas. Al principio lo atribuyó á un espejismo. Pero después se convenció de que no era así. Llegó hasta percibir la silueta de los hombres que pasaban... Iba á castigar á su caballo para enterarse más pronto de lo que había, cuando una voz militar la detuvo.

Y un soldado con la bayoneta calada se adelantó á reconocerla. Cuando vió que era una cautiva que volvía á la población, la acompañó hasta la tienda del oficial que mandaba el destacamento.

El oficial era Julián Ramírez, un amigo de la familia Renaudy, con quien René había bailado alguna vez en las escasas reuniones familiares que celebraban los colonos.

Julián Ramírez arrojó su cigarrillo y miró á René, como si dudase de lo que estaba viendo. Su rostro tomó después una expresión dolorosa... Pero René no se apercibió de nada y le aturdió con sus preguntas: ¿qué había pasado? ¿dónde estaban sus padres?

Ramírez llamó á un soldado y le dió una orden inútil para ganar tiempo hasta encontrar qué responder.

—Están heridos—dijo, evitando la mirada de René.

Pero ésta se desató en sollozos.

—Vamos, vamos en seguida—clamó, cogiendo al oficial por el brazo.

Este se resistió. Entonces ella adivinó la verdad en un relámpago.

—¡Han muerto!—gritó con una voz rara de demente.

Y echó á correr, en la noche, entre los escombros...

Muy pocas casas habían quedado de pie. Las más habían sido destruídas completamente por el incendio. En cuanto á los colonos, los que no habían perecido estaban en el fortín, transformado en hospital y en asilo.

René adivinó todo en un minuto, y corrió, cayendo y levantándose, entre las ruinas, hacia el sitio en que había existido la casa de Renaudy. Ramírez le siguió, temiendo una nueva desgracia...

La noche era hermosísima, y el cielo, lleno de estrellas, parecía mirar impasible la desolación de los hombres. Sobre los escombros, en grupos, trabajaban los soldados, extrayendo cadáveres...

René se detuvo de pronto, y miró á su alrededor con los ojos muy abiertos y muy fijos, como si hubiera perdido la razón. De pronto vió algo que la hizo estremecer. Sobre una pila de ladrillos rotos y de maderas á medio quemar estaban extendidos dos cadáveres. No fue un grito, sino un sonido extraño lo que se escapó de su boca... Se arrojó sobre los despojos sangrientos de aquellos á quienes tanto había querido... Después se sentó sobre las piedras, como una esperanza que

viene á llorar sobre una tumba. Y en una insurrección de todas sus fibras, levantó los brazos al cielo y lanzó una carcajada que hizo temblar á las estrellas.

Ramírez la cogió por el brazo y trató de alejar de allí á la pobre loca...

MANUEL UGARTE

París, Marzo de 1903.

LAS UNIVERSIDADES POPULARES

I

ORIGEN

Su nota más general dábala Anatole France inaugurando *Le Reveil*. «Prosiguiendo—decía—su marcha lenta hacia la conquista de los poderes públicos y de las fuerzas sociales, el proletariado ha comprendido la necesidad de poner mano en la ciencia y de ampararse de las armas poderosas del pensamiento» (1).

(1) *Opinions sociales*, vol. 13 de la *Biblioteca Socialista*, París, 1902.
BIBLIOGRAFÍA: Daniel Halevy, *Essais sur le mouvement ouvrier en France*, París, 1901; Ch. Gide y Bardoux, *La Fondation Universitaire de Belleville*, París, 1901; Dick May, *Quelques reflexions sur les U. P.* (*Revue Socialiste*, 1901); R. Dreyfus, *La naissance et la vie des U. P.* (*Le Grande Revue*, 1901); L. Le Foyer, *De la tolerance dans les U. P.*, París, 1901; *Università Popolare*, un foll. con varias firmas, Turín, 1901; Madel, *Une U. P. à Schaerbeck* (*Rev. de la Université de Bruxelles*, 1901). *Cahiers de la Quinzaine: Les U. P.* (1900-1901), noticias de sus secretarios, en dos cuadernos: I. *Paris et banlieue*, II. *Departements*, prólogos de Séailles y Guieysse; Mantoux, Guieysse, Lafargue, Lagardelle, Vaillant, etcétera, *Intellectuels et Socialisme* (4 cuad.); G. Seailles, *Le Palais du Peuple* (1 cuad.); Lafargue, Deherme, Guesde, Turot, *Les Petits Teigneux* (1 cuad.); Ch. Guieysse, *Les U. P. et le mouvement ouvrier* (1 cuad.); G. Deherme, *Une tentative d'Education et d'organisation populaires*, París, 1901; *Le I.º Congrès de l'enseig. des sciences sociales* (Memorias de Hauser, Deherme y Aves, págs. 234, 256 y 272), Alcán, 1901; *Congrès Int. de l'Education Sociale* (Mem. de Durckheim, pág. 128), Alcán, 1901; *III.ºme Congrès Intern. d'Enseig. Superieur* (Memorias relativas a la *Extensión Universitaria*, págs. 37-120), París, Chevalier-Marescq, 1902;

Las Universidades Populares nacieron efectivamente en Francia, como las fuerzas sindicales, las cooperativas socialistas, la organización de los partidos obreros, la legislación del trabajo..., á impulsos de esa corriente «social» que llena nuestro tiempo. No es fácil determinar cuál es el movimiento concreto de su origen, cuál su característica, cuál su espíritu, en qué consiste su crisis, de que ya se habla; intentarlo es perderse en su complejísima variedad de formas y en la diversidad de opiniones que sobre ellas reinan.

Buscando bien, necesitaríamos llegar hasta el infinito: indagar lo que en esta nueva concreción de la cultura pusieron el genio nacional y la influencia de otros países. Alguien dice que las Universidades Populares, como toda obra viva, no tuvieron comienzo. Mas puestos á sorprender los puntos discretos en que cuaja la corriente, vendremos á aquellos obreros de Montreuil, congregados después de una encarnizada época terrorista para vivir el comunismo. Alegres, trabajaban por amor unos para otros, cambiaban gratuitamente sus productos. Su ideal era de justicia y de paz, y con su práctica simpática, fina, abnegada, adelantaban más la «ciudad nueva» que antes con sus conspiraciones y sus mitins. Pero el asesinato de Carnot despierta otra espantosa furia de oficial alarma, y la «Commune de Montreuil» fue deshecha, perseguidos los obreros, muchos encarcelados.

La misma suerte sufrían grupos del mismo origen, y aun otros tan tranquilos, tan extraños á pasiones revoltosas, que

A. Chaboseau, *La Première U. P.* (*Mouvement Socialiste*, 1902); Doctor Roussy, *Les U. P.* (*Revue int. de Sociologie*, 1902); E. Kahn, *La question des U. P.*, París, Stock, 1902; D. Halevy, *Trois jours en Belgique* (*Pages Libres*, 1902); Seailles, *Les U. P. en Belgique* (*Annales de la Jeunesse laïque*, 1902).—Revistas: *La Cooperation des Idées*, desde 1894, París; el *Bulletin des U. P.*, publicado de Marzo á Julio de 1900, París; *Le Sillon*, etcétera. En Italia: *L'Università Popolare*, publicada desde 1901 en Mantua...—Estatutos: *Statuto della Università Popolare di Torino*, *Statut für die Einrichtung volksthümlichem Universitätsvorträge durch die Wiener Universität*, etc., etc.

escarmentados de ensueños comunistas y anarquistas, y asqueados del estado de grosera barbarie de los apóstoles del ideal nuevo, discurrían nómadas por cafetuchos y cantinas de París sobre filosofía, política, ciencia social y arte, ganosos sólo de una «mente esclarecida», condición absoluta—pensaban—de la justicia social futura. Tal acontecía, sobre todo, al que ya desde 1880 iba de la calle de los Boulets á la Aumaire, de ésta á la Vieille du Temple. Cuando no la policía, su sobriedad de temperantes era su mayor enemiga; el vendedor de vino les cerraba las puertas, y los obreros se dispersaban mohinos, desalentados, tristes.

De tantos esfuerzos maltrechos quedaba en 1894 un hoja volante, que un obrero tipógrafo escribía, componía y repartía: *La Cooperation des Idées*. En 1895 todavía advierto en algún periódico la supervivencia de aquellos grupos. Uno se reunía en la Sala del Tesoro (rue Vieille du Temple), abierto á quien quisiera para discutir las cuestiones más abstrusas de Sociología y Metafísica. Su ideal de franca tolerancia contrastaba con el sectarismo de Allemane, prohibiendo á sus militantes *La Petite République*, entonces órgano de otra parcialidad socialista. También volvían á reunirse los tenaces obreros de Montreuil, esta vez para estudiar ciencias naturales. Su grupo sería, andando el tiempo, las célebres *Soirées ouvrières*, una de las Universidades Populares más interesantes.

La Cooperación de las Ideas y su autor, Jorge Deherme, eran todos los alientos de la empresa. Éste, espíritu muy culto, había defendido cuando revolucionario el derecho á la fuerza, á la mentira, al robo; había tenido que ver en el proceso de los Treinta. Ahora anhelaba paz, cultura fina, unión por la educación para los fines más altos del espíritu. Sus ideas lo mismo pudieran ser inspiradas en Fourier que en Stirner, que en Proudhon, que en Ruskin. En sus trabajos estaba el alma de esa solidaridad idealista que representa principalmente en Francia un grupo muy extendido de educadores, casi todos protestantes: los Boyve, Secretan, Desjardins, Gide, los

Pastores Monod y Wagner... Deherme es un cooperador que piensa en la «sociedad futura» como en una coordinación de asociaciones voluntarias, en las cuales el individuo es el elemento real. La democracia apenas salió de las fórmulas que recuerdan el *mecanismo* de otros régimenes; necesitamos vivirla, haciéndola *orgánica*, despertando la vida en todos sus detalles. La democracia todavía apenas cuenta ciudadanos, y hay que hacerlos para «la libertad, que es el esfuerzo constante, la voluntad siempre despierta y la responsabilidad siempre aceptada». La democracia tiene que producirse con la cooperación, cuanto más íntima y espiritual más honda, de todas las voluntades, de todas las ideas, de todos los intereses; la lucha es una restricción á la libertad creadora. Necesitamos *acción*, que es *libertad*; acción, aunque sea de clase. La burguesía será la última clase directora, pues aunque quisiera el proletariado, no podría serlo, «teniendo su liberación por fin la absorción de todas las clases».

¿Medios? La educación. «Un obrero sobrio en cada taller— escribe— hará más por combatir el alcoholismo que todas las leyes prohibitivas y represivas. Diez trabajadores inteligentes y rectos, que conozcan los verdaderos principios de la cooperación, las grandes leyes de la solidaridad humana, harán más por la mejora social que todas las caridades privadas ú oficiales y que todas las legislaciones del trabajo. La justicia, la libertad, la solidaridad, no están fuera del hombre.»

La Cooperación de las Ideas había crecido, y en 1896 era una revista que atraía á los «intelectuales», apoyada por Enrique Mazel, el sociólogo de *Mercure de France*. La pregunta que les dirigía Deherme era ésta: «¿Cuál será el ideal de mañana?» Y filósofos, poetas, artistas, historiadores, trabajadores y capitalistas... cada cual hablaba genialmente de sus atisbos en las modestas columnas de aquel periódico. Todos coincidían en un vago ideal de justicia para el porvenir, á despecho de sus distinciones de partido, dogma ó casta, en la cultura del esfuerzo creador y en la necesidad de trabajar con

los obreros. Al consignarlo Deherme recordaba miras semejantes de concordia en las Sociedades de la Paz, en la Unión, para la acción moral, en la Liga del Bien, en las Sociedades antialcohólicas, en la Alianza Universal... El, por su parte, preparaba algo para el pueblo.

Sólo faltaba dinero, y Mauricio Barrés envió cien francos. *La Cooperación de las Ideas* lanzó en 1898 su llamamiento hacia la enseñanza popular superior ético-social. Se trabajaría «metódicamente en la educación sindical, cooperativa, política; social, en una palabra», no en hacer *deracinés* pedantes; buscaría el alma haciendo «hombres de voluntad enérgica, conciencias altas y esclarecidas, corazones ardientes, inteligencias sanas»; formaría con los obreros amantes de la verdad «una élite proletaria, núcleo vivo de la sociedad futura».

El llamamiento aparecía casi al mismo tiempo que Zola en *L'Aurore* fulminaba su famoso «Acuso». El *affaire* Dreyfus, enconando las pasiones, ardía por entonces camino de la cúspide de su pujanza, y la generosa Francia parecía morir aplastada entre el choque de dos fanatismos.

Mientras tanto, Deherme, decidido á empezar, alquilaba con sus cien francos una trastienda en el fondo de un patio de la calle de Paul-Bert; compraba dos tablas en un almacén de demoliciones; las unía y cubría de encarnado, para servir de mesa entre veinte taburetes y una silla para el conferenciante. Dos lámparas de petróleo y un encerado viejo constituían el resto del ajuar. En los muros había letreros: «En la sociedad no hay más que una fuerza viva: el hombre.» «Vivir para otro.» «Nosotros aceptamos todas las utopías, y nos disponemos á vivirlas...» En seguida el primer programa, con una larga lista de conferenciantes: Mazel (*Historia de la civilización*); Marín (*El hombre y la raza*); Jorge Blondel (*El movimiento industrial y social en Alemania*); Dr. Legrain (*El alcoholismo y sus consecuencias sociales*); Mauricio Pujo (*La educación artística: Rembrandt*); Arturo Fontaine (*Las cooperativas de producción*)... La sala se colmó la noche del estreno...

concincuenta personas. Siguió abierta todas. El público se rarificaba: tres, cuatro, seis adherentes, y eso de tarde en tarde. Una noche hubo dos oyentes, y el conferenciante, venido desde muy lejos, hizo su lección como siempre. Y así hasta Agosto, sin estatutos, pagando quien quería, sin retribuir á nadie: los más devotos fijaban los pasquines, y Deherme barría el local todas las tardes. No obstante, se habían hecho progresos: se habían comprado unas banquetas; empezaba una biblioteca; se habían hecho excursiones al Louvre, dirigidas por el pintor Séon.

En la calle arreciaban los enconos de las dos Francias. Un espíritu soez de pesada reacción, la credulidad del pueblo—pues, como dice Emilio Kahn, bastaba comparar dos escritos, y en vez de hacerlo, se entregaba sin reflexión á las leyendas más monstruosas; — la carencia absoluta de crítica, que es el mal más grave de la democracia; el avance, por lo mismo, de gran parte de la burguesía (la dreyfusista) hacia un estado superior de reforma social, percatada de la contingencia baladí de la sociedad capitalista y guerrera; los aprestos á su preparación... eran cosas que vagaban en el ambiente en aquellas memorables jornadas del invierno—1898-99.—Fue cuando los «intelectuales», acusados desdeñosamente de oponerse á la masa de la nación y á su engrandecimiento, hacían del pueblo, del cuarto estado donde hervían todas las audacias de un ideal nuevo, la carne de sus aspiraciones ideales. Eran los artistas, los poetas, los sabios, los filósofos... Eran Zola, France, Duclaux, Buisson, Tailhade, Séailles; eran infinitos más hasta entonces, ó endiosados en la Torre, ú oscuros en el laboratorio, los que salvaban la patria en la ruda pelea, sus nombres insultados, escarnecidos, azotados en las calles de París y en los muros de las Comunes de toda Francia.

El ensayo de la calle de Paul-Bert ganaba: la concurrencia y las simpatías eran cada vez mayores. *La Cooperación de las Ideas* devenía en 1899 una «Sociedad de Universidades Populares» que organizaría y desenvolvería en todo el país la

enseñanza superior del pueblo y la educación ético-social mutua. Con un puñado de miles de francos que se recaudó en seguida, se instaló la primera «Universidad Popular» en la calle del Faubourg St.-Antoine.

El nombre obscuramente empleado por los católicos bajo el Imperio, había sido resucitado por la revista un año antes. Ahora la palabra «Universidad» no era la *universitas scientiarum et artium*... Era eso y no era eso, y era más, mucho más.

II

EVOLUCIÓN

La conferencia-programa inaugural fue de Gabriel Séailles, uno de los filósofos de la Sorbona. Se titulaba «Educación y Revolución». Estamos en Octubre de 1899, después de terminado el ruidoso proceso de Rennes.

Deherme y su grupo viven ahora en un local casi magnífico, antaño café cantante, donde un espacioso vestíbulo, adornado con reproducciones de Louvre, conduce al despacho del secretario, al gabinete de fotografía, al pequeño almacén cooperativo, á una sala cuadrada afecta á los cursos, á las reuniones de sociedades y el domingo á la cantina; á la derecha, á un largo pasillo, y éste á la biblioteca, al salón de juegos, al pequeño museo; en fin, á la gran sala destinada á conferencias y teatro. En todas partes se ven reproducidas las obras inmortales del arte. Los adherentes, que pasan ya de 2.000, siguen creciendo, y la actividad de la casa extiende sus dominios. No se dedica sólo á las conferencias, tarea ininterrumpida que sigue congregando todas las noches á inmenso público en torno de los más discordes conferenciantes. Son además los cursos de lenguas (alemana, inglesa, rusa y francesa para los extranjeros), los de fotografía, canto, taquigrafía, dicción y costura; son las consultas médicas, jurídicas y económicas, y el servi-

cio barato de farmacia; son el patronato para niños, la organización de colonias de vacaciones, de mutualidades, de cooperativas de todo género, la agencia de colocación; son el Teatro social donde los domingos se hacen conciertos, se representan *Cid*, *Tartufe*, *Ruy Blas*, *Gringoire*, *Flibustiers*, *Liberté...* y se leen los grandes clásicos alternando con cánticos y música; los paseos al campo, los juegos, la esgrima; son las obras de la más fina estética, como la dirigida por Mad. Chalamet *Les Fenêtres Fleuries...* los que aseguran tan prodigioso éxito. En la biblioteca pasan de 3.000 los volúmenes, casi todos de filosofía y ciencia social, y son innumerables las revistas. En el Museo alternan Rubens con Botticelli, las obras clásicas de pura belleza con las ilustraciones de Juan Pablo Laurens, con los paisajes de Beudín, con las ideales figuras de pensamiento y ensueño de Alejandro Séon. Los socios disfrutaban de todo sin más formalidades que su pobre cuota.—«Los que vengan—escribe Deherme—traerán sus convicciones. Mejor; no nos proponemos cambiarlas, sino, sean cuales sean, fortificarlas haciéndolas más sociales, más concientes, dándolas un fondo moral en el cual puedan prolongar sus raíces y convertirse en disciplinas fecundas. Es menester apasionar al pueblo.» Todo el reglamento se reducía á unos cuantos consejos en la tarjeta de entrada (1).

Al mismo tiempo la corriente de que la Universidad Popu-

(1) Decía en el reverso: «No tenemos reglamento ni vigilante. Nos bastará saber lo que tenemos que hacer aquí para que lo hagamos libremente, como hombres libres y concientes.» «Tener cuidado de los libros prestados, para que muchos más puedan leerlos después de nosotros...» «No escupir. Cada año mueren sólo en Francia 160.000 individuos de la tuberculosis, de los cuales las dos terceras partes, sin duda, porque nosotros escupimos. Cuestión de limpieza y de cortesía.» «En las conversaciones, no suponer nunca que el de la opinión contraria es un imbécil ó un cretino. Puede ser él quien tiene razón...» «Participar muy activamente en el funcionamiento de la U. P., es obra de todos y para todos, de todos los que vienen y toman parte en sus trabajos y placeres... Penetrarse bien de que aquí estamos en nuestra casa y somos nuestros maestros...»

lar era eco, irrumpía aquí y allí en los más variados centros. El fanatismo y la discordia, tan agitados aquellos días, también en ellos hacían presa.

A comienzos de 1900, la Sociedad había ya abandonado su primer nombre: se llamaba «Sociedad para la Enseñanza popular y la Educación mutua»; ya no tenía por secretario á Deherme, ya no vivía en el «Faubourg St.-Antoine», sino en el *Hotel des Sociétés Savantes*, autorizada por el Gobierno. En los recintos de la primera Universidad Popular quedaba independiente, libre, el grupo carne y espíritu de Deherme. Este pretendía, quizá injustamente, que hasta su objeto había variado: la sociedad no «crearía» imponiendo grupos como el originario, con su tono de libertad, de «cooperación», de franca tolerancia hacia todos; sólo «provocaría y secundaría» cualquiera suerte de asociaciones, entre ellas *parlotes* sin importancia que desnaturalizarían el movimiento.

Lo cierto era que el Comité recibía y centralizaba las infinitas que iban poblando París y toda Francia. La corriente era fecunda, variadísima, pintoresca. *L'Enseignement mutuel* se formaba con la base de un grupo de empleados del centro de París, que venían reuniéndose ya desde 1897 para hablar de Filosofía y leer los libros de Guyau. Ahora, unidos á obreros sindicados, á estudiantes y maestros, se instalaba en un local con biblioteca y jardín. *La Fondation universitaire de Belleville* nace formada por estudiantes recién venidos de Inglaterra, unidos á cooperativas, sindicatos y profesores. Tienen un pabellón en uno de los barrios extremos, con habitaciones para residentes; hace conferencias, obra social y da bailes. Al lado de un *restaurant* cooperativo fórmase *L'Emancipation*, inaugurada por Anatolio France. Tiene tendencias anarquistas. *L'Union Mouffetard* surge de un grupo de escolares de la Normal, puesto al habla con otro de ardientes temperantes. Es muy avanzada dentro de su neutralidad, y en su Hotel reúne un numeroso público de obreros. Profesores eminentes iniciaron *La Solidarité*, donde hacen cursos Seigno-

bos, Faguet, Buisson, Tarde, el Dr. Poirrier, Duclaux, Le Dantec, etc. Y así *Le Reveil*, *La Fraternelle*, *Le Contrat Social*, *L'Aurore*, *Voltaire*, *L'Education Sociale*, *Germinal*, *L'Idéal Social*... hasta cerca de cincuenta entre París y sus alrededores, nacidas casi todas de grupos obreros, al lado de sindicatos, de logias, de cooperativas, de círculos políticos; muchas humildísimas, casi miserables, otras errantes, todas trabajadoras, entre las cuales algunas de las más pobres, conmovedoras por lo denodadas y lo serias.

Deherme solo, en la suya sola, no se daba paz. La *Casa Filosófica* de los obreros debiera realizar el *Palacio del Pueblo*. «Son piedras las que marcan las etapas sucesivas de la humanidad. La antigüedad ha vertido su ensueño de belleza en sus monumentos. La Edad Media ha proclamado el ardor de su fe y su fraternidad por sus catedrales... Los Palacios del Pueblo, edificados por el pueblo, consagrarán para siempre el triunfo de la democracia.» *La Cooperación de las Ideas* nos anticipa su composición. El Palacio del Pueblo se elevará sobre tres mil metros de superficie, y servirá á la satisfacción de las necesidades intelectuales, morales y sociales de sus 20.000 miembros. En el piso bajo del lado de la fachada se instalarán las cooperativas, los baños, una sala de lectura, un café de templanza y un *restaurant* cooperativo para doscientas personas; en el centro, un teatro para mil quinientas, una galería que le separe del jardín destinada á Museo, palco para conciertos, gimnasio para la educación de la belleza física y una sala de descanso; un *hall* para los niños y una sala de esgrima en el fondo. En el primer piso, salones para oficinas y para reunir círculos de amigos, mutualidades, sindicatos, sociedades musicales, etc.; después la biblioteca, las salas de lectura y varias de cursos y conferencias; por la noche se emplearán en las veladas de los obreros; por el día bullirá en ellas un liceo popular, donde reciban una enseñanza general completa, de verdadero acceso á las Facultades, los hijos de los socios; «es menester que el pueblo tenga sus ingenieros, sus sabios, sus

filósofos, sus artistas». Se destinará el segundo piso á los talleres de la enseñanza profesional, donde «se hagan obreros creadores y artistas y no contramaestres rutinarios»; á las exposiciones permanentes, glorificación del trabajo manual; á los laboratorios de física y química... En fin, en el tercero habrá habitaciones elegantes, confortables, embellecidas por el sello personal, para los residentes obreros... Otra vez congregó Deherme, en torno de la idea, á los hombres más esclarecidos de toda Francia. Los planos hechos fueron fijados en los muros de la Universidad Popular al lado de las metopas del Partenón. El proyecto sigue su camino. En Gante y en Bruselas ya lo realizaron el *Vooruit* y la *Maison du Peuple*.

Mas Deherme estaba evocado á otra aguda crisis. La intolerancia más grosera iba á hacer presa de su Universidad, «á pesar de haberse abierto sin restricción á todas las creencias, á todas las voluntades, á todos los corazones»; en sus programas sólo se excluía la exclusión. Entre los conferenciantes figuraba el abate Denis, director de los *Annales de la Philosophie chrétienne*, revista en que colaboran hasta positivistas. Sus lecciones acerca de *Los orígenes y la misión social de cristianismo* alternaban con otras de los más heterodoxos, notablemente con las de Buisson sobre *Sócrates y Jesús*. Se habían hecho pacíficamente las primeras. Un día unos clérigos dimisionarios, que también allí explicaban, excitaron al público y á los periódicos anticlericales, y una noche el abate Denis tuvo que dejar la tribuna, maltratado. Buisson no quiso seguir, pues se rechazaba al adversario; recordó en cambio los principios de la Universidad Popular. Deherme vió cuán necesaria era su obra.

La Cooperación de las Ideas quedó más sola y más libre. Los anticlericales fundaron otra, la *Diderot*, en el mismo barrio. Los demócratas católicos, de los cuales es el *Sillon* principal órgano, fundaban los *Institutos Populares* (1). Unos y

(1) El nombre consueña con el de los *Instituts Catholiques*, que es
E. M.—*Mayo 1903.*

otros se encontraban, y siguen encontrándose, en la «capilla» de Deherme.

También los departamentos pagaban su tributo. Sus Universidades Populares son á veces lo que en París, y es cuando triunfan, de iniciativa obrera ó *intelectual*, con sus aspiraciones reformistas; otras son federaciones de las sociedades de instrucción ó centros de patronato: es cuando fracasan. Se deben á los obreros, á los profesores de la Universidad y de los Liceos y Colegios (incluidas directoras de los de señoritas), á los maestros, á los inspectores de escuelas (entre los cuales M. Payot ha hecho obra considerable), á los burgueses ricos, á los pastores, á los Municipios... hasta á las Asociaciones de pequeños alumnos de las escuelas, las *Petites A*, que se las llama. Muchas son rurales. Como en París, algunas tienen locales á propósito; otras son capillas nómadas, que *ofician* donde pueden, en el salón de una alcaldía ó de una escuela; otras están adscritas á los sindicatos, á las cooperativas ó á los círculos políticos; otras disponen de magníficos locales que las cede el Municipio, como en Lyon y Lila; en Amiens, Rennes, Nimes, Clermont-Ferrant y otras ciudades, viven en las Bolsas del Trabajo; en Rouen, un filántropo rico compró el edificio de una iglesia sin culto, y dispuso que en él se levantara *La Maison du Peuple*...

como oficialmente se denominan en Francia las Universidades católicas. El Estado reservó, por ley de Marzo de 1880, el de Universidad para las suyas. Generalmente, sin embargo, se emplea siempre éste.

Le Sillon es una Asociación de jóvenes que se proponen vivir *socialmente* el catolicismo, «dar una forma á las aspiraciones providenciales de esa Sociedad futura, que se elabora lentamente y no podría prescindir de Cristo y su Iglesia». Penetra en los medios católicos despertando su sentido social, y se infiltra (por *irradiación*) en los indiferentes y hostiles, tratando con verdadera unción todas las cuestiones batallonas. A esas dos fases de su acción responden sus Círculos católicos de obreros y los Institutos populares. Marcos Sanguier, su director, dejó la Escuela Politécnica para consagrarse á la educación popular con toda su alma. En Francia son los católicos á la antigua, y los nacionalistas *enragés* sus más voraces enemigos.

Fuera, principalmente en Inglaterra y en los Estados Unidos, se habló antes que en Francia de Universidades Populares, para designar difusamente, y con cierta retórica, las corrientes de las Universidades de la nación hacia la masa del pueblo, generalmente alejada de ellas (*University Extension*). También en Austria se habló de Universidad Popular á propósito de los *Wiener volksthümlichen Hochschulkurse*. Nacidos de una Sociedad particular de Instrucción, compuesta sobre todo por los *privat-docenten* de la Universidad de Viena, pertenecen hoy en absoluto á ella. En 1895 ya disponían de programas muy completos, á lo que contribuía no poco el celo de Antonio Menger. Pero donde la labor de Francia ha influido verdaderamente ha sido en las Universidades Populares de Polonia, Italia y Bélgica. En Polonia se fundó una que, aunque de mayor importancia en Cracovia, tiene ramificaciones en el país, con el nombre de Mickiewicz, para celebrar en 1898 el centenario del poeta. Es absolutamente del tipo francés, creada por miembros del partido obrero, si bien neutral y ayudada por profesores de la Universidad. Italia ofrece todo un movimiento, y muy variado, de Universidades Populares. De él conozco la de Turín, que fue la iniciadora. Surgió la idea de relaciones habidas en 1899 entre la *Società di Cultura y Fraternalitas*, una Sociedad obrera. El profesor A. Mosso apoyó con calor la idea, y la Real Universidad la hizo obra oficialmente. Hoy se reúne en el antiguo y artístico comedor de un convento. Todavía no se consiguió tanto en Francia. En Bélgica hay, por lo menos, tres en Bruselas, la de la Casa del Pueblo, la de Schaerbeek y la de St. Gilles. Trabajan por los mismos ideales que las francesas, quizá un poco más conservadores.

En fin, Suiza, con la que M. Renard fundó en Losana, y España, con la de Valencia, también parecen entrar en ese enorme concierto.

DEPARTAMENTO DE LA BIBLIOTECA
CENTRO DE INVESTIGACIONES
CALLE DE LA PLAZA DE SAN JUAN DE LOS RIOS
MADRID

III

CARÁCTER

Cuando Francia no tenía Universidades Populares, los ojos miraban á Inglaterra, y se quería reproducir su *Extensión* de la enseñanza. Claro que se salvaba la primacía francesa pensando en la obra de la Revolución, en los proyectos de Condorcet, en la doctrina de los fisiócratas... (1). Mas nacidas, todos proclaman su originalidad incomparable. Ni siquiera recuerdan dentro de casa aquellas *Sociétés Scientifiques et littéraires* de la Sorbona de 1865, ni las *Lectures au Peuple* de Souvestre y Carnot en 1848 (2).

No son, en efecto, la *Extensión universitaria*. Si pudo creerse cuando por tal se tomaba fuera de Inglaterra cualquiera tarea de difusión de la cultura, hoy no suele admitirse. «Las conferencias populares—declaraba en un congreso el profesor Roberts de Cambridge,—por interesantes que sean, no dicen relación alguna á *University Extension*.» Y otro profesor, Mr. Jebb, añadía que no lo habían sido en Oxford ni las memorables de Juan Ruskin. El maravilloso conjunto de la *Extension* británica empieza por los exámenes locales de la Universidad y por su sistema de cursos fuera de sus muros, con

(1) H. Michel, *L'Idée de l'Etat* (París, Hachette): «La difusión de la instrucción popular ha sido proclamada, antes que por nadie, por los fisiócratas. Instruir á los espíritus es conquistarlos.» Cita en su apoyo á Badaeu: *Introduction à la philosophie économique*, 2.^a parte, tomo II.

(2) No obstante, hubo muchas instituciones semejantes; entre ellas citaremos, por mejores, la *Société Populaire d'Economie Sociale*, de Nimes, debida á Boyve, en 1885, fundida hoy con otras en una Universidad Popular (véase el modesto periódico *L'Emancipation*, órgano del movimiento cooperativo nimés, que es de lo más serio y bien inspirado); los círculos desaparecidos de obreros de los Pastores Allier y Wagner, sobre todo los mutualistas del Pastor Fallot (*Cercles d'Aide fraternelle et d'Etude Sociale*); la *Société Positiviste d'Enseignement supérieur*, que, fundada en 1881, vive todavía piadosamente en la última casa de Augusto Comte...

cesión de títulos á los alumnos, y termina, por ahora, en la fundación de Universidades y Colegios. Es toda la historia contemporánea de la enseñanza superior inglesa. Los países que la imitaron (ya casi todos) prescindieron de las funciones concordantes allí con las condiciones peculiares de su vida nacional, pero mantuvieron las esenciales, á saber: *a*) difusión del espíritu puramente científico; *b*) por medio de la Universidad hasta como persona administrativa y solemne.

¿Responden á eso las Universidades Populares?

Pienso que con ellas podrían hacerse dos grupos. Formarían en el *primero* las de Francia, Polonia, Bélgica y algunas italianas... que tienen de común, entre otras cosas, el haber nacido y desenvuéltose privadamente, independientes de la Universidad y de los Poderes oficiales; en el *segundo* figurarían las adscritas á la Universidad, como las de Viena y Turín, por ejemplo, que tienen su mismo ideal, habitan su casa, disponen oficialmente de sus profesores y de sus métodos. Estas son una forma de *Extensión*, y por cierto, floreciente; las otras no entran en sus dominios.

Pero todavía discrepan en más. Veámoslo por lo que hacen las Universidades Populares tipo, que son las francesas, las cuales, á despecho de su variedad, son, por lo menos, de tres clases:

a) Universidades Populares de *La Cooperación de las Ideas*.

Enseñanza superior por la cooperación y concurrencia de todas las ideas, *sin* exclusión; acción social orgánica que eduque para un porvenir de libertad. «Sólo perseguimos un objetivo—dice Deherme:—la emancipación integral del proletariado y, bien entendido, por el proletariado mismo, mas para la humanidad entera, no para gloria de una fórmula, el poder de una parcialidad ó el triunfo de una dialéctica.»

b) Universidades Populares que llamaremos «de partido».

Enseñanza superior y educación mutua; laicismo *con* exclusión; acción social, más bien política para el triunfo de un

sistema. «La Universidad Popular—dice Carlos Guieysse, el secretario de la Sociedad—es una institución obrera organizada para la lucha de clase, para la conquista de un poder público, el de la enseñanza...» (1).

c) Institutos populares.

Enseñanza mutua de compenetración y amistad, ni confesional ni neutra (hecha por católicos, según métodos racionales; acción social. «El trabajo de la educación popular—escribe Marcos Sangnier—tiene un complemento: la organización democrática, el florecimiento del movimiento sindical, la legislación del trabajo.»

Se combinan estas tendencias en algunas, y en otras, donde la actividad no es tan completa, se aspira á que lo sea. Es su público muy semejante quien reduce todavía las diferencias.

Puede verse, pues, otra distinción muy acusada entre ellas y las instituciones de la *Extensión*. Las tareas intelectuales, que pudieran ser las comunes, son en éstas como en la Universidad de pura *investigación* desinteresada (científica); en aquéllas, de *predicación*; además, en ellas, por misión principal que las concedan, son sólo un medio entre muchos de su acción social integral reformadora. Las Universidades Populares son una especie de capillas laicas de acción orgánica social, *tendenciosa*, de emancipación proletaria. Aparte de lo que puedan devenir en la crisis de las instituciones oficiales de enseñanza, no

(1) La lucha de clases, en su expresión más aguda, está organizada fuera de las U. P., hasta el punto de serlas hostil. Lafargue decía en el *Socialiste* que en ellas se quería comunicar al pueblo la ideología burguesa y distraer las escasas energías que le restaban para organizar sindicatos, cooperativas, grupos políticos y socialistas, después de su embrutecedor trabajo. «No hay más que una ciencia que los trabajadores deban adquirir, incluso apretándose el vientre y rebelándose contra el sueño: el socialismo.» «Las U. P.—decía Guesde á un redactor del *Temps*—tienen tanta importancia como la obra de esos tiñositos (refiriéndose á los socialistas ministeriales). Con invenciones semejantes se divierte al pueblo.»

les liga con la Universidad en Francia más que lo que influyen en su incorporación por aquéllas algunos pensadores, entre los cuales el eminente Durckheim, y no para que las Universidades Populares dejen de ser lo que son (quiere que en ellas se prepare á los obreros en su obra política y técnica), sino para que las Universidades lo sean verdaderamente; «la universalidad de las artes y de las ciencias, y además de todas las manifestaciones de la mentalidad colectiva».

Más bien se parecerían á los *Settlements* ó colonias universitarias inglesas, incluso por la base cooperativa de sus orígenes. Piénsese en la acción de Arnolde Toynbee en los bajos barrios de Londres, y en lo que trabaja todavía en esa corriente emancipadora su colonia no superada de Whitechapel. Pero el movimiento francés es íntimamente democrático y popular; en ocasiones hasta plebeyo. En Inglaterra débense los *settlements* á universitarios aristócratas, lo que, por supuesto, no quiere decir á «caridades intelectuales» en el sentido que se entiende en Francia, sino á corrientes de fraternidad de las más puras y elevadas.

En general, puede decirse con Daniel Halevy: la aristocracia y la burguesía católica, que es casi toda la burguesía, han permanecido alejadas, cuando no hostiles, de las Universidades Populares. Ni la primitiva colaboración de Barrés y Mazel, ni el movimiento de los institutos populares, tan débil que, á despecho de sus recursos de todo género, no ha logrado fundar más que uno en París (el de la calle de Cochin) y muy pocos más en provincias, lo desmienten á mi ver. «El dinero vino un poco de la burguesía protestante, y sobre todo de la judía». El partido de la demopedia—que diría Proudhon—lo componen los «intelectuales»; es decir, los intelectuales revolucionarios, anhelosos, como los obreros, de un estado nuevo de justicia social. No representan clase alguna: representan los intereses de la cultura humana y del libre pensamiento, maltrechos por la burguesía. Uníalos al pueblo el «sentimiento de una fraternidad real, verdadera unidad». Otro publicista, Emilio Kahn, dice

que los pocos profesores que no eran socialistas antes de ir á las Universidades Populares, se convirtieron en seguida (1).

El otro elemento, el pueblo que había iniciado la corriente, era para ellos un misterio; casi sigue siéndolo. En él se habían condensado todas las llamaradas de la Revolución; habían sedimentado todas las utopias que cruzaron la mente de la humanidad en un siglo de revuelta; los ideales románticos y socialistas de la revolución de Julio; las audacias democráticas y terribles de 1848; el odio que las persecuciones, las injusticias y la adversidad, vistas al candil de cuatro lecturas huecas y deshilvanadas, habían fraguado en los tiempos posteriores. No era otra clase ni otro ideal: era otra cultura. Es menester ver con qué tenacidad, mortalmente uniforme, se repiten aquí y allí y en todas partes media docena de fórmulas llamativas, burdas, axiomáticas, inrompibles, contra las que chocan todas las noches los esfuerzos más desinteresados de los maestros. Terminada la conferencia, comienza la discusión. La mayor parte de los obreros callan impenetrables; alguno habla, pero jamás lo hace para discutir, dispuesto en su caso á convencerse. Son conclusiones cerradas, inabordables. «La propiedad es el robo»; «todo es materia organizada»; «la autoridad es absurda». Los demás asienten. Nadie experimenta allí la necesidad del libre pensamiento, y cuando se invoca significa una negación categórica. La palabra *Dios* no puede pronunciarse. Y es justa la observación de Halevy. Para aquel pueblo, que no soporta los poemas de Víctor Hugo, puede considerarse perdido el tesoro de poesía, de mística, de unción religiosa con que las más varias creencias lo consagraron en obras inmortales hace más de treinta siglos.

(1) Por cierto que después de revisar todas las instituciones populares de enseñanza, incluída la *University Extension*, dice pensando en la obra de la Universidad de Oviedo: «Es en España donde hay que buscar los cursos más apropiados á las necesidades de los obreros».

Quien haya rodado un poco por las Universidades Populares de París, no podrá menos de recoger esta nota. Todas ó casi todas fueron llegando al socialismo; muchas, arrastrando á sus maestros. La de Deherme resiste en su neutralidad, y no por una especie de petulante coquetería ó por pagar tributo á un rancio liberalismo. Resisten algunas otras, yo creo que por motivos más hondos. El público es el mismo, y Deherme es anarquista.

Este carácter de las Universidades Populares trasciende á la calidad de los que aprovechan sus enseñanzas; á los programas, á los métodos, á sus recursos económicos, en relación con las otras instituciones de que hablamos.

Llegan más abajo que la *Extension*, aunque en ocasiones no se encuentre en sus recintos sino una cuarta parte de obreros entre pequeños burgueses y empleados de poca importancia. En cambio, en muchas son obreros hasta los conferenciantes. La *University Extension*—escribe Sadler,—«por un lado, fue parte del movimiento para la mejora del cuerpo enseñante; por otro, formó en el movimiento de la enseñanza superior de las mujeres, sobre todo en las ciudades de provincia» (1).

Los programas están llenos siempre en Francia de asuntos candentes, de batalla, si bien alternan con los de la más varia cultura. Recuerdo todavía una famosa conferencia de Luisa Michel sobre las jornadas de la «Commune» en *La Cooperación de las Ideas*. Compárense con los de la *University Extension*, que versan principalmente sobre literatura é historia.

(1) Todavía puede dar idea del público de las U. P. la siguiente estadística, publicada por *La Enseñanza mutua* en 1900: Inscritos, 200, y 113 declararon sus profesiones: 36 empleados, 5 dibujantes, 6 estudiantes, 5 ingenieros, 8 tenedores de libros, 8 pintores, 5 mecánicos, 3 maestros, 5 tipógrafos, 4 jornaleros, 4 ebanistas, 5 sastres, 2 tapiceros, 4 zapateros, 2 guarnicioneros, un dorador, un cochero, un medidor, un farmacéutico, una partera, un cortador, un carretero, un cerrajero, un confitero, un periodista y un albañil.

DE HERME A LA BIBLIOTECA DE
 LAS UNIVERSIDADES POPULARES

«Es menester confesar — vuelve á decir Sadler — que la enseñanza de la economía política y de la ciencia social á los obreros no ha prosperado.» Compárese con lo que ocurre en Viena, donde el profesor Strisower, explicando «los esfuerzos para el mantenimiento de la paz internacional», no pudo pasar de 1867, por sujetarse al reglamento, que prohíbe formalmente «las cuestiones que hagan relación á las luchas políticas, religiosas y sociales de nuestro tiempo».

Los métodos, mientras en las Universidades Populares *extensionistas* son los de la Universidad con sus cursos, trabajos de los alumnos y hasta diplomas, en las francesas y semejantes casi no ha podido pasarse de las conferencias aisladas; sin embargo, este año ha prosperado en casi todas las de París un curso sobre Spinoza, y muchos trabajan por extender el ensayo de *La Solidaridad*. Frente á ellos está Deherme. Para éste, la más rica variedad en programas, métodos, ideas, conferenciantes y asuntos más mezclados, encierra toda la excelencia de aquella suerte de enseñanza. La reglamentación uniforme es buena para los profesionales. Los obreros no podrían seguir un plan riguroso, dadas sus condiciones de vida y de trabajo. Dadas sus condiciones de espíritu, es necesario sembrar mucho, á manos llenas y de la más variada suerte, para que fructifique algo. Y algo es para el obrero el esfuerzo de seleccionar, de orientarse en lo que parece un dédalo de confusiones, de formarse su programa según sus necesidades espirituales y su individualidad. Pensar es tener personalidad, crear. La enseñanza debe ser fecundación. En *La Cooperación de las Ideas*, «lo que se recomienda á los conferenciantes es no ponerse jamás al alcance del público; deben guardarse las alturas». El menos entendido es quizá quien hace mejor obra: ha sacudido á latigazos la pereza intelectual; ha despertado un esfuerzo...

Y lo mismo en los recursos económicos. No hablemos de las sumas gastadas en la labor británica. La Universidad Popular de Viena, además de las cuotas de los adherentes

(25 kreuzers mensuales), percibe una anualidad de 6.000 florines del Ministerio de Instrucción pública; cuenta como bienhechores, al lado de algunos sindicatos obreros, á banqueros, á grandes señores, á compañías como el Banco de Crédito industrial y comercial, la Sociedad de la Dinamita, la Casa de Electricidad de Siemens y Halske. Si copiara la lista de sus donantes en Turín, se vería una cosa análoga. En cambio, en Francia las Universidades Populares viven pobres; sólo perciben las cotizaciones de los socios (50 céntimos al mes y 75 una familia, y en algunas menos) y escasa ayuda de los sindicatos, de las cooperativas, á veces hasta de los Municipios, sobre todo en los departamentos; el de París también subvenciona alguna de sus obras, por ejemplo: con 500 francos el patronato de niños, organizado en *La Emancipación* por cierto libertario (1). En Bélgica, donde la *Extension* y las Universidades Populares forman dos organismos perfectamente independientes, también los Municipios las ayudan con locales, calefacción, luz y además con 500 francos (250 por su obra de instrucción y otros tantos por la antialcohólica). De ahí que sus servicios, empezando por el de los maestros, tengan que ser gratuitos: no son por eso menos entusiastas y fervorosos.

Todo confirma la nota que la señalaba France. Son instituciones obreras de reivindicación por la cultura (necesitamos obreros *concientes*, que dicen ellos), comparables con ciertas cooperativas de Inglaterra, en Alemania, con organizaciones más bien políticas, como el «Club Karl Marx», de Berlín, por ejemplo. En Francia el movimiento cuenta con los intelectuales más encumbrados; eso es todo.

Y en esa confusión, en esa pobreza, en esa cerrada intolerancia revolucionaria... cada cual lee en qué no realizan sus

(1) A veces comienzan con un puñado insignificante de francos procedente de alguna liberalidad. Cuando se formó la Sociedad se recaudaron cerca de 30.000, de los cuales se emplearon más de 21.000 en *La Cooperación de las Ideas*. Pero lo que se recomienda como *esencial* son las cotizaciones de los socios. ¡Siempre el esfuerzo!

sentimientos, y hablan de su crisis, hasta Deherme. ¡Hace tanto tiempo que se habla de la crisis, de la *Extension* británica!

Y mientras tanto, las Universidades Populares arrancan en París todas las noches, y por esa proporción en todas partes, á más de 3.000 personas del vicio cenagoso ó de las miserias de una triste velada... Además, arrojan ya demasiada luz para que la pobre cultura de que hablamos no contemple sus harapos. Las ideas cristalizadas, las quimeras de los sectarios utopistas, no resisten los golpes invencibles de la lógica; al fin se quiebran. Y ¡qué de veneros descubiertos en el generoso humanismo que las anima y enciende! Los obreros más recalcitrantes son creyentes. Que no se mancille á sus grandes ídolos, á la *Ciencia*, á la *Justicia*, á la *Solidaridad*, al *Progreso*, á la *Humanidad*... No hay ninguno que no crea en la realización de la «Ciudad armónica», llena de luz y de paz; ninguno espera verla, y todos trabajan en ella con fe, con denuedo heroico, con amor, con rudo sacrificio. Las Universidades Populares están en la médula del movimiento más liberador de la Francia grande. Hay que verlas vibrantes de simpatía, de honda pasión, en su culto á la Naturaleza, en su adoración al Arte, en sus predicaciones, en sus fiestas (1)... ¿No significan

(1) Alrededor de las Universidades Populares hay un buen número de Asociaciones con este objeto: *Le Livre pour Tous*, *L'Art pour Tous*, *La Nature pour Tous*... Esta organizó en Chatelailon una colonia obrera de vacaciones, forma muy curiosa de cooperación; los adherentes pasaron con sus familias veinte días en un pintoresco *chalet*, á la orilla del mar, por una cantidad exigua. Hoy añaden los socialistas franceses, á su petición de las ocho horas, un mes de vacaciones... Fiestas, pueden citarse las de la paz, organizadas para recibir á los niños del *Vooruit*, la cooperativa socialista de Gante, los cuales recorrieron varias naciones estrechando amistades con sus vecinitos y trabajando por la Internacional; las fiestas cívicas de la *Raison* en conmemoración de Rousseau, de Voltaire, etcétera, al nacimiento del sol, á la primavera... El escultor Derré hace en grande su *Fuente de Amor*, y, colocada en uno de los bosques más hermosos de París, también será objeto de una peregrinación popular de las más encantadoras...

tampoco nada sus luchas contra el alcoholismo, contra el *cá-baret*, contra la miseria y la tuberculosis; sus trabajos por la paz de las naciones, por el imperio de la Idea, por el triunfo del Bien?...

«Las Universidades Populares—dice Deherme—son mutua-lidades de perfeccionamiento y elevación, como lo fueron an-tes las iglesias. Pero no por la oración, sino por el Esfuerzo.»

LEOPOLDO PALACIOS

D'ANNUNZIO Y EL ANARQUISMO ARISTOCRÁTICO

La igualdad social es para el sociólogo uno de los ideales más genuinos de la democracia. Antes se la llamaba igualdad civil, igualdad jurídica, igualdad ante la ley; hoy se quiere que sea igualdad en todo y por todo: igualdad en el merecimiento y en el trabajo; igualdad en los fines humanos y en los medios de vida. Pero esta igualdad de condiciones, se preguntan los espíritus reflexivos, ¿no es lo contrario á la igualdad de derecho? ¿No merece más el que trabaja más? ¿No equivale ideal tan absurdo á una nivelación informe de clases é individuos que destruiría la sociedad? ¿No es esto volver á los tiempos prehistóricos, á la homogeneidad primitiva, al salvajismo cualificado? ¿Habremos llegado al fin de nuestra evolución y caeremos inevitablemente en la disolución, en el atavismo á la niñez de la senectud avanzada? ¿Tendremos que sumirnos en una confusión igualitaria en que toda distinción desaparecerá y la oposición entre lo superior y lo inferior no podrá ya subsistir?

Los sociólogos no acaban de marearnos con gran apremiación de alarmas, al intento de evitar la mesocracia y la degeneración de la humanidad; no cesan de dar voces con Izoulet en su *Cité moderne*: «Me es imposible apartar los ojos de esa línea inquieta que empieza á sombrear el horizonte, de esa creciente marea de las *Multitudes*, capaces de desarraigar lo

selecto y aventar la civilización como una arista. Renán, en su agonía, nos dejó esta solemne advertencia: *Hay que temer para Europa nuevos siglos de barbarie*. Sí; hay motivos para prever terribles represalias, y sobre todo para indicar medidas salvadoras, por poco que se las tema.»

En el terreno de la sociología práctica y empírica, tales medidas van lentamente siendo eficaces y certeras, gracias al auxilio de las ciencias naturales y de las asociaciones libres. De aquí, si nuestra consideración se extiende hasta esos círculos de sabios que no trabajan en el campo de la observación y del análisis, y que se contentan con los puntos de vista generales, buenos sólo para hacerles lucirse como brillantes estilistas, hallaremos en muchos de ellos un desdén visible hacia las generosas tendencias de libertad y de fraternidad que animan actualmente al mundo. Por extraño que parezca, desde que Nietzsche levantó su cómica protesta contra tendencias tales, la vieja Europa, y en especial «la decadente Europa latina», ha visto renacer al lado de las utopías anarquistas, libertarias y ácratas, los viejos errores aristocráticos. Estos errores son patrocinados, más que por los hombres de ciencia prácticos ó por los legisladores y políticos, por tres clases de escritores: naturalistas, metafísicos y literatos.

En el número de literatos adictos á Nietzsche, cuéntase D'Annunzio, uno de los más hábiles propagandistas de las nuevas ideas, merced á la magia de su pluma de vistosos cambiantes y artificiosa labor. Con entusiasmo cita él aquel aforismo XXX del *Jenseits von gut und böse* de Nietzsche (1), donde se insinúan las excelencias del *neber menschen*, para entonar un himno al despotismo de raza, el más olvidado, pueril é in-

(1) Dice así el aforismo mencionado: *Es giebt Bücher, welche für Seele und Gesundheit einen umgekehrten Werth haben, je nachdem die, niedere Seele, die niedrigere Lebens-Kraft oder aber die höhere und gewaltigere sich ihrer bedienen: im ersten Falle sind es gefährliche anbröckelnde, anflösende Bücher, im anderen Heroldsrufe, welche die Tapfersten zu ihrer Tapferkeit herausfordern.*

actual de todos los despotismos. A la vista de la hipocresía con que los ambiciosos de ayer exageraban, para elevarse á sí propios, los derechos del pueblo, como se exageran las cualidades de un niño para cautivar su ánimo inocente, debe causar asombro la frescura con que algunos pedantes de hoy, fijándose en la tendencia presente del egoísmo social hacia la filosofía de Nietzsche, recomiendan el programa del dominio como el único verdadero. Y después de todo, no hay en ello nada realmente extraño al sentimiento permanente y casi general en la humanidad de todas las épocas. Que el fondo del nietzschianismo ha tenido siempre hasta ahora la más triste realidad práctica, es una verdad que no se ocultó á los mismos pensadores del siglo XVIII. En el *Mahomet* de Voltaire, las últimas palabras que Palmira, expirante, dirige al profeta, lo dicen expresamente: «Tú debes reinar; el mundo está hecho para los tiranos». Cuando D'Annunzio, en sus novísimas flamantes lucubraciones, repite que «el mundo es la representación de la sensibilidad y del pensamiento de pocos hombres superiores, los cuales lo han creado y hasta ampliado y adornado en el transcurso del tiempo, y continuarán ampliándolo y exornándolo en lo futuro»; y que «el mundo, como aparece hoy, es un don magnífico y pródigo de los pocos á los muchos, de los libres á los esclavos, de aquellos que piensan y sienten á aquellos que deben trabajar», no hace más que rebozar en una imagen brillante una aberración trascendental de la historia.

¿En qué grupo debemos, pues, colocar á D'Annunzio? ¿En el de los gubernamentalistas, en el de los socialistas ó en el de los libertarios? Gubernamentalista no es, por de pronto. La idea de la omnipotencia reformadora del Estado no puede caber en la mente de un pensador que con tan terrible desprecio habla de la plebe y de los obreros, pues esa parte de la nación, mal llamada la hez del pueblo, es muy importante por su cuantía y por los servicios que presta al Estado. «Ella es —dice Vauban en *La Dîme royale*— la que hace los grandes

trabajos en campos y ciudades, trabajos sin los cuales ni ellos ni los otros podrían vivir; ella la que abastece de soldados, marineros, lacayos y criados; en una palabra, sin la plebe, el Estado no podría mantenerse.» Imposible, por lo tanto, que quien sancione, aunque bajo ciertas condiciones, la tiranía del Estado, pretenda desdeñar y perjudicar una clase que es para el Estado la principal condición de su existencia.

D'Annunzio tampoco es socialista. ¿Ni cómo puede serlo desde que loa y canta con entusiasmo á sus aristócratas antepasados «por las bellas heridas que produjeron, por los bellos incendios que causaron, por las bellas copas que vaciaron, por los bellos palafrenes que blandieron, por las bellas ropas que vistieron, por las bellas mujeres que gozaron, por todos sus estragos, sus embriagueces, sus magnificencias, sus lujurias?» El socialismo es, ante todo, una doctrina de fraternidad y de paz; y en su criterio, las funciones sociales más útiles son las del pobre trabajador que fecunda con el sudor de su frente la tierra para hacerla brotar el pan; no las del ocioso, rico y noble, en sus bailes, en sus juegos, en sus chismosas tertulias, en sus carreras de caballos. ¡Infeliz de la sociedad si las teorías de D'Annunzio fuesen ó pudiesen ser adoptadas por el gran número de sus miembros!

Sabed que D'Annunzio no apoya tampoco el ideal libertario. «Disciplinaos—dice D'Annunzio á los patricios, despojados de poder en nombre de la igualdad, considerados como sombras de un poder disperso para siempre, mal dispuestos á la renuncia pacífica de los tedios elegantes, pero infieles, según él, á su estirpe, é ignaros ú olvidados de las artes del dominio que profesaron sus abuelos;—disciplinaos á vosotros mismos, como á vuestros caballos de carrera, esperando el éxito. Aprended á ser metódicos para afirmar y reforzar vuestra persona, del mismo modo que habéis aprendido lo necesario para vencer en el Hipódromo. Dirigid con vuestra voluntad por una línea recta, y hacia un objeto firme, todas vuestras energías, lo mismo que vuestras pasiones más tumultuo-

sas y vuestros más turbulentos vicios. Estad convencidos de que la esencia de la persona supera en valor á todos los atributos accesorios, y que la soberanía interior es el signo principal del aristócrata. No creáis sino en la fuerza templada por la larga disciplina. La fuerza es la primera ley de la naturaleza indestructible é inmóvil. La disciplina es la superior virtud del hombre libre. El mundo no puede ser constituido sino por la fuerza, así en los siglos civilizados como en las épocas de barbarie. Si fueran destruídas por otro diluvio deucaliónico todas las razas terrestres, y surgieran nuevas generaciones de la piedra, como en la fábula antigua, los hombres se batirían entre sí apenas se encontraran sobre la tierra generadora, hasta que uno, el más valiente, no consiguiese imperar sobre los otros. Esperad, pues, y preparad el éxito. Por fortuna, el Estado, erigido sobre las bases del sufragio popular y de la igualdad, cimentado por el miedo, no es sólo una construcción innoble, sino también precaria. El Estado no debe ser más que una institución perfectamente dispuesta para favorecer la gradual elevación de una clase privilegiada hacia una ideal forma de existencia. Bajo la igualdad económica y política á que aspira la democracia, vosotros os encaminaréis á formar una nueva oligarquía, una nueva secuela de la fuerza; y conseguiréis los pocos, antes ó después, tomar las riendas para domar á las multitudes en provecho vuestro. No os será muy difícil, en verdad, reconducir á la grey á la obediencia. Las plebes se mantienen siempre esclavas y experimentan una nativa necesidad de tender las muñecas al vencedor. Nunca existirá en ellas, hasta el fin de los siglos, el sentimiento de la libertad. No os dejéis engañar por sus vociferaciones y contorsiones inesperadas; antes bien, recordad siempre que del alma de las turbas no se destierra jamás el pánico. Os convendrá, pues, en ciertas ocasiones, tener preparadas dudas sibilíticas, adoptar un aspecto imperioso, ingeniar alguna rápida estratagema.»

Ciertamente que no hay posibilidad de expresarse con más

claridad, pero tampoco es posible oponerse con más soltura á las pretensiones de la entidad que se llama Estado. No haré más que manifestar la evidente contradicción que de esto resulta, y no calificaré este incomprensible consorcio de la dominación despótica con la confusión acrática. Baste indicar que explica y justifica el nombre, algo extraño y en apariencia antinómico, que he dado al conjunto de inconexas ideas del sofista italiano: *anarquismo aristocrático*.

No es razón criticar estas ideas d'annunzianas sin antes dividir las en dos grupos, que constituyen la afirmación y la negación paralelas de su significado: *a*) sociología ó suposición de que las clases inferiores lo son por naturaleza; *b*) psicología ó suposición de que las clases superiores lo son también por naturaleza. D'Annunzio pretende probar, por lo tocante al primer punto, que la necesidad social de la certidumbre democrática está justificada por razones sacadas de la naturaleza. Así dice: «Las manos del villano, á las que Dante dió el epíteto que dió á las uñas de Taide, son aptas para limpiar el establo, pero no dignas de alzarse para sancionar una ley en la asamblea.» Ya antes le hemos visto afirmar que «las plebles se conservan siempre esclavas y tienen una nativa (?) necesidad de tender sus muñecas al vencedor», y que «jamás existirá en ellas, hasta el fin de los siglos, el sentimiento de la libertad». Este singular razonamiento que se halla en Aristóteles (1), no sólo conduce á errar, sino á pensar al revés. «Los seres más perfectos—había dicho Aristóteles al buscar en la naturaleza las razones de la institución de la esclavitud,—los seres más perfectos están hechos para mandar; y los esclavos, que no tienen más que la razón precisa para comprender la razón de los demás, son esclavos por naturaleza.» No era, ciertamente, tal sofisma digno de su autor, porque un niño respondería que la degradación del esclavo no es causa, sino consecuencia de su esclavitud misma. El esclavo ideal de la anti-

(1) *Política*, I, 23.

güedad, aquel sér necesariamente grotesco y malvado que la comedia latina introdujo en su seno para provocar las carcajadas y las burlas, y á quien Catón recomendaba que se tratase como á una bestia de carga, tenía todos los defectos: goloso, embustero, malvado y enemigo natural de su dueño, pasando la vida en la revolución y el deseo del mal. Pero ¿era él mismo responsable de esto, ó lo era su amo? Más aún: ¿no probaba de ese modo su nobleza y protestaba de una situación contraria á la naturaleza? ¿Cuántas veces no sucedía que la servidumbre sumía el ánimo en la abyección de la violencia, y el esclavo sufría su carga meditando proyectos de venganza contra la sociedad? Las comedias de Plauto, por ejemplo, nos ofrecen constantemente al esclavo pervirtiendo al hijo de su señor, ayudándole á disipar su hacienda, aceptando toda suerte de bajezas al auxiliar á los amos en sus intrigas por miedo al castigo, y gozándose en la mortificación y daño de los que inhumanamente le explotaban. Y no estará de más advertir que esta idea no es sólo de Plauto, ni el hecho aconteció únicamente en Roma: en todos los lugares y en todos los tiempos, la inmoralidad y la corrupción son consecuencia de los menoscabos de la libertad. Además, una vez generalizada y continuada la servidumbre, la degradación que se producía en los infelices esclavos era tal, que el concederles la libertad ó la manumisión no les levantaba de su estado, y á veces resultaba contraproducente. Plauto asegura que el esclavo romano casi nunca solía corresponder al beneficio de la vindicta con su conducta, juzgándose libre solamente para ofender al antiguo dueño, para injuriarle y para pagar sus bondades con la más negra ingratitud.

Enseña después Aristóteles, como también enseña D'Annunzio, que los instrumentos que han menester los hombres para satisfacer sus necesidades son de dos clases: inanimados y vivos: de los últimos son los esclavos. «Si cada instrumento—argüía Aristóteles—pudiera, mediante una orden recibida ó adivinada, trabajar por sí mismo, como las estatuas de Dé-

dalo ó los trípodés de Minerva, que iban solos, según cuenta el poeta, á las reuniones de los dioses; si las lanzaderas tejiesen solas y el arte tocase por sí solo la cítara, los empresarios no necesitarían obreros, ni los señores esclavos.» En este pasaje establece y destruye al mismo tiempo Aristóteles una supuesta necesidad que los progresos de la industria y un nuevo orden de principios é instituciones sociales van desterrando, aunque trabajosa y lentamente, del mundo. En nuestros días *las lanzaderas tejen solas*, y no está muy lejana la época en que los obreros puedan aprovechar en bien suyo los momentos que las máquinas dejen libres á su inteligencia. Cuando, en el porvenir, los hijos de nuestros obreros se vean menos molestados en las fábricas con el trabajo manual y rudo, les quedará más tiempo para participar formalmente de la vida intelectual de sus pueblos, para desenvolverse al contacto de sus manantiales, tan ricos en civilización. Una multitud de cosas grandes, como la ciencia, quedarán organizadas en forma democrática, y se encontrará sentido á aquella antiquísima teoría que Mencio (1) condensó el primero en la célebre crítica social de las castas y de la esclavitud, que no reconoce más que dos clases de hombres, tan necesaria y tan respetable la una como la otra. *Los unos trabajan con su inteligencia; los otros trabajan con sus brazos. Los que trabajan con su inteligencia gobiernan á los hombres; los que trabajan con los brazos son gobernados por los hombres; los que gobiernan á los hombres son sustentados por los hombres. Es la ley universal del mundo.*

Las preocupaciones de D'Annunzio sobre la nobleza de nacimiento le llevan á suponer que la democracia es la ruina de la grandeza científica y de la belleza moral de un pueblo. Pero lo contrario es precisamente lo cierto, ó al menos lo que más cantidad de verdad encierra; pues la experiencia enseña que los que disponen de medios de fortuna son los que me-

(1) *Chu-King Tai-Schi*, I, 5, 4.

DE LA BIBLIOTECA DE
LOS SEÑORES MARQUÉS DE

nos cuidan de educarse é instruirse; así es que, en rigor, para apreciar dónde está la subsistencia cerebral del cuerpo social, es preciso admitir este axioma, en extremo evidente: *la civilización de un país no se mide por la altura de sus hombres más eminentes, sino por el nivel de sus clases inferiores.* ¿Ni cómo podía ser de otro modo? ¿Acaso no son estas clases las que producen aquellos hombres? ¿Cuántos genios no han salido de las filas del pueblo? ¿Ha sido el pueblo, ó la nobleza, quien ha fabricado la ciencia moderna, quien ha producido los Laplace, los Lagranje, los Lavoisier, los Monge, los Ampère? Helps dice precisamente de Inglaterra lo que con igual razón hubiera podido decir de todos los pueblos, á saber: que los portentos de la cultura se han verificado allí por medio de hombres de las clases humildes. «Deducid—exclama Helps—todo lo que los hombres de las clases humildes han hecho por Inglaterra en materia de invenciones únicamente, y ved lo que sería de ella si no hubiese sido por ellos (*and see where she would have been but for them*).» ¡Amarga irrisión la pretendida y arrogante superioridad de la aristocracia oficial, que cree constituir realmente la aristocracia de la iniciativa, de la inteligencia y del saber! En la escuela del trabajo se enseña la mejor ciencia de la vida; y esas creaciones penosas del pensamiento que se llaman el descubrimiento y la invención, sólo en la esfera democrática están representadas, y sólo de la democracia penetran y se difunden en la sociedad.

Estas observaciones son más verdaderas todavía por lo tocante á la moral. Si de moralidad gubernamental se trata, apenas es necesario insinuar lo difícilmente que se mantiene en la aristocracia del poder. Esta aristocracia es, ante todo, aristocracia de bandera, y como ha dicho un escritor anónimo, consigue siempre que las banderas de los partidos sean los lienzos que sirven de mortaja á la patria. En la alta política—observa otro autor—no hay hombres, sino ideas; no hay sentimientos, sino intereses: en esa política no se mata á un hombre, sino que se allana un obstáculo. Y por lo que respec-

ta á la ética individual, ¿quién no ve que la opulencia y los goces de la nobleza constituyen insuperable obstáculo puesto á la práctica de la virtud? En la agonía del gentilismo llegó á sostenerse entre los aristócratas que «quizá la alcurnia, el linaje y el talento tenían más importancia que la virtud, porque los esclavos, los bárbaros y los necios podían ser virtuosos». En efecto: los señores, los patricios y los letrados poseían, para no serlo, la prosperidad, que no es madre, sino madrastra del alma, como se ha notado muy justamente. «Las grandes desgracias—escribe á este propósito el P. Coloma (1)—son para las malas pasiones del corazón lo que la mano del jardinero para las hierbas dañinas de un jardín: por eso requiere el alma, para desarrollarse en toda su pujanza, ser sepultada por algún tiempo bajo los rigores de la adversidad.» Por ahí se ve cuán ficticio es ese neopaganismo de D'Annunzio, idéntico al humanismo libre y armónico de Grecia y á la virilidad del romano que en sí propia descansaba; ideal á que están luchando por volver, no sólo los partidarios conscientes de Nietzsche, sino todas las gentes mundanas. Estas gentes aman, generalmente, todo lo que es arrogante y fuerte; hablan sin afabilidad al hombre humilde; el honor, según ellas, consiste en no dejarse insultar; desprecian al que se declara débil, al que lo sufre todo, al que se humilla ante todo, al que cede su túnica y al que presenta el carrillo para que le abofeteen. Ahí está precisamente su error, pues «el débil á quien desdeñan tiene de ordinario gran superioridad sobre ellas; las mayores virtudes se encuentran más frecuentemente entre las gentes que obedecen (criados, obreros, soldados, marineros, etcétera) que entre los que mandan y gozan del mundo. Y esto es muy natural, puesto que el mandar y el gozar, lejos de facilitar la virtud, son una dificultad para practicarla» (2).

(1) *Juan Miseria*, p. 88.

(2) Renán, *Les apôtres*, c. XIX, donde se encuentra la siguiente declaración favorable al Cristianismo: «Jesús comprendió maravillosamente que el pueblo tiene en su seno el gran depósito de abnegación y de re-

Verdad es que, tratándose de la pura aristocracia del genio, cabe en su laboriosa soledad cierta predisposición virtuosa que no teme, como afirma D'Annunzio, la enfermedad, ni la demencia, ni la muerte; pero esta llama titular de orgullo, de pensamiento y de fe, ¿tiene verdadera virtualidad moral y social? Escuchemos lo que Chateaubriand dice de sus antípodas, los «virtuosos vulgares», y apliquémosles por antítesis la moraleja: «Hay hombres para quienes la virtud no es la virtud reconocida por los demás, pues no dan este nombre á todas las cosas regulares, sino á las inferiores de la existencia; es decir, á esa probidad vulgar que llena exactamente sus deberes: para ellos la virtud es un arranque del alma, que nos induce al bien á expensas de nuestra felicidad ó de nuestra vida, ó bien es una fuerza que nos hace dominar nuestras más impetuosas pasiones. Esos hombres se elevan sobre el nivel de los demás; pero ¿de qué sirven en sociedad? Como las montañas en la naturaleza y como los monumentos gigantescos en las artes, extralimitan las proporciones conocidas: los miramos y los tememos.» Este criterio podrá ser más ó menos discutible; pero tiene al menos algún sentido social. Hubiera D'Annunzio inspirado en él sus opiniones, y pareciera al menos dotada de relativo fundamento su menguada sociología.

Lo que puede llamarse en un sentido lato, muy lato, la psicología y la fisiología (ó más bien *psicofisiología*) de D'Annun-

signación que salva al mundo. Por eso proclamó dichosos á los pobres, porque comprendió que les era más fácil que á los ricos el ser buenos. Los cristianos primitivos fueron pobres por esencia. Pobres (*ebionim*) fue su nombre. Cuando el cristiano se hizo rico, en el siglo II ó III, se le consideró como un *teanior*. Los cristianos no fueron todos esclavos y gentes de mala condición; pero el equivalente social del cristiano era un esclavo, y lo que se decía de un esclavo se decía de un cristiano. A uno y á otro se les honraba con las mismas virtudes: bondad, humildad, resignación y dulzura. El juicio de los entonces paganos es unánime sobre este punto. Todos, sin excepción, reconocen en el cristiano los rasgos del carácter servil. Aire triste y arrepentido, juicio tétrico de la época, aversión por los juegos, los teatros, los gimnasios y los baños. Así consta en Tácito (*Ann.*, XV, 44) y en Plinio (*Epist.*, X, 97).»

zio, está compendiada en las fórmulas siguientes: «Hay una virtud de estirpe que se revela tanto más gallardamente cuanto más severo es el rigor con que realiza su esencia supravulgar.» «De las raíces mismas de esta substancia, de esas antiguas fuerzas bárbaras—que se conservan con entera frescura allí donde duerme el alma indestructible de los ascendientes,—derivan todos los derechos que las razas aristocráticas tienen al universal imperio.» Invoca D'Annunzio el *natura ordinatus ad imperandum*, el *ad universaliter principandum*, el *maxime nobile maxime proesse convenit* y otros aforismos, á los que otorga el honroso nombre de «argumentos dantescos». Sin embargo, á juzgar por las demás citas que hace (1) y el modo de apreciarlas, más da que admirar con lo pedantesco que con lo dantesco de su argumentación. No es cuestión de palabras, sino de pruebas; voy á probarlo.

Si se aplica el método seguido por Dante al exponer la genealogía de Eneas (sobre lo cual tanto fantasea D'Annunzio, llegando á ver en el concurso de sangres una cierta «predestinación divina», con otros mil misterios), á algunos casos en que la superioridad de la virtud parece haber sido transferida por razones hereditarias en la sangre, se reconoce muy pronto á qué queda reducida esa «virtud de estirpe» que, según el sofista italiano, puede, «por grados de elección en elección, elevar al hombre al más alto esplendor de su belleza moral». Es indudable, porque así lo ha demostrado la ciencia (2), que en un sentido idealista, la institución de la nobleza debe ser

(1) Como tesis favorable á la suya, pretende reconocer especialmente aquella del polítopo Ulises, que cuando recorría el campo para llevar á todos al foro, se dirigía al primer plebeyo vociferador y lo castigaba con el cetro, diciéndole al reprenderle: «*Calla, calla, lomo de bestia, cobarde, débil y, en el consejo, inútil.*» «Y el noble demagogo Aleibiades, perito cual ninguno en el gobierno de la Gran Bestia (añade D'Annunzio), así daba principio á una arenga para la empresa de Sicilia: «*Para mí, mejor que para nadie, debe ser, ¡oh atenienses!, el mando supremo, y de ese mando me considero digno.*»

(2) Para el estudio completo de esta cuestión, consúltese á Littré: *De la philosophie positive*, París, 1845.

considerada como excelente por razón de su finalidad (1); y que, aun desde el punto de vista completamente naturalista, exageran mucho las cosas los que, como Renán (2), partiendo de la idea de que la nobleza tiene por origen el mérito y que éste no es hereditario, concluyen que la nobleza hereditaria es cosa absurda; pues no escoger más que á los mejores; guardar intacta la selección así obtenida; formarla desde la cuna por las tradiciones, por los preceptos y por los ejemplos; criarla á la manera de una planta exquisita y rara, que se pone en un invernadero templado ó en una tierra feraz, esto hubiera sido un procedimiento de selección riguroso, ayudado por la educación (3). Mas para que se vea hasta qué punto son absurdas las deducciones de D'Annunzio, diré que ni bajo un aspecto tan general cabe admitirlas y apoyarlas. No es mi ánimo desenvolver largas reflexiones de psicología etnológica, bastando para mi objeto presentar un resumen de las enseñanzas de tan interesante estudio. Y es ésta una materia cuyos aspectos ha agotado tan gallardamente Châteauneuf en una Memoria estadística sobre la duración de las familias nobles en Europa (4),

(1) Para convencerse de esto, léase á Rozières: *La société française au moyen âge*, t. I, p. 530.

(2) Véase su obra sobre *La monarchie constitutionnelle en France*, página 25, donde añade: «Fue siempre un error el eterno sueño francés de una justicia distributiva, cuya balanza la tiene el Estado. La razón social de la nobleza, considerada como institución de utilidad pública, era, no la de recompensar el mérito, sino de provocarlo; la de hacer posibles y aun fáciles ciertas clases de méritos.»

(3) El benemérito psicólogo Ribot (*L'hérédité psychologique*, III, 4) llama la atención sobre los contrastes que se observan entre la teoría de Renán y la realidad: «Renán considera sobre todo la *utilidad* de la nobleza como institución, y no su *legitimidad* como consecuencia; pero, en rigor, la fe en la herencia del mérito está en el fondo de la nobleza, y como toda fe viva é inquebrantable, ha sobrevivido á los ataques, á las críticas y á los mentís numerosos que le ha dado la experiencia. La nobleza es el resultado de dos factores: la idea de un cierto mérito por encima de lo ordinario, y la idea de que este mérito es transmisible.»

(4) Inserta en las *Memoires de l'Académie des sciences morales et politiques*, s. II, t. 5.

que, á mi juicio, con un avance más podrá comprobarse matemáticamente la falsedad de todas las pretensiones aristocráticas que aún subsisten. He aquí unos cuantos hechos extractados á Châteauneuf.

A mi modo de ver, el error que desde el punto de vista de la selección se comete por D'Annunzio y sus secuaces es el de olvidar que ni en la edad madura de las naciones ni en ninguna época de las modernas se encuentra una idea social que consolide en el sentimiento del honor las virtudes guerreras. ¿Por qué ha de exagerarse su selección en la nobleza antigua, cuando sabemos que fue patrimonio común de aquellas generaciones, en cuya vida general desempeñó siempre un papel de primer orden la exaltada imaginación y el entusiasmo, siempre crédulo, de los que establecieron como una necesidad el culto de los héroes? Y si después hallamos alguna tendencia á las virtudes pacíficas y políticas, esta tendencia se mostró en la nobleza jurídica ó científica por selección intelectual, no en la nobleza guerrera. Lo más selecto no fue ya entonces la valentía, sino el talento, y en general toda superioridad anímica. Casi nadie ignora la observación hecha por lord Macaulay á propósito de lo que llama «la aristocracia más democrática del mundo», esto es, la aristocracia de la habilidad, del genio, de la política, digámoslo así, que se burló, jugó con la aristocracia de la raza, y aun con la del dinero, y las explotó á su antojo, tal vez porque sea más fácil adquirir poder y respeto con la nobleza individual, con la nobleza espiritual, pero literaria, que con una nobleza colectiva, adquirida, recibida y postiza casi siempre (1). Hoy mismo, en la patria de lord Macaulay puede observarse que de los 427 puestos laicos de la Cámara de los Lores, 41 solamente son anteriores al siglo xvii (2).

(1) Este hecho puede verse muy bien estereotipado en las novelas y comedias de Lavedan, Benavente, Gaspar, el P. Coloma, la condesa Martel, la baronesa de Suttner, etc.

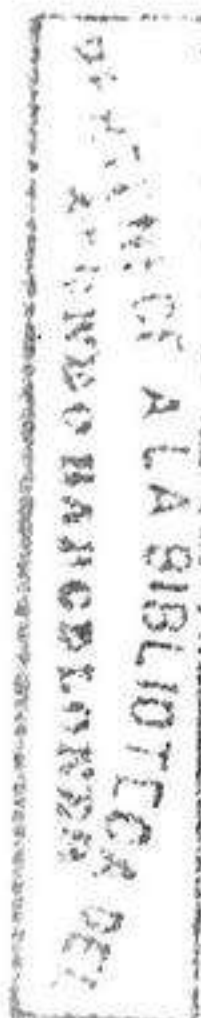
(2) Vid. Ribot, *loco citato*.

Sigamos ahora el progreso ulterior de la investigación. Se ha sostenido que, aunque la selección no sea rigurosamente admisible para explicar la superioridad de las clases nobles, cabe hablar con más fundamento de transmisión hereditaria de superioridades. Esta opinión, por lo menos, es muy aventurada. Empecemos por consignar las mil y mil excepciones que se oponen á la herencia directa, y las complicaciones de sus mismas reglas, que dificultan sus efectos en cuanto á la afinidad de padres é hijos. Ha podido, sin duda, la herencia transmitir á los descendientes las cualidades físicas y morales de los antepasados en muchos casos; admitamos hasta que los ha transmitido en todos. Pero, ¿y la ley del debilitamiento de la herencia con el tiempo? ¿Y el bastardeamiento de la especie? Este bastardeamiento secular de lo que se podría llamar forma específica de cada familia, es progresivo por necesidad, y la historia nos revela sus indudables progresos. Los resultados de una selección verdaderamente noble no duran más de cinco generaciones, y todo lo que se ha ido sacrificando á esa selección por vía de consideraciones sociales—como el poder, la riqueza, el duelo, la guerra, el derecho de primogenitura y la consanguinidad de los matrimonios—prueba que, en el fondo, el aislamiento conduce al agotamiento lo mismo á las colectividades que á los individuos. Una familia que se separase del resto del mundo para vivir únicamente entre ella, acabaría por extinguirse merced á la gradual reducción de sí misma. Está casi probado que hubo una tendencia notable en los pueblos antiguos á preferir las *agregaciones* á la reproducción, á reparar las brechas abiertas en su población por medios puramente exteriores. ¿A quién no produce sorpresa ver á los 9.000 espartanos contemporáneos de Licurgo reducidos á 1.900 en la época de Aristóteles? En la república de Atenas fue también manifiesto el desequilibrio entre la natalidad y la conservación de la raza, al extremo de no poder ésta subsistir sino á condición de conquistar ó apropiarse territorios limítrofes, reclutar extranjeros, etc. Lo mismo se observa en nuestras so-

ciudades. Es exacto este refrán que leí, escrito por un novelista, en la portada de un cuadro de costumbres: *Mi abuela comió la fruta, y yo tengo la dentera*. Verdad de la sabiduría popular que constituye la mejor fórmula de la escasa duración que tiene el influjo de la herencia y de los resultados contraproducentes que produce (1). Así como los lazos que el crimen forma y estrecha suele también el crimen encargarse de romperlos, así la herencia, ese crimen de la especie, no forma lazo que no se destruya por sí mismo. Pope hace notar que el aire noble que debía tener la nobleza inglesa era precisamente el que brillaba en ella por su ausencia. En España se decía que cuando se anunciaba en un salón un *grande*, debía esperarse ver entrar una especie de aborto superviviente, un engendro ridículo. Y en Francia se llegó á declarar, en graves escritos, que al contemplar el grupo de hombres que componían la alta nobleza del Estado, se creía estar en una sociedad de enfermos; el mismo marqués de Mirabeau trataba á los nobles de pigmeos, de plantas secas y mal nutridas, en un lenguaje que se asemeja mucho al empleado por Cervantes, Quevedo, Alemán, Espinel ó Hurtado de Mendoza á propósito de nuestros clásicos hidalgos. Notemos además con Fouillée (2) que si la

(1) A juzgar por una estadística publicada por las autoridades de Suiza, en Berna, donde el título de burgués era considerado como bastante digno para ser inscrito cuidadosamente en el Registro público, se encuentra que de 487 familias admitidas en la burguesía de Berna desde 1583 á 1654, no quedaban más que la mitad (207) al cabo de un siglo, y un tercio solamente (168) en 1783. De 112 familias que componían el Consejo federal del cantón de Berna en 1653, no existían más que 58 en 1796. La nobleza de toga no da más que una duración media de doscientos treinta años; y el examen de 389 casas históricas ha patentizado que el tiempo medio de extinción del nombre era de trescientos años, y que durante este período la filiación en línea directa está representada por un número medio de 10 individuos: de 230 casos no se han encontrado más que 20 que presenten una serie de 9 á 10 primogénitos. Así, muchas familias nobles han continuado hasta nosotros, no en su línea, sino sólo en su nombre. — Châteauneuf, obra citada.

(2) *La nouvelle idée du droit en Allemagne, en Angleterre et en France*, p. 316.



transmisión hereditaria de las virtudes estuviese probada, sería preciso admitir por esto mismo la transmisión hereditaria de los vicios, y por consiguiente, la *impureza*, la *indignidad* de ciertas razas, lo cual equivaldría á volver al *brahmanismo*. No es, pues, de extrañar que seleccionistas tan ilustres como el doctor Jacoby (1) hayan atacado rudamente á lós sociólogos de la escuela de Nietzsche, poniendo coto á sus desorientadas afirmaciones. Según el doctor Jacoby, la desigualdad política, económica y social trae consigo, como inevitable resultado, la decadencia general de las naciones; y respecto á las clases produce, por virtud de las leyes mismas de la selección, «la ignorancia y la miseria abajo; la locura, el crimen y la esterilidad arriba... Los hombres parece que están organizados para la igualdad. Toda distinción demasiado profunda en clases políticas, económicas ó intelectuales, y toda selección, que es la consecuencia natural y lógica de esta distinción, son igualmente dañosas para la humanidad, así para los elegidos como para el resto de los humanos, produciendo *falta* en los últimos y *exceso* en los primeros del elemento que es el principio de distinción en las clases... Mas la Naturaleza parece querer vengarse de esta violación de sus leyes, y hiere cruelmente á los elegidos... Cada privilegio que el hombre se adjudica es un paso hacia la degeneración, las frenopatías y la muerte de su raza». Puede citarse otra elevada autoridad en favor de la doctrina de que el absolutismo aristocrático no se funda en principios hereditarios; es la de Buckle (2), que taxativamente dice: «La influencia de la herencia ha sido muy exagerada por Mill (3), y de otro lado, no observa bastante hasta

(1) Las ideas de este sabio darwinista, autor de un notable libro sobre la *Selection naturelle dans l'humanité*, han sido muy bien apreciadas por Laveleye, y especialmente por Fouillée en su disertación sobre la *Philanthropie scientifique* (publicada en la *Revue des Deux Mondes*, Septiembre 1882).

(2) *History of civilization in England*, t. II, c. 9.

(3) *History of chivalry*, t. I, p. 389.

qué punto el elemento de no herencia fue favorable al espíritu eclesiástico. Su obra es interesante como recopilación de hechos, pero carece de alcance como obra filosófica.» Buckle alude aquí á una de las instituciones aristocráticas más genuinas de la Edad Media, á la *caballería*, institución que ofrece la particularidad de no haber admitido en su seno más que á los personajes de alto nacimiento, es decir, á los hombres de sangre noble (1); la misma educación previa, mirada como indispensable, era dada por nobles en escuelas *ad hoc* ó en sus castillos señoriales. Daniel, en sus disquisiciones tan precisas acerca de lo que la caballería fue á las costumbres, relación que equipara á la del feudalismo con la política, ha hecho una observación notable, que demuestra cuántos mentís proporciona el estudio de aquella orden á los partidarios de la escuela aristocrática. La caballería, según él (2), era una sociedad esencialmente protectora y no reformadora. Se creó como obstáculo á ciertas opresiones y en oposición con el espíritu reformador, el cual es curativo más bien que paliativo, porque toma el mal en su raíz, desdeñando los casos individuales para poner toda su atención en las causas generales. Pues bien: la caballería tenía un fin diferente, que era de hecho la fusión de las formas aristocráticas y eclesiásticas en un espíritu protector, pues al introducir en la nobleza su principio personal, y que no podía transmitirse, daba margen á que la doctrina eclesiástica del celibato se uniese á la doctrina aristocrática de la descendencia hereditaria. Y aquí es donde los mismos naturalistas partidarios de la herencia se ven perplejos, vacilando en interpretar de una manera sociológica esos fenómenos de la psicología de los pueblos. Darwin (3) no se atreve á explicar «por qué la nación española, tan preponderante otras veces, ha quedado detenida en el más deplorable de los atavismos. El despertar de las

(1) Véase á Sismondi, *Histoire des Français*, t. IV, p. 204.

(2) *Histoire de la milice*, t. I, p. 97.

(3) *Descent of man*, t. I, c. 5.

naciones europeas, al salir de la Edad Media, constituye un problema de más embarazosa situación todavía. Durante este antiguo período, como observa Galton (1), casi todos los hombres distinguidos, todos los que se entregaban á la meditación y á la cultura del espíritu, no tenían otro refugio que la Iglesia, la cual, al exigirles el celibato, ejercía una influencia de las más funestas sobre cada generación sucesiva. Durante este mismo período la Inquisición buscaba con un cuidado extremo, para encarcelarlos ó quemarlos, á los hombres más atrevidos é independientes de Europa. En España, por ejemplo, los hombres que constituían lo escogido de la nación, los que dudaban é interrogaban, porque sin la duda no hay progreso, fueron eliminados durante tres siglos á razón de un millar por año. La Iglesia católica ha causado de este modo un daño incalculable, aunque este mal haya sido sin duda contrabalanceado, hasta cierto punto, por otras ciertas ventajas. Sin embargo, la Europa ha progresado con una rapidez asombrosa.» Todo lo que es comprobable en este terreno hace sugerir la idea de igualdad y equivalencia, tanto respecto de las clases sociales como de las clases que pudieran llamarse urbanas, determinadas por las diferencias de vida territorial. Por esto ha dicho un sociólogo, crítico (2) de los más eminentes: «El pueblo, aportando á la nación una sangre más joven y más rica, trabaja para salvar á la clase media y á la nobleza de la degeneración, y él es quien encierra, con la verdadera fuerza viva, la verdadera y perpetua superioridad. ¿Qué sería del mismo París sin las provincias? Se extinguiría á la tercera ó cuarta generación; y si los parisienses reclamaran para sí y para sus

(1) *Hereditary genius*, p. 357. Farrar (*Fraser's Magazine*, Agosto 1870) aventura argumentos opuestos. Lyell (*Principles of geology*, t. II, p. 489) había ya llamado la atención, en un pasaje famoso, sobre la perniciosa influencia que ha ejercido la Santa Inquisición, haciendo descender, por selección, el nivel general de la inteligencia en Europa.

(2) Fouillée: *La nouvelle idée du droit en Allemagne, en Angleterre et en France*, V, 3.

descendientes el privilegio de habitar ellos solos la capital, París se convertiría bien pronto en un desierto. He aquí la imagen de lo que les ocurre á las clases amuralladas detrás de sus privilegios. La humanidad no avanza sino gracias á la mezcla de las razas, de las clases, de las familias, y, por lo tanto, gracias á cierta igualdad que restablece ella misma, tarde ó temprano, á despecho de nuestras barreras artificiales. La ciencia, el arte, la moral, son como el aire respirable, que tiene constante necesidad de ser renovado, expulsado de un lugar á otro, igualado entre todos; si fuera objeto de privilegios y monopolios, bien pronto se haría irrespirable. La ciencia viciada de las castas y las razas, la moral y la política viciada de las clases, acabarían por ocasionar la muerte, sin esas grandes tempestades históricas que barren y renuevan la atmósfera de las naciones.» Por otra parte, ¿qué títulos sociales tiene la aristocracia para suponer que ha sido la única clase que ha realizado lo elevado y lo noble en la vida pública? Arrójese una mirada imparcial sobre su evolución, y dígasenos si no ha venido á parar en ser una *kakistocracia*, como con justicia la ha llamado la historia por boca de Ranke. ¿Qué puede decirse, por ejemplo, de la flor y nata de la aristocracia española, de los nobles de la corte de Felipe III, que llegaron, en su abyección y en su servilismo, á ofrecerse para *corchetes*, alguaciles, familiares y abanderados y dependientes de la Inquisición?

Y no es que yo crea que, en términos generales, la democracia sea en todo y por todo superior á la aristocracia. Así como la experiencia enseña que los hombres no son completamente buenos ni completamente malos, la sociología nos muestra que las clases, como de aquéllos acostumbraba á decir un antiguo sabio castellano, «son á manera de canes, que non mudan sino de collares». Como una mano lava á otra, y las dos lavan la cara, una clase sostiene á otra clase, y entre ambas mantienen la sociedad. Esta idea es en sociología lo que la proporcionalidad de las figuras geométricas semejantes en matemáticas. Así como la uniformidad de la fórmula elíp-

tica lo mismo la expresa la inmensa curva que recorre Urano en el espacio, que la descrita por la cola de un gorrión al saltar de tejado en tejado, así la armonía de la vida social lo mismo la realiza la empresa soberbia del sabio, del título, del banquero, que la humilde y modesta tarea á que se entrega el proletario. La cúpula más elevada, como el edificio más pequeño, sirven, en diversa medida, al adorno de una gran ciudad.

Cuando me hallaba en el hervor de todas mis convicciones democráticas, leía yo la novela de Murger *Después de muerto*, pésimamente traducida al español, y publicada en el folletín de un periódico en otro tiempo importantísimo, de las *Las Novedades*. Nunca olvidaré la profunda huella que en mí dejó aquella obra, cuyas imperfecciones de estilo no podía juzgar, ni en el estado embrionario de mis estudios, ni en el lastimoso estado de la traducción. Pinta Murger un aristócrata impelido á dejar el mundo para venir á refugiarse en la vida de los proletarios. Esto, más que una romancesca excentricidad, era una tentativa seriamente meditada é inspirada, sin duda, por una especie de mística filosofía particular y propia de las imaginaciones torturadas por la fuerza de lo desconocido. Espectador asombrado y víctima desolada de la corrupción y de la falsedad que por lo general reinan en las relaciones sociales; engañado á cada paso que daba, como el viajero que, atravesando una comarca maldita, viera transformarse, al tocarlos, en amarga hiel ó en infecta ceniza los magníficos frutos que habían tentado su mirada ó avivado sus deseos, el protagonista veía en esta misma corrupción y falsedad un hecho providencial. «Justo es, pensaba, que los que al nacer á la vida son acogidos con la dorada sonrisa de la fortuna, y encuentran en sus pañales, bordados por protectoras hadas, los talismanes encantados que les aseguran de antemano todos los goces y todas las felicidades que puede adquirir el oro; justo es que estos privilegiados seres, fatalmente condenados al placer, sean desheredados de la dicha, única cosa que no se compra ni se

hereda. Su destino les dijo al nacer: Vivirás entre los poderosos, en una mitad del mundo que es eterna envidia de la otra mitad. Tendrás rango y fortuna. Niño, tus caprichos serán leyes; joven, todos los placeres formarán el cortejo de tu juventud, y cada uno de tus caprichos se abrirá y florecerá al primer llamamiento del deseo; hombre, todos los caminos se abrirán á tu ambición. Serás, en fin, lo que se llama un dichoso en el mundo. Pero tu felicidad sólo será aparente, y cada una de tus alegrías será pagada con una doble decepción; porque vivirás en una sociedad en que la corrupción es casi una necesidad para existir, y la perfidia un arma de defensa personal que se debe tener siempre á la mano, como el soldado debe tener su espada...» Así razonaba el protagonista interiormente, y esta singular filosofía le había llevado á soñar tan extrañas esperanzas. «En cambio, añadía, los que nacen abandonados de la fortuna, los desgraciados que no tienen más protección que la suya propia, y atraviesan la vida ayuntados á la gleba del trabajo, éstos, al menos, en medio de la dura existencia que su destino les impone, deben conservar los buenos destinos con que han sido dotados al nacer. La buena fe, el reconocimiento, todas las nobles cualidades humanas, deben crecer en los surcos que riega el sudor del trabajo. El obrero debe practicar con la rudeza de sus costumbres la fraternidad: no poseyendo nada, no conoce tampoco los odios que determinan las rivalidades del interés; sus simpatías y sus amistades son espontáneas y sinceras, y no como las del mundo, que tienen sólo la duración de un par de guantes ó de un ramillete de flores para un baile. Sus amores ignoran la vergonzosa alianza de que se componen los amores mundanos; amores mezclados de ambición, de orgullo, de odio algunas veces, pero nunca de amor. La ignorancia del pueblo es una salvaguardia contra el mal, resultado de la sabiduría. Se hace el bien con el corazón solamente: en el mal colaboran el talento y el raciocinio.» Pero esta suprema esperanza, á la que el protagonista se había obstinadamente adherido, no sobrevivió á su tentativa. Des-

pués de haber vivido durante seis meses en medio de trabajadores, el estudio y el contacto de las costumbres dominantes en esta nueva sociedad dejó al protagonista más desolado todavía. Su experiencia le llevó á esta conclusión absoluta: El bien y el mal no existen; y si existen, sólo es en el estado de instintos, incapaces de aplicación y desenvolvimiento. En las clases elevadas de la sociedad, entre el mundo de corbata blanca y frac negro, había encontrado toda la horrible familia de los humanos vicios; pero, al menos, estaban correctamente vestidos, hablaban el buen lenguaje promulgado por decretos académicos, y no obraban una sola vez sin consultar el código de las conveniencias sociales. Frecuentemente había estrechado en un salón la mano derecha de un hombre cuya mano izquierda le hacía traición; pero esta mano estaba irreprochablemente enguantada. Muchas veces había creído en la sonrisa de esas traiciones vivas llamadas mujeres; se había conmovido por los solos de sensibilidad que se ejecutaban en público, después de haberlos estudiado largamente, como se hace con una sonata para piano ó con la cavatina de una ópera, y había sido engañado. Pero, al menos, estas mujeres que le engañaban estaban vestidas de seda y de terciopelo; las perlas y diamantes, arrancadas del misterioso estuche de la naturaleza, competían en brillo y fuego con las llamas de sus miradas y refulgían sobre sus frentes como una constelación de estrellas terrestres. Estas mujeres eran las reinas del mundo; llevaban nombres que tenían ya la apoteosis de la historia, y cuando atravesaban un salón de baile, dejando en pos de sí un surco de perfume y de gracia, todos los hombres hacían á su paso una larga fila de pasmosas genuflexiones. No tardó en convencerse de que las costumbres del taller no valían más que las costumbres del salón. Al ir por vez primera á trabajar, la enfermiza apariencia de su persona, la distinguida palidez de su rostro, la blancura de sus manos, hasta entonces ociosas, le valieron por parte de sus compañeros una acogida irónica é insultante. Resignado con las humildes fun-

ciones de aprendiz, sobrellevó pacientemente, sin contestar á ellas, todas las opresiones é injurias con que se le agobiaba, á causa de su aparente debilidad, que nada tenía de común con el vocabulario de la taberna. Más tarde, cuando la práctica del oficio desarrolló su fuerza; cuando el trabajo hubo encalecido sus manos y sombreado su rostro, imprimiéndole cierto sello de precoz virilidad, los que en otro tiempo habían abusado de su fuerza para oprimirle cambiaron súbitamente de lenguaje y modales, en cuanto observaron que su débil brazo levantaba pesados fardos tan fácilmente como el soplo de la tempestad levanta y arrebatada del suelo la leve pluma. Al cabo de un año de vivir en el taller, el protagonista, cuya inteligencia había sido notada por sus jefes, fue nombrado capataz. Este nombramiento excitó en todos sus compañeros un concierto de recriminaciones vergonzosas llenas de envidia, y el día en que por primera vez se presentó en el taller con su nuevo título, estalló la conspiración de una manera harto amenazadora para hacer necesaria la intervención de los jefes... «¡Singular justicia!—murmuró al quedarse solo.— Reemplazaron á un hombre perezoso, sin inteligencia y sin probidad, por otro inteligente y probo; y sin tener en cuenta el beneficio que esto pudo reportar á la casa, se pagó al honrado menos que al ladrón.» A los ocho días, las nuevas funciones y la autoridad de que estaba investido el protagonista le habían atraído una nube de cortesanos, y los que más solícitos y humildes se mostraban eran los mismos que en otro tiempo fueran más duros y menos indulgentes para con él y que más abiertamente se declararan contra su nombramiento de capataz. Entonces experimentó lo que valían las buenas cualidades que, según él, debían crecer en los surcos regados con el sudor del trabajo, y su corazón se llenó de nuevo disgusto cuando vió esos hombres, que debiendo estar unidos por una común solidaridad, trataban de hacerse mal unos á otros y venían á denunciar las infracciones que se cometían en el taller, esperando sin duda que les pagaría, tolerándoles las su-

yas, la denuncia de las faltas cometidas por aquellos de sus compañeros de quienes se habían transformado en espías. «¡Oh fraternidad!—murmuraba;—fantasma quimérico, palabra sonora que se invoca como un sonido sagrado para provocar y avivar las revoluciones. Fácilmente se te puede inscribir en los estandartes y en los frontispicios de los monumentos; pero unidos los siglos futuros á los presentes y pasados, tendrán no poco trabajo para grabarte en el corazón del hombre.» Así, pues, en las clases inferiores de la sociedad, en el mundo de las blusas, el protagonista había encontrado la misma corrupción, el mismo espíritu engañador, el mismo furor de opresión del fuerte contra el débil. Allí, como en todas partes, los vicios reinaban bajo la presidencia del egoísmo, señor soberano de todos ellos; todos los nobles instintos estaban crucificados en las cruces del interés; allí, como en todas partes, toda virtud tenía su Judas y su Pilatos; allí, como en todas partes y más que en ninguna otra, pudo convencerse el protagonista experimentalmente de que la ingratitud, planta entre todas las plantas humanas que menos cultivo necesita, crecía plenamente. Arriba había encontrado el mal hipócrita y astuto, pero inteligente y casi seductor. Abajo le halló lo mismo; pero cínico, brutal y casi repugnante.

No se trata, pues, de exaltar la igualdad elevando al pueblo sobre la aristocracia: precisamente porque ambas clases presentan idénticos caracteres en el fondo, deben igualarse, aunque no sea más que para hacer que en las mismas capas inferiores de la sociedad, donde el mal se presenta «brutal y casi repugnante», le veamos «inteligente y casi seductor». Si la democracia no pudiese traer más que este beneficio á la plebe, aún habría motivos para predicar y desear la realización de sus ideales igualatorios. Afortunadamente, no van así las cosas en el mundo. No sólo las multitudes empiezan á elevarse á la nobleza por la ciencia, sino que la nobleza empieza á descender á las multitudes por el trabajo. Hoy, como en los tiempos de nuestra grandeza, la aristocracia se ha convenci-

do de que subir á altos puestos solamente por el capricho del poder ó de la fortuna, ya no es señal de hidalguía, y que el villano no es ya el pechero ó el rústico, sino el ignorante ó el zafio, como en tiempo de Calderón, Lope de Vega y Tirso de Molina. Por eso manda á sus hijos á las Universidades populares, donde los más empinados cargos están abiertos á todas las clases sociales por medio del estudio y del mérito personal.

Va teniendo también la aristocracia actual singulares condiciones de economía y de fabrismo, de las que empieza ya á hacer uso, por la natural bondad de su carácter no menos que por las exigencias de la vida moderna. Verdad es que los literatos adictos á D'Annunzio hacen caso omiso ó consideran como degeneración cualidades tan estimables. La frase, graciosamente *realista*, que Terán (1) pone en boca de uno de sus personajes aristocráticos de París, haciéndole decir ante un español que no podía frecuentar mucho los salones por estar ayudando á su padre en la construcción de una fábrica de chocolates, ¿no ha de escandalizar á los *decadentes* del d'annunzianismo? ¿No han de asombrarse de que un *sportman*, el hijo de un marqués, esté ocupado y haga chocolate?

Para establecer su máxima fundamental, que pudiera traducirse «alucinad al pueblo», D'Annunzio aconseja que se defienda por todos los medios posibles, sin excluir la fuerza y la coacción, el ideal dominador aristocrático contra la avalancha del pueblo, contra «la rabia de los esclavos borrachos», como él dice; añadiendo que no hay que dejarse engañar por sus vociferaciones y por sus contorsiones inesperadas, pues «del alma de las turbas no se separa jamás el pánico». Aquí casi se siente uno tentado á apoyar á D'Annunzio, pues es una triste verdad que la vida cotidiana comprueba á todas horas que en las represalias con que las clases superiores castigan los movimientos de sublevación de las multitudes hambrientas y

(1) *Cuentos*, p. 12.

abandonadas, no serían tantos los imprudentes que atacan si no fueran tan numerosos los prudentes que se retiran. Todos los fracasos de las revoluciones están encerrados en este contraste.

Se ha comparado con acierto la expansión social de la igualdad á la distribución lejana de las aguas, que requiere la previa elevación del manantial. Mas la desigualdad aristocrática de D'Annunzio podía mejor compararse al charco inmundo, cuya agua cenagosa no puede extenderse ni cambiar de elevación por sí sola. Conviene considerar esto mucho más que las objeciones envejecidas y fastidiosamente repetidas de la aristocracia contra el pueblo. Los que piensan como D'Annunzio no saben ni ellos mismos lo que piden. Piden el estacionamiento, la cristalización de su actividad; piden la justificación de todas las miserias que azotan actualmente á las naciones; piden el despotismo de los despotismos, el de una clase; piden un obstáculo, una dificultad para su propia elevación; piden la continuidad de nuestros males, de la guerra civil de nuestros grupos de personas. Esto y la anarquía práctica son dos cosas idénticas, y á ella conduce el ancho camino que abren los secuaces de Nietzsche con su modo de concebir el hombre y la vida.

Por lo que hasta ahora llevo dicho, puede haberse visto que el hecho y el derecho del dominio de la democracia en la sociedad no sufre el más leve eclipse del polvo de los sofismas nietzschianos, resucitados por D'Annunzio. La luz del sol, que lo mismo alumbra, calienta y alegra al bueno que al malo y al pobre que al rico, brilla indeficiente en ese dominio del mundo humano, sin temor á los sofísticos argumentos con que intentan oscurecerla cuantos quieren llevar á unas clases sociales toda la vida y el movimiento que niegan á otras. Tal y tan grande es su claridad. ¿Por qué? Por dos sublimes razones de analogía, dos razones que pueden formularse muy sencillamente. D'Annunzio quiere que todas las aspiraciones de la sociedad tomen por norte un grupo escogido de hombres, in-

teligente y fuerte á la vez; la democracia, por el contrario, sabe que eso no es posible y que tales aspiraciones se pierden por necesidad en la comunidad de los hombres, como se pierden en el cielo los pensamientos de un alma elevada. Para D'Annunzio, el templo verdaderamente social es una comunión de hombres distinguidos, alumbrada por la llama artificial del poder, del talento ó de la gloria, fuera de la cual nada tiene sentido y todo son apariencias y fugitivas sombras. La democracia desdeña alumbrar artificialmente su gran asamblea, su gran templo, pues no olvida que el gas que como luz brilla, como aliento hiede. En la vasta iglesia de la democracia social arde la cera, que viene de la miel, que es dulce, y el aceite, que viene del olivo, que es la paz. Por eso es máxima admitida en las sociedades modernas que el verdadero culto de la humanidad es la práctica del trabajo, la nivelación de las condiciones de existencia, la guerra á la molicie y á lo frívolo, la solidaridad jurídica y económica, algo, en fin, que haga á nuestra especie recorrer en todas direcciones la historia sin separarse un solo momento de la órbita infinita de la justicia.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

PERTENECIENTE A LA BIBLIOTECA DEL
CENTRO DE INVESTIGACIONES

EL CENTENARIO DE LA LUISIANA

I

La falta de memoria que para los agravios caracteriza á los españoles, ó su desconocimiento de la Historia moderna, explica, aunque no disculpe, la benevolencia con que han sido acogidas las gestiones que recientemente se han hecho para que España concorra á la Exposición con que va á celebrarse una fecha para nosotros muy triste: la de la cesión de la Luisiana.

Compréndese, sin gran esfuerzo, que en tiempos como los actuales, de marcada tendencia positivista, no encuentre el comercio obstáculo alguno, para concurrir á ese certamen, en hallarse éste destinado á conmemorar una fecha que entraña para nosotros el recuerdo de una de las mayores infamias que hubo de cometer el Imperio napoleónico; pero, así y todo, parecería natural que la idea de celebrar la Exposición en semejante fecha hubiera obtenido de la prensa española, en vez de frases de simpatía, si no una cortés repulsa, la fría recepción que merece por parte del estafado el que se utiliza de un engaño que ha facilitado con su conducta.

La pérdida de la Luisiana por España constituye una de las más tristes páginas de la historia de nuestras relaciones con Francia y con los Estados Unidos, y fue el resultado de la

serie de errores que, iniciada por los famosos ministros de Carlos III, alcanzó todo su desarrollo y produjo todas sus funestas consecuencias en el tormentoso período del débil Carlos IV, dando origen á las violencias y á los atropellos que han puesto fin á la dominación española en América.

Conviene recordarlo, porque entraña provechosa enseñanza.

II

En 1520 reconoció Lucas Vázquez la costa Sur de la Luisiana, y en 1664 la expedición mandada por René de Laudonnière desembarcó en las inmediaciones de Panzácola y estableció el llamado *fuerte Carlín*; pero, en realidad, hasta los viajes y los descubrimientos que, á partir de 1678, llevó á cabo Lasalle, no puede decirse que la Luisiana perteneciera á Francia.

Tan rápido fue el desarrollo de la nueva provincia francesa, que en 1710 el virrey de Méjico expuso al Gobierno español «que era de absoluta necesidad fijar los límites de la Luisiana, y que creía conveniente á los intereses de S. M. que la demarcación se hiciese por el Missisipi, en cuyo caso era indispensable establecer algunos puestos militares en la orilla Oeste de dicho río»; y aunque no consta que recayese resolución alguna acerca de este informe, lo cierto es que dos años más tarde, en Mayo de 1712, para poner fin á las disputas de españoles y franceses, se procedió de común acuerdo á fijar los límites respectivos de los territorios pertenecientes á unos y otros; operación que llevaron á cabo Mr. Paillon, ayudante mayor, y Mr. Raquet, escribano real. Pero ni esto, ni otras delimitaciones parciales realizadas con posterioridad, lograron poner término á las dudas que existían sobre los respectivos límites de los territorios de una y otra nación, lo cual se

explica fácilmente porque, en realidad, la soberanía era más nominal que efectiva.

Así continuaron las cosas hasta que, á consecuencia de la guerra que provocó el funestísimo *Pacto de familia*, y para compensar de algún modo á España de los enormes sacrificios que le impuso la paz de 1763, nos cedió Francia la Luisiana.

En efecto: el Tratado de 15 de Agosto de 1761, conocido con el nombre de *Pacto de familia*, y la Convención secreta que, firmárase ó no en aquella fecha, se hizo pública con la de 4 de Febrero de 1762, provocaron por parte del embajador inglés en Madrid, M. Bristol, la exigencia de explicaciones que, al no ser satisfechas por nuestro ministro de Estado, don Ricardo Wall, dieron lugar á un rompimiento, haciéndose éste extensivo á Portugal por haberse negado José I á adherirse á la alianza francoespañola.

Como no estábamos suficientemente preparados para la lucha, el resultado no pudo menos de ser funesto para nuestros intereses. Ni aun por tierra logramos ventajas decisivas, pues si bien en Portugal el marqués de Sarriá logró rendir las plazas de Braganza, Miranda y Torre de Moncorvo, y su sucesor el conde de Aranda tomó á Almeida, reforzadas las fuerzas lusitanas por un cuerpo de ejército de 8.000 ingleses, quedó la victoria indecisa. En cuanto á América, principal teatro de la guerra y el más desventajoso para nosotros, aunque logramos ocupar la colonia portuguesa del Sacramento, en cuyo puerto se cogieron 27 buques ingleses con rica carga, evaluándose en 20 millones de duros las mercancías y los efectos navales y militares de la plaza, esta victoria era de escasa importancia al lado de las enormes pérdidas que sufrimos, pues los ingleses hicieron un desembarco en Cuba, apoderándose de la Habana; y acometiendo también á Manila, lograron rendirla.

Fortuna grande fue para España que, cansadas las Potencias de la guerra llamada *de los siete años*, que sostenían Francia, Austria, Rusia, Sajonia y Suecia contra Prusia y la

Gran Bretaña, se mostrasen dispuestas á ajustar la paz. Todas la deseaban. Austria, porque habiendo perdido á sus aliadas Rusia y Suecia, no esperaba ya recuperar la Silesia; Prusia, porque no podía contar con el subsidio de la Gran Bretaña, una vez empeñada ésta en la lucha en Portugal y en América; y Francia, por la defección de Rusia y por su deplorable estado económico. El predominio del conde de Butte en los consejos de S. M. Británica facilitó mucho la solución del problema. Francia envió á Londres, como plenipotenciario, al duque de Nivernois, é Inglaterra mandó á París, con el mismo carácter, al duque de Bedford. Comenzaron las negociaciones: separóse desde luego todo lo relativo á las Potencias del Norte, para que éstas ventilasen sus querellas, y reducido el problema á convenir los términos de la paz entre la Casa de Borbón y la Gran Bretaña, ésta y Francia llegaron fácilmente á un acuerdo, como que Luis XV no tuvo el menor reparo en sacrificar por completo los intereses de España, y el 3 de Noviembre de 1762 se firmaron en París, por el marqués de Grimaldi, en nombre de Carlos III; el duque de Choiseul, en el de Francia; el duque de Bedford, en el de Inglaterra, y don Martín de Mello y Castro, en el de Portugal, los preliminares de la paz, convertidos luego, con escasas variantes, en el Tratado definitivo de 10 de Febrero de 1763.

En dichos pactos Francia renunció á favor de la Gran Bretaña sus pretensiones á la Arcadia ó Nueva Escocia, y le cedió el Canadá con todas sus dependencias, la isla del cabo Bretón, las demás islas del golfo y río de San Lorenzo, las islas de la Granada y los Granadillos, la ribera del Senegal con los fuertes y factorías de San Luis, de Podor y de Galam, Nattal y Tapanoolli en la isla de Sumatra, Menorca y el fuerte de San Felipe, así como todos los países pertenecientes al electorado de Hannover, al landgraviato de Hesse, al ducado de Brunswich y al condado de Lipa-Buckeburgo. Inglaterra cedió á Francia las islas de la Guadalupe, de Mari-Galante, de la Desseada, de la Martinica, de Belle-Isle y de Gorea; los fuertes y

factorías que en las Indias Orientales poseían los franceses en 1749 en las costas de Coromandel, Orixá, Malabar y Bengala; la libertad de la pesca y de la sequería en una parte de las costas de Terranova y en el golfo de San Lorenzo, y las islas de San Pedro y de Miquelón.—De las islas llamadas neutras, se adjudicaron San Vicente, la Dominica y Tabago, á Inglaterra, y Santa Lucía, á Francia.—Se resolvió la cuestión de límites en América entre la Gran Bretaña y Francia.—Inglaterra se obligó á demoler las fortificaciones hechas en la bahía de Honduras y otros lugares del territorio español en América, y á restituir á España el territorio conquistado en la isla de Cuba con la plaza de la Habana.—España renunció el derecho de pesca en la isla de Terranova y cedió á Inglaterra la Florida, el fuerte de San Agustín y la bahía de Panzácola.—Francia y España se obligaron á devolver á Portugal cuanto le habían ocupado, por lo cual hubimos de renunciar á la colonia del Sacramento.—En fin, se acordó la devolución, sin compensaciones, de todos los territorios recíprocamente conquistados y de los cuales no se hubiese hecho mención, por cuya cláusula recobró España la plaza de Manila (1).

La paz no podía ser más desastrosa para España: devolvíamos todo lo que habíamos conquistado, y además de esto cedíamos la Florida, con el fuerte de San Agustín, la bahía de Panzácola y cuanto poseíamos en el continente de la América septentrional al Este ó al Sudeste del río Mississipi. Era esto tan grave para nosotros, como que, siendo los ingleses dueños de Jamaica, aquella cesión hacía imposible estorbarles el comercio fraudulento en toda la Nueva España, y aun extender indefinidamente sus usurpaciones territoriales. Francia nos sacrificó; y tan enorme era el sacrificio, que de un modo espontáneo, para darnos una pequeña compensación, Luis XV cedió á España el territorio de la Luisiana y la ciudad é isla de Nueva Orleans.

(1) La devolución de Manila dió origen á largas negociaciones entre España é Inglaterra.

Nada pinta mejor lo que esto significaba, que el despacho en que Grimaldi dió cuenta de semejante cesión. «Esta mañana—dijo el embajador español (1),—antes de pasar al cuarto del conde de Choiseul para firmar los Preliminares, me ha citado el duque al suyo, y me ha dicho: Que tenía orden del Rey su Amo de pasar conmigo un Acto de cesión de la Luisiana y Nueva Orleans al Rey; Que habían ofrecido, como yo lo entendí, y es cierto, á Bedford, si la quería en lugar de la Florida; pero que no habiéndolo yo apoyado ni podido esperar (según el ligamen con que se hallaba Bedford) que este ministro británico la aceptase, había pensado el Cristianísimo cederla al Rey, que deseaba la admitiese; Que si con otra cesión propia, no bastando ésta, hubiesen podido comprar la Florida para que quedase á la España, lo hubieran hecho; Que habían pensado en ofrecer Santa Lucía á los ingleses para que se desistiesen de la demanda de la Florida; pero que, además de faltar el tiempo, habían considerado que dicha Isla en poder de la Inglaterra sería tan perjudicial á la España como á la Francia, pues como está al viento de la Martinica y de la Guadalupe en todo acontecimiento de guerra, teniendo los ingleses Santa Lucía, serían dueños de la Martinica y de la Guadalupe en poco tiempo, lo que atraería consigo, en el mismo caso de guerra, una pronta debilitación de la Francia en América, igualmente dañosa á ambas Coronas. Pero que si S. M. quisiese también ocuparla y fortificarla, se retirarían ellos; y que, en fin, lo que deseaba el Cristianísimo, y se había resuelto en el Consejo de ayer, era pagar con cualquiera cesión propia el sacrificio de la Florida que costaba á la España esta guerra, con el objeto, no sólo de manifestar al Rey la buena correspondencia del modo de pensar de este Soberano, mas también para probarla á la Nación española.»

«No hallándome yo autorizado á admitir esta cesión—aña-

(1) Despacho de Grimaldi á Wall: fecha, Fontainebleau, 3 de Noviembre de 1762.

de Grimaldi;—antes bien, teniendo, por el contrario, antecedentes de que hay en España opiniones de que en algún modo nos puede convenir que queden los franceses por aquella parte para servir de antemural al Méjico entre ingleses y nosotros, he representado esto mismo al duque de Choiseul. Pero este ministro ha insistido tanto, declarándome que tenía orden expresa del Rey su Amo, tomada en el Consejo, y que el Cristianísimo lo exigía de mí, que he tomado el expediente de mudar el capítulo del Instrumento, que ya tenía preparado Choiseul, y poner en él, para firmarle yo, la cláusula que V. E. verá, de la condición *sub spe rati.*»

Es decir, que el ofrecimiento de la isla de Santa Lucía no llegó á hacerse, y no se hizo porque la posesión de aquélla por los ingleses podía ser un peligro para las islas de Guadalupe y Martinica, que volvían á poder de Francia. ¡Y sin embargo, el marqués de Grimaldi se mostraba, en el despacho citado completamente de acuerdo con Choiseul! Con razón se dijo de aquél que era más francés que español y genovés. Pero ¿qué de extraño tiene que Grimaldi aceptase, si Carlos III no tuvo inconveniente en admitir la cesión el mismo día en que ratificó los Preliminares, el 13 de Noviembre de 1762?

De esta suerte pasó la Luisiana á poder de España. No fue la cesión un acto de generosidad; no adquirimos aquel territorio á título gratuito, sino que fue una pequeña compensación de los sacrificios que nos había impuesto la egoísta amistad de Francia.

III

Los triunfos de la segunda coalición, formada por Austria, Inglaterra, Nápoles, Rusia y Turquía contra la República francesa, habían hecho exclamar á Sieyes: «No necesitamos ya charlatanerías, sino una cabeza y una espada.» Una y otra existían, las que en Italia y en Egipto habían guiado á la

victoria á los ejércitos franceses, y no tardaron en aprovechar aquel estado de opinión para realizar ambiciosos sueños de mando y de poderío: Napoleón Bonaparte, apoyándose en una gran masa de opinión, y seguro del concurso de sus antiguos compañeros de armas, dió el golpe de Estado del 18 brumario (9 de Noviembre de 1799), disolviendo el Directorio, creando el Consulado, haciéndose elegir primer cónsul y convirtiéndose en verdadero dictador.

Desde luego mostróse inclinado Napoleón, no sólo á mantener la alianza con España, sino á estrecharla más y más, y al efecto nombró embajador en Madrid á su hermano Luciano, que fue recibido con grandes demostraciones de afecto, tanto por el Príncipe de la Paz como por Carlos IV y María Luisa. Pasados los primeros días de su estancia en la corte, consagrados por entero á fiestas y regocijos (1), Luciano manifestó á Godoy que la voluntad de su hermano era consolidar más fuertemente que nunca la íntima alianza de España y Francia; que el *Pacto de familia* se reconstituiría sobre otros elementos; que el primer cónsul, en prueba de su buena y leal amistad, crearía para el infante D. Luis de Parma, hermano de la reina María Luisa, el reino de Etruria, y que, en memoria de Carlos V, el pabellón ondearía sobre las playas de

(1) «Luciano llegaba con todos los modales de los gentileshombres de la antigua monarquía; joven, de agradables maneras, copiaba á los embajadores de la antigua corte, los Grammont, los Fronsac; hizo su viaje desde Bayona á Aranjuez en magníficos caballos andaluces que la corte de España había hecho preparar. Luciano llegaba á Madrid, á la ciudad de las procesiones y de las fiestas, en medio de aquella embriaguez que causa el sol de Castilla, que tanto influye en la imaginación y en el corazón. Carlos IV, su ministro el Príncipe de la Paz, y la reina María Luisa, le colmaron de agasajos; la corte, tan monótona, se engalanó sólo para él; vió las corridas de toros en la Plaza Mayor; asistió al grande aparato de aquellas célebres funciones, en medio de aquellos adornos y de aquellas colgaduras de seda verde y amarilla, de aquellas iluminaciones de hachas que convierten á Madrid, en las noches de regocijo, en una capilla del día del Corpus.»—Capefigue: *España y Francia en sus relaciones diplomáticas, desde el advenimiento de los Borbones hasta el día* (1698-1846).

Toscana; pero que, en cambio, pedía la retrocesión de la Luisiana, con lo cual España tendría sobre la extensa línea de Méjico un auxiliar tan poderoso como Francia para defender los intereses comunes contra ingleses y americanos; exigía la entrega de diez navíos de guerra, aparejados y artillados, para ser tripulados por franceses, y pretendía que España obligara á Portugal, por las armas si era preciso, á hacer la paz con la República.

«La organización del reino de Etruria—escribe un historiador francés—no era un acto sincero por parte de Bonaparte; aquello no tenía probabilidad alguna de duración, y al conferirle al infante D. Luis de Parma, lo había hecho con un doble motivo: 1.º, dar á la España una prenda para que accediese á su sistema; 2.º, humillar á los Borbones, dándoles como de limosna una corona de segundo orden, hábil afrenta lanzada contra Luis XVIII. Había mucho orgullo en el jefe de la República francesa al crear así un monarca; el cónsul levantaba un trono, y no quería sentarse en él.» Tal conducta dió á Napoleón el resultado que apetecía. La corte española, que veía á Parma, Módena y las Dos Sicilias sometidas, desde la campaña de 1796, á una especie de protectorado francés, conservando sólo una sombra de soberanía en condiciones humillantes, no vaciló en sacrificar una parte del territorio nacional; pero para que todo en este asunto fuera vergonzoso, cuando estaba á punto de firmarse un convenio, llegó á Madrid un agente de Talleyrand, el cual ofreció que mediante cierta cantidad, fijada tras largos debates en dos millones de duros, se llenarían los deseos del Rey sin nuevos sacrificios pecuniarios, ni aun llevarse á cabo la entrega de la Luisiana, por más que, para cubrir las apariencias, se hiciese mención de ella en el Tratado. Se aceptó la proposición, y se entregó desde luego la mitad del precio convenido; pero acto continuo hubo que hacer un regalo de 500.000 libras al general Berthier, favorito de Napoleón, que fue el que, en unión de Urquijo, firmó el 1.º de Octubre de 1800 los «Artículos

preliminares de San Ildefonso entre España y Francia» (1).

La República francesa se obligó á procurar al infante Duque de Parma, bien en la Toscana, en las tres Legaciones romanas ó en otra cualquiera provincia continental de Italia, un engrandecimiento de territorio que elevase sus Estados á una población de un millón á un millón doscientos mil habitantes, con el título de rey y todos los derechos, prerrogativas y preeminencias anejas á la dignidad real (arts. 1.º y 2.º). España, por su parte, se comprometía á devolver á Francia, seis meses después de la plena y entera ejecución de las estipulaciones anteriores, la provincia de la Luisiana (artículos 3.º y 4.º), y á poner á disposición de la República, al mes de cumplido el compromiso relativo al Infante, seis navíos de guerra en buen estado, de porte de 74 cañones, armados y arbolados y en disposición de recibir equipajes y provisiones francesas (art. 5.º). Si á consecuencia de la ejecución de estos compromisos eran atacadas las partes contratantes, se obligaban éstas á hacer causa común (art. 6.º). Por último, se declaraba que estos empeños, no sólo no derogaban parte alguna de los estipulados en el Tratado de alianza de 18 de Agosto de 1796, sino que ligaban nuevamente los intereses de ambos pueblos y aseguraban la garantía pactada en aquél para todos los casos en que tuviese aplicación (art. 7.º).

Aunque acaso el débil y complaciente Gobierno español creyese que la cesión de la Luisiana no se llevaría á efecto, como parece que privadamente se había convenido, no llegó á tanto su ceguedad que dejase de comprender que por virtud de esos «artículos preliminares» quedaba á merced del capricho y de-

(1) Godoy, en sus *Memorias*, niega del modo más terminante que lo que él llama «buena correspondencia de la Francia con la España» fuese comprada; pero en un despacho dirigido en Enero de 1815 por el Ministerio de Estado á nuestro representante en el Congreso de Viena, Gómez Labrador, se recomendaba á éste hiciese los mayores esfuerzos «para que la Francia nos devolviese la Luisiana, los seis navíos y los veinticuatro millones en que fue comprada la Toscana en tiempo de Urquijo».

pendiente de la buena ó mala fe de Francia. Por esto, viendo que faltaban dos cláusulas que estimaba esenciales: una, que el comercio español gozaría indefinidamente en la Luisiana la misma libertad y los mismos favores que habían gozado hasta entonces los franceses; y otra, que si Francia, por cualquier motivo, quisiese deshacerse de dicha Colonia, no lo pudiese realizar de otra manera que devolviéndola á España; viendo que faltaba esto, hizo que antes de mandar entregar dicho territorio se comprometiese Bonaparte á no enajenarlo; compromiso que se consignó en un artículo separado, que permaneció secreto (1).

IV

La noticia de la cesión de la Luisiana no fue conocida en los Estados Unidos hasta la primavera de 1802, causando gran inquietud y alarma, no sólo porque los americanos juzgaban que la posesión del puerto de Nueva Orleans y el derecho á la navegación del Mississipi eran indispensables para el bienestar y aun la tranquilidad del extenso territorio del Oeste, sino porque estimaban más peligrosa la vecindad de Francia que la de España. «Bien puede decirse—escribía el Presidente, M. Jefferson, á M. Livingston, que estaba en París, el 18 de Abril de 1802—que desde la guerra revolucionaria ningún acontecimiento ha causado tanta impresión ni más inquietud.»

Complicó más la situación de las cosas el hecho de que el intendente español de la provincia de Luisiana, D. Juan An-

(1) «Aseguro aquí ingenuamente que, al señalar esta condición, ni aun me vino por sueño la idea de que un hombre como Bonaparte sería capaz de vender la Luisiana, como después lo hizo; acto infeliz de una política cobarde y apocada, sin contar la felonía que cometió con tal medida con la España. Yo no propuse aquella cláusula sino tan sólo en vista de la inestabilidad que ofrecían en Francia todas las formas de gobierno que ensayaba la República.»—*Memorias del Príncipe de la Paz.*

tonio Morales, publicó una proclama declarando expirado el derecho de tener un depósito comercial en Nueva Orleans, derecho reconocido por tres años en el Tratado de 1795, y que á la terminación de dicho plazo se había prorrogado tácitamente. Esta disposición fue aprobada por el Gobierno, si bien al ministro de Estado, Ceballos, no debieron ocultársele los peligros de semejante medida, cuando creyó necesario recomendar á su compañero el de Hacienda que apareciese adoptada aquélla por la exclusiva iniciativa del Intendente (1). Verdad es que, establecido el depósito, «los perjuicios contra la Real Hacienda—como escribe Onís—no tardaron en manifestarse de un modo enorme. La Nueva Orleans fue desde luego para los americanos el punto de un contrabando inmenso y continuo, que se difundía escandalosamente por las Floridas, por las provincias limítrofes de Méjico y por otros puntos de la dominación española. A pesar de esto, no solamente se toleró por S. M. C. el mismo depósito en Nueva Orleans durante el período de los tres años, sino aun de cuatro años más; y es verosímil que hubiera continuado siempre, si las circunstancias

(1) La Real orden en que eso se disponía dice así: «Excmo. Sr.: En vista de lo que V. E. me dice en su oficio de 2 de este mes, relativo á la gracia concedida á los americanos por el art. 22 del Tratado..., ha desaprobado el Rey la tolerancia con que los intendentes de la Luisiana han permitido á los americanos depositar sus mercancías en Nueva Orleans después de haberse concluído el plazo prescrito; y como aquí no se ha tenido noticia de ese abuso hasta que el intendente D. Ramón López de Angulo representó á S. M. los daños que podían seguirse, y el silencio de S. M. podría interpretarse como prórroga, conviene que el intendente de la Luisiana se oponga á la introducción y depósito de mercancías de los americanos en Nueva Orleans, no escudándose para esta novedad con la orden del Rey, sino alegando que para inquirir la extensión de sus facultades y sus obligaciones en esta materia, consultó el referido Tratado de 1795 y halló que el término prefijado de tres años en el art. 22 le ataba las manos para no poder permitir la introducción y depósito de mercancías americanas sin orden expresa del Rey.—Lo comunico á V. E. de Real orden, á fin de que tome las disposiciones que corresponden á su cumplimiento.—Dios, etc.—Palacio, 11 de Julio de 1802.—Pedro Ceballos.—Señor D. Miguel Cayetano Soler.»

no hubieran variado la suerte de la Nueva Orleans y de toda la provincia de la Luisiana (1)». Verdad es esto, repetimos; pero no es menos exacta la observación del ministro de Estado, Pizarro, en un documento oficial, de que «mezquinas ideas fiscales fueron el origen de aquella determinación inconsiderada, que halló acogida en el Ministerio de Estado, no sé por qué especie de inadvertencia ó alucinamiento; pues citándose en la Real orden expedida con fecha de 11 de Julio de 1802 el art. 22 del Tratado de 1795, respectivo al punto de depósito, pudo advertirse en él que S. M. no estaba autorizado á suspender el depósito en Nueva Orleans, ni aun después de los tres años allí mencionados, sin señalar al mismo tiempo otro punto equivalente á las orillas del Mississipí» (2).

En vano el ministro de España en los Estados Unidos, comprendiendo las consecuencias de semejante conducta, asumió la responsabilidad de ordenar al intendente de la Luisiana que restableciese el depósito hasta que S. M., mejor informado, resolviese en definitiva; dicho funcionario, del que «algunos creyeron en aquel tiempo... no había pecado de ignorancia, y que le habían estimulado motivos menos puros que el del celo fiscal que aparentaba» (3); dicho funcionario, excusándose con las órdenes directas que tenía del Gobierno, no secundó las indicaciones del plenipotenciario español, y con todo esto se dió lugar á que, por razones de política interior, los americanos promoviesen un verdadero conflicto.

El 17 de Diciembre de 1802, la Cámara de Representantes pidió informes al Presidente acerca de la violación, por parte de España, del art. 22 de dicho Tratado, y cinco días después

(1) D. Luis de Onís: *Memoria sobre las negociaciones entre España y los Estados Unidos de América*.

(2) *Exposición que se hace al Rey nuestro señor y á su Consejo de Estado sobre nuestras relaciones políticas y diferencias actuales con el Gobierno de los Estados Unidos de América*, por el ministro de Estado, D. José Pizarro.—4 de Junio de 1817.

(3) *Idem* íd.

Jefferson dió cuenta al Congreso de que se había cerrado virtualmente el Mississippi para el comercio americano. Hiciéronse sobre esto distintas mociones: la oposición se apoderó del asunto, y explotando hábilmente la inquietud que existía en el país, trató de lanzar á los Estados Unidos á la guerra. «Cierto es, escribe Juan Quincy Adams (1), que las violentas disensiones que se suscitaron con España sobre la navegación del Mississippi terminaron con el Tratado concluído durante la administración de Washington, Tratado por el cual se concedía á los americanos que estableciesen su depósito comercial en Nueva Orleans; pero no lo es menos que al volver á comprar á España la colonia de Luisiana (2), Napoleón, á fin de desentenderse luego del Tratado, y con el objeto de tener bajo su dominio el territorio occidental de la Unión, había inducido al imbécil monarca de España á cometer una perfidia (3), despojando al pueblo de los Estados Unidos del derecho de depósito antes de entregar la colonia á Francia. De este modo se paralizó el gran movimiento comercial de la Unión; comenzó á predominar entre el pueblo un resentimiento de cólera mezclada de inquietud, y costó no poco trabajo contener á los atrevidos pobladores del territorio occidental, que se mostraban dispuestos á caer como un torrente sobre Nueva Orleans y apoderarse de la ciudad por la fuerza de las armas. La consecuencia de una guerra con España debía ser naturalmente otra con Francia, y por mucha razón que tuvieran los Estados Unidos, hubieran tomado otro giro los negocios públicos, siendo el resultado adverso para la política de m^{is}ter Jefferson y para su administración. Ya hemos dicho que

(1) *Vida de Jaime Madison*, por Adams.

(2) Equivócase M. Adams al escribir este aserto, pues, como queda demostrado, Francia no compró á España la provincia de la Luisiana.

(3) Imparcialmente hay que reconocer que no aparece por parte alguna el fundamento de semejante afirmación; sin embargo, dada la política seguida por Bonaparte con España, nada de particular tendría que fuese exacta, y algo hace sospechar la Real orden de Estado disponiendo que el Intendente mantuviese la prohibición como cosa suya.

en el Congreso se propuso declarar la guerra, y que el pueblo se mostraba muy dispuesto á ello.» No obstante esto, el 7 de Enero de 1703, la Cámara de los Representantes, después de expresar su sentimiento por lo ocurrido, considerando que debía atribuirse aquello «á una arbitrariedad de ciertos funcionarios, más bien que á una falta de buena fe por parte de S. M. Católica, y confiando en las acertadas medidas que habrá tomado el Poder Ejecutivo para defender los derechos de la Unión», declaró que defendería á todo trance los que tenía á la navegación del Mississipi, exigiendo se cumplieran los demás artículos del Tratado referentes á la cuestión de límites y al comercio.

Realmente, habiéndose expedido, en 15 de Octubre de 1802, la Real cédula mandando entregar á Francia la provincia de la Luisiana, podía haber excusado España toda satisfacción; sin embargo, el plenipotenciario español, Marqués de Casa-Irujo, declaró en una Nota oficial (10 Marzo 1803) que el intendente Morales había procedido sin autorización, y que, en virtud de lo dispuesto en el Tratado, se designaría, en lugar de Nueva Orleans, otro punto en que pudiera establecerse un depósito comercial; promesa poco meditada que podía ocasionar nuevas complicaciones, y que resultaba por completo inútil desde el momento en que la Luisiana pasaba á poder de Francia. El Gobierno americano se dió por satisfecho, como era natural, según se desprende de la contestación dada á aquella Nota por el secretario de Estado de la Unión.

Así y todo, no se calmó la agitación, fomentada por los federalistas, adversarios de Jefferson; y temiendo éste que aquéllos aprovecharan el asunto para provocar una guerra, nombró á Monroe ministro plenipotenciario en Francia, á fin de que, continuando las negociaciones que sin resultado alguno había iniciado Mr. Livingston, procurase obtener la venta de Nueva Orleans y de las Floridas. «Del éxito de esta misión—escribía Jefferson á Monroe—dependen los futuros destinos de la República; si no conseguimos comprar ese te-

territorio, para asegurar una paz perpetua con todas las naciones, como la guerra no puede estar lejos (la ruptura de la paz de Amiens lo demostró así), será necesario *irnos preparando, aunque sin apresurarnos*. Si llegamos á enredarnos en la política europea, echaremos de menos luego nuestra prosperidad y bienestar, y esto sólo puede evitarse alcanzando buen éxito nuestra misión.»

Impacientes los norteamericanos, especialmente los de los Estados occidentales, no querían esperar el resultado de las negociaciones, y formularon en el Congreso la idea de apoderarse de Nueva Orleans por la fuerza. Jefferson hizo votar un crédito de dos millones de duros para empezar á formar un fondo que debía destinarse á la compra de aquella ciudad.

El 12 de Abril llegó Monroe á París, encontrándose con que las dificultades que entorpecieron las gestiones de Livingston habían desaparecido. Napoleón, que primero pensó en establecer una colonia militar en la Luisiana que le sirviera de centro para extenderse por América, cambió luego de plan. Necesitando recursos para la guerra con la Gran Bretaña, y queriendo dar á ésta una rival marítima, se mostró dispuesto á vender dicha provincia; así es que los plenipotenciarios americanos se encontraron sorprendidos, «y bien podían asombrarse, escribe un historiador yankee (1), cuando al pedir una ciudad se les ofrecía una provincia entera, y cuando al solicitar el derecho de navegación en un río, se les brindaba con toda una costa».

Las negociaciones siguieron rápidamente, y el 30 de Abril de 1803 se firmó el Tratado, por el cual Francia cedía á los Estados Unidos, para siempre y en plena soberanía, la provincia de la Luisiana, con todos sus derechos y pertenencias, comprendiéndose en la cesión las islas adyacentes que dependían de dicha provincia. La cesión se hizo en la cantidad de

(1) Spencer: *Historia de los Estados Unidos*, continuada por Horacio Greeley.

ochenta millones de francos; pero los Estados Unidos sólo tenían que entregar sesenta, pues los otros veinte debían aplicarse al pago de lo que adeudaba Francia á los ciudadanos norteamericanos perjudicados por la captura de sus buques por los cruceros franceses durante la guerra anterior. Además, se reservó á Francia y á España, por término de doce años, el derecho de llevar sus mercancías desde sus puertos ó desde los de sus colonias al territorio que se cedía, pagando únicamente lo mismo que los americanos, y se estipuló que, expirado ese plazo, los productos franceses gozarían el trato de la nación más favorecida. Con esto no hizo Napoleón ningún servicio á España, como créese á primera vista, pues el comercio con esos territorios lo hacían los franceses casi exclusivamente bajo pabellón español; y como la guerra con la Gran Bretaña les impedía pensar en realizarlo, al menos por entonces, de un modo directo, al comprender á nuestra patria en los beneficios de aquella cláusula, aseguró Bonaparte los intereses de Francia.

Pensaron los plenipotenciarios franceses y americanos que sería conveniente que España tomase parte en las estipulaciones; pero hubieron de desistir ante el temor de que surgieran dificultades, y el Gabinete español no tuvo conocimiento de la cesión hasta que se firmó el Tratado. Entonces se encargó á Azara, en despacho de 22 de Mayo, que protestase solemnemente contra la venta, y así lo hizo el Embajador (5 de Junio), en Nota en la cual exigía al propio tiempo que el primer cónsul mandase á las tropas francesas evacuar la Toscana, y la inmediata consignación de los Estados de Parma y Plasencia al rey de Etruria, como posesiones que le pertenecían por legítima sucesión. Contestó Talleyrand (10 Junio) pretendiendo justificar la venta por el retraso con que se había entregado á Francia la Luisiana, y alegando los cambios que en éste se habían efectuado; pero aunque las razones alegadas por el ministro francés no eran convincentes, ¿qué había de adelantar España con sus vanas quejas, y qué recurso le quedaba?

El país pagó las torpezas de los que firmaron el Tratado de 1.º de Octubre de 1800.

No fue esto lo peor, sino que al hacer Francia entrega de la Luisiana á los Estados Unidos, en Marzo de 1804, evidenciaron éstos sus intenciones, de tal suerte, que España no pudo dudar se iniciaba una serie interminable de irritantes despojos.

En efecto: la entrega sólo comprendió los terrenos reconocidos por España como Luisiana, esto es: al Este del Mississipi, sólo se entregó la isla y territorio de Orleans, conservando S. M. lo que se hallaba al Oriente de una línea que comenzaba en el punto de Manshak, seguía el curso del Iberville, pasaba por los lagos de Pontchartrin y Maurepas, y fenecía en el mar, quedando dentro del territorio español Baton-Rouge, el Biloxi y la Mobila. Por la parte del Occidente sólo se hizo la entrega hasta Natchitoches, sobre el río Colorado, quedando en poder de España el punto Nacogdoches, que aunque no era exactamente la línea divisoria (la cual, en realidad, debía comprender también los Adaes), se hallaba, sin embargo, mucho más al Este de lo que los americanos pretendían. Por la parte del Noroeste no pudo haber entrega formal, por tratarse de inmensos territorios despoblados.

No hubo serias dificultades en esto; pero al realizarse la entrega, los comisionados americanos dirigieron al Comisario francés, y éste transmitió al Agente español, Marqués de Casa-Calvo (1), una comunicación protestando solemnemente de que nada de lo hecho podía entenderse como abandono de las pretensiones de los Estados Unidos (2). Casa-Calvo dirigió al

(1) Para efectuar la entrega de la Luisiana á Francia, habían sido nombrados Comisarios, por S. M. el Rey de España, los Brigadieres D. Manuel de Salcedo y Marqués de Casa-Calvo, continuando luego este último como Agente español.

(2) Hé aquí el texto de dicha interesante comunicación:

«Nueva Orleans, 26 de Marzo de 1804. — Señor: Los infrascriptos, Comisarios de los Estados Unidos, encargados de la toma de posesión de la provincia de la Luisiana, han observado en las cartas de V. S. de 21 y 25

Comisario francés un oficio (31 de Marzo) protestando contra toda operación ó intento de extender los límites más allá del río Sabinas.

Claro es que esto aumentó las dificultades que ya existían entre España y los Estados Unidos, y para solucionarlas vino á Madrid, en Enero de 1805, como enviado extraordinario, M. Monroe; pero sus gestiones, ni en lo relativo á la cuestión de límites, ni en lo referente á las indemnizaciones, tuvo resultado alguno.

V

Fracasada la misión Monroe, continuaron las cosas en el mismo estado que tenían, y los acontecimientos posteriores, el cambio de monarca, la invasión francesa y la guerra de la Independencia, impidieron á los Gobiernos españoles hacer gestión alguna eficaz acerca de este asunto.

Derrocado el imperio napoleónico y restablecida la monarquía histórica en España y en Francia, al celebrarse el Congreso de Viena, se encargó al plenipotenciario español, D. Pedro Gómez Labrador, que gestionase el que se le pusiese en posesión del gran Ducado de Toscana á la Reina María Luisa, como regente y tutora de su hijo el Rey D. Carlos Luis; pero

de Enero (30 Nivoso y 4 Pluvioso) último, que V. S. habla en la suposición de que la España debe conservar la posesión de la Florida occidental. —No es la intención de los infrascriptos investigar el derecho de la España á este territorio, ó establecer su opinión sobre los límites del cedido; pero sí protestar solemnemente que nada de lo que por su parte hagan debe entenderse como abandono de las pretensiones de los Estados Unidos á la colonia ó provincia de la Luisiana, con la misma extensión que tenía actualmente en poder de España, el 1.º de Octubre de 1800, fecha del Tratado de San Ildefonso, y que tenía cuando la poseía la Francia, y tal como debe estar después de los Tratados sucesivamente celebrados entre la España y otros Estados. —Acepte V. S. las seguridades, etc.—Guillermo C. C. Claiborne. — Jaime Wilkinson. — Sr. Comisario de la República francesa.»

Metternich, después de eludir por largo tiempo la contestación, lo hizo al fin, trazando la historia de las vicisitudes por que había pasado la Toscana en los últimos años, y añadiendo: «Es evidente que en la época en que las armas austriacas hicieron la conquista de la Toscana, este país pertenecía á Francia, tanto por la renuncia de Austria como por la de España. La Francia la ha cedido á las potencias aliadas por el Tratado de París de 30 de Mayo, con el resto de sus posesiones en Italia, y el gran ducado, *étant devenu libre et disponible par cette cession.*» Decía, además, que era conveniente lo adquiriese un príncipe que lo poseyese legítima y tranquilamente; que Austria no se oponía á las reclamaciones de España, pero que descartaba las pretensiones que se querían hacer pesar sobre ella, y que se fundan en transacciones á las cuales es completamente extraña, y se limitaba á sostener el principio de la inviolabilidad de los Tratados.

Surgieron en este asunto multitud de incidentes. Llegóse á formular un contraproyecto de compensación por la Toscana, que fue iniciativa de la corte de Viena; pero por torpeza ó mala fe de Metternich, se dió lugar á que el Emperador de Rusia, solicitado por la Archiduquesa María Luisa, y contra lo que el embajador ruso había prometido en Madrid, hiciese inclinar la balanza del lado de la esposa de Napoleón. Al fin, aunque el Congreso vaciló largo tiempo, como dice Mr. de Pradt (1), antes de acordarlo, se obtuvo el restablecimiento de Fernando IV en el trono de Nápoles; pero no se pudo impedir que se diesen los Ducados de Parma, Plasencia y Guastala á la ex-Emperatriz, ni que la Toscana se otorgase al Archiduque Fernando de Austria; y sólo se alcanzó para la Infanta María Luisa el Ducado de Luca y una renta de quinientos mil francos, pagaderos por Austria y Toscana (2).

(1) *Du Congrès de Vienne.*

(2) Acta general del Congreso de Viena; arts. 99 á 104 inclusives.

Sabido es que, por el Tratado de Fontainebleau de Octubre de 1807, la Reina de Etruria debía recibir, en compensación de la Toscana, una parte

Desde el momento en que la Toscana no se daba á la Infanta María Luisa, la corte de Madrid se creyó con derecho á pedir la devolución de lo que con promesa de aquélla había entregado á Francia por el Tratado de San Ildefonso; esto es, la Luisiana y seis navíos de guerra. Pero tal pretensión, por justa que fuese en el fondo, no tenía probabilidad alguna de ser aceptada en el Congreso.

Así lo comprendió perfectamente Labrador, y así lo expuso á su Gobierno. «En cuanto á la pérdida que resultará á España—dijo,—que habrá dado inútilmente la Luisiana, sus tesoros y seis navíos por trocar Palma por la Toscana, es indudable que S. M. tiene el derecho de repetir contra la Francia... pero yo no hallo que sea oportuno hacer la pretensión en el Congreso con poca probabilidad de ser sostenidos y con la certidumbre de enajenarnos la Francia, sin cuyo apoyo es imposible que consigamos la restitución de Nápoles á su legítimo soberano. Es necesario no perder de vista que, como otras veces he insinuado, nada tenemos en nuestro poder que pida ninguna de las potencias del Congreso, y pedimos un Estado ocupado por una de ellas, y un Reino de quien es necesario echar al poseedor, que tiene setenta mil hombres para defenderse, y contra el cual no podemos enviar ni una división; que es decir que, habiendo de mendigar el socorro de todos, no debemos tratar de disgustar á ninguno» (1). No lo entendió así la corte de Madrid, y se reiteró al plenipotenciario el encargo de hacer los esfuerzos posibles para obtener en el Congreso la restitución de la Luisiana, de los seis navíos y de los 24 millones en que fue comprada la Toscana (2); pero Labrador contestó que no estando la Luisiana ocupada por tropas de las

del reino de Portugal. Esto no se llevó á cabo, y el Congreso de Viena, á pesar de sus principios, no la devolvió ni su primer patrimonio ni su segundo. «La ha confinado—escribe Mr. de Pradt—á Luca, poniéndola al nivel del Príncipe Ludovisi, antiguo propietario de la isla de Elba.» (*Du Congrès de Vienne.*)

(1) Despacho de Labrador á Ceballos; Viena, 17 de Enero de 1815.

(2) Despacho de Ceballos á Labrador; Madrid, 15 de Enero de 1815.

potencias aliadas, ni á disposición del Congreso, no podía obtenerse de éste la restitución de aquella provincia; que no habiendo en Viena ministro de los Estados Unidos, no había con quién entablar negociación; que á lo sumo podría intentarse en París, por medio del embajador, obtener de Francia el precio que se pagó, y que, en realidad, debía darse por perdida para siempre la Luisiana, como lo demás que se dió por la Toscana (1).

Sin embargo, Labrador ideó un recurso más ingenioso que realizable, para llevar á cabo una nueva tentativa á fin de recuperar dicha provincia americana. «Hallándose el Gobierno inglés—escribió (2)—en posesión de la Luisiana por la conquista de la Nueva Orleans, único punto importante de ella, tiene nuestro Gobierno derecho á exigir de la Gran Bretaña que, aunque por el Tratado hecho últimamente en Gante con los Estados Unidos (3), se creyese obligada á restituir aquella provincia, la retenga en atención á la falta de buena fe con que la enajenó el Gobierno francés, á que con la misma mala fe la adquirieron los Estados Unidos, y en fin, á que la Casa de Parma no puede recuperar la Toscana, para cuya adquisición se cedió la Luisiana. Como no puede acomodar al Gobierno inglés el tener que restituir la Luisiana, la reclamación insinuada de nuestro Gobierno le suministrará un motivo justo, y los dos Gobiernos podrán entenderse después en cuanto á ponerlos en posesión de aquella provincia.» «He hablado de ello con lord Wellington—añadió,—y no solamente ha adoptado el pensamiento, sino que ha escrito ya en este sentido á su Gabinete. Por lo cual, si mereciese esta idea la aprobación del Rey nuestro señor, podría darse orden al embajador de S. M. en Londres para que sin pérdida de tiempo diese los pasos

(1) Despacho de Labrador á Ceballos; Viena, 13 de Febrero de 1815.

(2) Despacho de Labrador á Ceballos; Viena, 13 de Febrero de 1815.

(3) Alude al Tratado de paz firmado en Gante el 24 de Diciembre de 1814, que puso fin á la guerra entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

oportunos para la consecución de un negocio tan importante.» Quimérico era pensar que tal proyecto pudiera realizarse; mas por lo mismo lo acogió con extremada facilidad el Gobierno español, y por Real orden de 21 de Abril se mandó al conde de Fernán Núñez, nuestro ministro en Londres, que gestionase en ese sentido. Excusado es decir que la negociación no produjo resultado alguno, y no hace falta añadir que los plenipotenciarios reunidos en Viena no se ocuparon de semejante asunto.

IV

Perdida quedó definitivamente para nosotros la Luisiana; estéril el sacrificio que con suma torpeza hizo nuestra Corte de tan hermoso territorio, de los seis navíos y de algunos cuantos millones, para obtener la posesión de la Toscana. Nos quedamos sin una y otra, sin barcos y sin dinero; cosa no extraña, porque tratándose de nuestras relaciones con Francia, sobre poco más ó menos, siempre nos ha ocurrido lo mismo. Pero no fue esto lo peor, sino que, conseguida por Monroe en París la venta de la Luisiana, comenzaron los Estados Unidos á disputarnos territorios de la Florida, á pretexto de que formaban parte de aquélla. Utilizaron después los Gobiernos de la Casa Blanca el período de la guerra de la Independencia, durante el cual no nos fue dado rechazar sus agresiones, para ensanchar de un modo ilegal, violento é injusto sus dominios, y así llegamos á la época en que, reconocido nuestro plenipotenciario D. Luis Onís, entablamos formalmente negociaciones.

El relato de estas últimas, que terminaron con la pérdida de las Floridas, que cedimos á la República Norteamericana por el Tratado de 22 de Febrero de 1819, no es de este lugar. Unicamente diremos que aun con Gobiernos más previsores, con hombres de Estado más hábiles y con una situación muy distinta de la que entonces tenía España, habría sido muy di-

fácil evitar la pérdida de las Floridas, desde el momento en que la Luisiana se hallaba en poder de los Estados Unidos.

He aquí, trazada á grandes rasgos, la triste historia de la cesión de la Luisiana. Cometimos la torpeza de cambiarla por un ilusorio acomodo para el infante duque de Parma, y perdimos, al fin, aquel valioso territorio, los buques y millones que además dimos á Francia, y el soñado trono de la Toscana. El Emperador, sin cuidarse de cumplir las condiciones de la cesión, vendió la Luisiana, burlándose de la candidez de la Corte española, que ni siquiera con semejante proceder cambió de rumbo y se separó de un aliado que tan inicualemente la explotaba.

Esa venta, mejor dicho, ese engaño manifiesto, es lo que significa para nosotros la celebración del Centenario de la Luisiana.

JERÓNIMO BECKER

DEPARTAMENTO DE LA BIBLIOTECA DEL
CONGRESO NACIONAL

CURIOSIDADES NUMISMÁTICAS

Inventores de las monedas: cómo fabricaron las primeras y progresos sucesivos de este arte.

Es loable empresa, pero difícil é ingrata, el investigar el nombre de los inventores de aquellas cosas que, al aparecer en la sociedad, la conmueven, imprimiéndola nuevo aspecto y marcándola nuevos rumbos. Lo único verdad que puede contestarse á la pregunta: ¿Quién fue el inventor?, es la respuesta: No se puede precisar.

La razón de tales incertidumbres estriba en que, así como de la Naturaleza se dice que «no da saltos» (*Natura non facit saltus*), así el progreso de las artes y de las ciencias tampoco da saltos perceptibles á la vista del vulgo, sino que gradualmente se va desenvolviendo; y del mismo modo que nadie es capaz, al observar el amanecer de un día, de marcar la línea divisoria entre las sombras de la noche que huye y de la luz del día que llega, tampoco puede precisarse quién es el feliz mortal que dió el paso definitivo en un adelanto social que hace cambiar de aspecto la vida del hombre. Creo no se podrá señalar un solo caso contrario á la afirmación expuesta. Relativamente moderna es la imprenta; y, sin embargo, ¡cuántos volúmenes se han escrito para restar gloria al que la opinión general señala como verdadero inventor! Los que aseguran que Pfister de Bamberg, Bechtermuntce, Lorenzo Coster ó Pedro

Schœfer, fueron los que inventaron el arte de imprimir, aducen pruebas que parecen concluyentes y que por un momento, al menos, dejan el ánimo perplejo.

De nuestros días es el invento de la dirección de los globos; ante nuestros ojos se desarrollan cien y cien pruebas de animosos investigadores; hasta hay señalado un premio para el inventor que resuelva tan arduo problema, y esto no obstante, al verificarse las pruebas del invento, vemos divididas las opiniones y no sabemos á qué lado inclinar nuestro juicio para resolver en definitiva.

Nada, pues, tiene de extraño que, al tratarse del inventor de las monedas, haya diversas opiniones, siendo difícil encontrar una solución que á todos satisfaga; hay, sin embargo, datos precisos que dan ciertas seguridades al espíritu investigador.

Prescindiendo de las muchas fábulas é historietas con que los espíritus dados á lo maravilloso trataron de atribuir á los dioses la invención de las monedas, quedan dos tradiciones razonables que nos legó la antigüedad. Dice una, que Fidón, rey de Argos, fue el primero que mandó acuñar monedas, teniendo lugar la realización de su mandato en la isla de Egina (1) y usando como tipo monetario la tortuga.

Dicha tradición corrió largo tiempo por toda la Grecia como verdad palpable, y se probaba por la existencia de una ofrenda hecha por este rey al Heraion, y que consistía en cierta cantidad de lingotes de plata de forma prolongada y sin alguna impresión, que se llamaban *obeliscos*, los que en tiempos anteriores á Fidón servían para tipo común de precio entre los griegos. Para memoria en lo sucesivo de su invento, el rey dedicó predicha ofrenda.

Con estos datos están conformes Strabón (2), Æliano (3),

(1) Hoy Enghia, isla del archipiélago existente en el centro del golfo de Atenas, antes golfo de Salónica.

(2) VIII, pág. 376.

(3) Var. hist., XII, 10.

la Crónica de Faros (1) y muchos otros escritos de diferentes épocas.

Existe otra tradición que parece oponerse á la precedente y que se funda en estas palabras de Herodoto: «Los primeros entre los hombres que sabemos acuñaron monedas de oro y de plata, fueron los lidios. Xenófano de Colofón afirma la misma doctrina de Herodoto.

Ambas opiniones tienen fundamento racional, pudiéndose adoptar sin escrúpulos cualquiera de ellas.

Sintetizando la cuestión, podemos enunciarla en estos términos: Aseguran unos que las monedas de oro acuñadas en tiempo de Giges, rey de Lidia, fueron las primeras conocidas en la antigüedad. Afirman otros que las primeras monedas acuñadas fueron debidas á Fidón, rey de Egina.

Al escribir esto viene á mi memoria lo que sucedía hace algunos años, cuando el ilustre marino español Isaac Peral hacía las pruebas del submarino de su invención: casi al mismo tiempo que los periódicos de España encomiaban el invento, los de Francia hablaban de las pruebas de otro submarino inventado por un ingeniero. Nadie veía repugnancia en que dos hombres sabios coincidiesen en la resolución de un problema, aunque para ello se valiesen de medios diferentes.

Fijo en este pensamiento, se me ocurre preguntar: ¿es imposible que á dos pueblos distintos de la antigüedad se les ocurriese la misma idea respecto á una cosa que tan necesaria era para la facilidad y brevedad en los asuntos comerciales? Yo no sólo no veo repugnancia en esto, sino que, al contrario, lo creo como perfectamente lógico y natural. Quizás pudiera ser ésta una solución satisfactoria, y hasta se podría convenir en que los primeros que acuñaron monedas de oro fueron lidios, bajo el reinado de Giges, y los primeros que acuñaron monedas de plata fueron los de Egina, en el reinado de Fidón.

Resuelta que fuese esta cuestión, aún quedaría otra no me-

(1) Epoc. 31.

nos importante. Dado el supuesto de que tanto Giges como Fidón sean inventores de la moneda acuñada, ¿cuál de ambos es el que la inventó antes? Lenormant diserta con gran extensión y lucimiento acerca de este punto, y se inclina al lado de los lidios, pero sin atreverse á resolver en definitiva. Las doctrinas expuestas por tan eminente numismático son, en resumen, las siguientes: La imposibilidad actual para resolver la cuestión referente al primer inventor de las monedas procede de la carencia de una cronología segura. De Giges, rey de Lidia, consta que su reinado coincide exactamente con el advenimiento de la dinastía Mermnades al trono de este país á principios del siglo VII antes de la Era cristiana; pero respecto al tiempo en que reinó Fidón de Argos, existe gran disconformidad entre los escritores, pues la Crónica de Faros (1) le presenta en fines del siglo IX antes de Jesucristo; Eforo (2) y Pausanias (3), en la mitad del siglo VIII; y otros, entre los que se encuentra Curtius (4), en la mitad del siglo VII. No es posible, pues, resolver la cuestión por medio de la cronología mientras nuevos datos no aporten la fijación de la verdad.

Otro camino se puede emprender para esclarecimiento de la cuestión, y este camino es el estudio particular de las mismas monedas de que se trata.

Es indudable que entre todas las monedas antiguas ninguna presenta mayores caracteres de antigüedad que las de electron de los reyes de Lidia, y las de plata de los de Egina. Estas últimas, con el tipo de la tortuga de mar y con el peso de 12,60 gramos, tienen aún la forma prolongada de los obeliscos de la edad anterior. Las monedas de electron de Lidia se conservan en forma de lingote ovoide, un poco aplastado

(1) Epoc. 31.

(2) Ap., Strab., VIII, pág. 358.

(3) VI, 22, 2.

(4) Griechische Geschichte, t. I., pág. 206.

en los bordes, con superficie estriada por un lado, y por otro con marcas en hueco de tres señales, marcadas con regularidad, en una de las cuales se distingue el zorro del gran dios de la Lidia. El lingote de electrum de la Lidia está fundido en forma más regular que las stateras de plata de Egina, cuyo aspecto es más grosero y á primera vista parece más primitivo; pero ahondando en la apreciación, se deduce que este aspecto más grosero de las monedas de Egina, es efecto exclusivo de un arte menos adelantado que el de Lidia, cuyas monedas, en forma de lingote, son casi de seguro el primer paso desde el lingote de peso exacto al mismo garantizado por la autoridad con una marca. Debemos, pues, dar crédito á Herodoto cuando dice que en Lidia se acuñaron las primeras monedas.

Hay una opinión bastante autorizada (1) que sostiene la verdad afirmada por el célebre historiador griego; mas añade que, aunque las primeras monedas fueron acuñadas en Lidia, el invento no se debe á los lidios, sino á los jonios.

Si trabajos ó descubrimientos posteriores logran esclarecer por completo la verdad en este asunto, aunque esta verdad se apartase en algo de la doctrina sentada, siempre serían dignos de elogio los esfuerzos de estos numismáticos, que en cuestión tan ardua han aquilatado las pruebas hasta el punto de hacer brotar la luz clara, que de seguro envidiarán otras ciencias, en las cuales tantos y tantos problemas quedan por resolver. Este solo hecho debiera bastar para no mirar con desprecio á los aficionados que sentimos estímulos por el estudio de la numismática.

Admitidas la época y regiones en que tuvo lugar la invención de la moneda, asalta desde luego la curiosidad de saber los medios de que se valieron los primeros inventores para fabricarla, y de conocer los caminos por donde invento tan notable llegó á cada uno de los países del mundo habitado. Desde luego puede asegurarse, sin miedo á error, que en el espacio

(1) Carlos Castrobeza.

de medio siglo se conoció y usó la moneda acuñada en todo el mundo helénico: desde la Lidia corrió toda la parte occidental del Asia Menor, y desde Egina se extendió á toda la Grecia continental y á Europa; así en el siglo vi antes de Jesucristo no había país, donde los griegos estuviesen establecidos, en el que no se conociese la moneda, y todos saben que la Grecia es el pueblo de la antigüedad que fundó más colonias; pues se extendían desde las riberas del Asia Menor hasta las más remotas ensenadas del Mar Negro, y desde el Nilo, por las costas de España y de la Galia, hasta el Mar Báltico.

El examen atento y reflexivo de las mismas monedas nos enseña cuanto de más interesante acerca de ellas calló la historia. Estos monumentos, que la generalidad los cree mudos, hablan con simpático y persuasivo lenguaje. Es verdad que han callado siglos y siglos; pero apenas llega hasta ellos un genio y los remueve una y otra vez como para despertarlos del sueño en que la desidia humana los hizo caer, ellos cobran vida, hablan y revelan hasta los más pequeños detalles de su historia, con la sinceridad de un niño que, al despertar, cuenta el sueño de la noche pasada.

Por fortuna para la ciencia numismática, después de un sueño de más de quince siglos, han surgido en el mundo genios que la han despertado y hecho hablar cada vez con más elocuencia. Nuestros compatriotas Antonio Agustín, Flórez, Pérez Bayer, y los extranjeros Eckhel, Barthelemy, Mommsen y otros de quien extensamente hablaremos en lo sucesivo, fueron los afortunados que nos han hecho oír lenguajes tanto más hermosos cuanto más tiempo fueron secretos y callados.

Las primeras monedas de Lidia no las conozco, y no sé si alguno las habrá llegado á examinar: para fabricarlas bastó un yunque, un punzón grabado en hueco, un martillo y unas tenazas.

Un herrero de pueblo, que se dedica á fabricar herramientas para el agricultor, me recuerda siempre al primer acuñador de monedas en el momento en que el sencillo artista,

después de sacar del fuego la obra ya formada, la pone sobre el yunque, y con dos ó tres golpes de martillo sobre el punzón, que tiene grabado un signo especial, la deja marcada.

No asentaban bien sobre el yunque los primeros lingotes de metal destinados á monedas, y fue necesario colocar sobre él una base que tuviera en hueco la forma del lingote, á fin de que éste no se corriese al recibir el golpe del martillo. Aun esta base con su parte hendida ofrecía pocas seguridades de estabilidad, y se pensó en colocar, fijo en el hueco, una especie de pivote de forma cuadrada que, entrando en el flan al primer golpe del martillo, le conservase en igual posición para los sucesivos. Este procedimiento se generalizó, y las monedas que resultaron son las que se conocen como las más primitivas.

Los detalles de esta antiquísima acuñación fácilmente se pueden imaginar. Un lingote de metal con peso exacto, que se coloca en el fuego hasta que se encuentre en punto; un operario que con unas tenazas ó pinzas saca el flan ó cospel del fuego, y le coloca sobre el yunque ó base firme, en cuyo hueco hay una pequeña prominencia cuadrada; otro operario que pone sobre el cospel el cuño que ha de marcar la figura en relieve, dando carácter especial á la moneda, y otro obrero que golpea sobre el cuño superior hasta dejar bien impresa la marca. Acuñadas en esta forma tenemos monedas de Mileto, de Sardis, Teos, Focea y otras ciudades de Lidia; Egina Samos, Abidos y algunas otras de la Grecia continental. Resulta, pues, que siempre que encontramos una moneda globulosa que por un lado tiene en relieve un tipo venerado por los antiguos, y por otro un cuadrado incuso, pertenece sin duda á la infancia del arte monetario. Más tarde el cuadrado incuso se divide en compartimientos, siguiendo en lo demás los mismos procedimientos, lo cual constituyó otro paso en favor del progreso del arte.

Llegado que hubo la moneda á este punto, los artistas se apoderaron de ella en provecho del arte, y discurrieron grabar

una figura en la especie de pivote ó prominencia del cuño inferior; y así, en efecto, lo hicieron, como puede comprobarse observando algunas monedas antiguas que llevan dentro del cuadrado incuso, ora figuras, ora letras en pequeños relieves.

Corto era ya el paso que se necesitaba dar para que la moneda llegase á un grado más perfecto. La época no podía ser más favorable para conseguirlo.

Era el siglo de oro de la Grecia, región que, bajo la sabia dirección de Pericles, adquiere el más alto grado de prosperidad en todos los ramos del saber y del sentir. El sentimiento por lo bello inunda el espíritu helénico como creciente avenida, y así como ahora, al terminar una fiesta solemne de la Iglesia, cuantos están en el templo no pueden menos de aspirar con afán ese especial perfume de algo ultraterreno que les invade, así los griegos del siglo de Pericles, al verse anegados por el subido perfume de las glorias de su patria en el grandioso templo que les brinda una naturaleza llena de atractivos, no sólo aspiran con afán el sentimiento por lo bello, sino que se dejan vencer por él y se embriagan con el placer que la belleza proporciona.

Un pueblo de estas cualidades, que celebra certámenes públicos para premiar á la mayor beldad en varones y en mujeres; un pueblo que perdona y concede libertad á sus prisioneros, sólo porque les oye recitar versos de Eurípides; un pueblo cuyos supremos jueces absuelven á Friné por sólo el descargo de ser hermosa; un pueblo que ante la escultura llamada «Vaca de Miron» escribe: «Llévate, pastor, á pacer lejos de aquí la vacada, para que no se vaya con las otras la Vaca de Miron»; un pueblo, en fin, que vive respirando el mismo ambiente que los artistas Fidias, Zeusis, Scopas y Praxiteles; el mismo ambiente que los reyes Amintas, Filipos y Alejandro, y el mismo de los sabios Sócrates y Aristóteles, Sófocles y Herodotos; ese pueblo no puede menos de arrancar de toda obra de arte cualquier detalle que no responda al alto ideal de lo bello y de lo grande, en que forjan las ilusiones de toda su vida.

¿Podría este pueblo consentir algo que no fuera bello en una cosa que, como la moneda, debería tener de continuo ante su vista? Indudablemente que no. El lado de las monedas que antes se veía vacío y como sin vida, era un campo fértil para su afán, y le explotaron grabando en él relieves dignos de su entusiasmo y de su cultura.

En el siglo IV antes de Jesucristo, el arte monetario salió definitivamente de su infancia y se colocó á la altura que quizá, y sin quizá, no ha vuelto á alcanzar después. Las monedas griegas expuestas en el salón de Numismática de nuestro Museo Arqueológico Nacional probarán mejor que las palabras esta verdad que acabo de exponer.

El modo de fabricar monedas en esta época está manifiesto en bastantes monumentos de la antigüedad. Las monedas de la República romana pertenecientes á la familia Carisia, las de Pestum y otras del tiempo de Nerón, representan datos importantes relativos á la acuñación de monedas; pero donde más á lo vivo se enseña el arte de acuñar en la antigüedad es en una pintura mural, descubierta en el año 1895 al remover las ruinas de la suntuosa casa de Vetii, la cual, simbólicamente, representa diferentes operaciones.

En uno de los cuatro cuadros que la componen, se ve á un amorcillo, sentado en una banqueta sin respaldo, con los pies apoyados en una tarima, teniendo delante un yunque, sobre el cual trabaja, valiéndose de un martillo y unas tenacillas, en preparar el flan, redondeándole y dándole el exacto peso que ha de llevar la moneda que ha de formar el cuño. Delante de él hay un soporte con dos balanzas y diferentes monedas.

El otro cuadro inmediato representa dos amorcillos alados, uno á cada lado de un horno que tiene dos bocas. El amorcillo de la parte posterior atiza el fuego con ayuda de una especie de fuelles, y el de la parte anterior tiene sostenido por unas tenazas y sobre el fuego un cospel destinado á la acuñación, del que quita la ceniza y escorias por medio de un soplete.

En el cuadro tercero, un amorcillo, que está de pie, pesa en una balanza que tiene en la diestra, quizás las monedas ya acuñadas, quizás el flan antes de someterle al fuego. Este peso es presenciado por una matrona vestida con túnica talar, matrona que debe representar la equidad.

El cuarto cuadro figura otros dos amorcillos, de los cuales, el uno sostiene con unas tenazas la moneda, sobre la cual el otro se prepara á dar un golpe de martillo. El yunque sobre que trabajan tiene al lado otro más pequeño, y sobre la base que les sostiene se ven un martillo y unas tenazas.

No hace falta más explicación para entender con sólo esta pintura las diferentes operaciones de la acuñación.

No está expresado en ella si el flan ó cospel era preparado en frío ó por medio de la fusión; pero atendiendo á la forma globulosa de las monedas antiguas, todos están conformes en que este flan era fundido antes, con objeto de darle peso y figura exactos.

Más sencilla y de menos gastos hubiera sido la fabricación de monedas vaciando el metal fundido en moldes preparados al efecto; pero este método se prestaba más á la falsificación, y no fue adoptado por los antiguos sino en casos muy raros.

Digo en casos raros, porque le usaron casi exclusivamente para las grandes piezas, como los bronce de Olbia y de la Italia central primitiva, para el *aes grave* de los romanos y pocos más. Dicen que la fundición del bronce fue inventada en Samos por Rhoecos y Teodoros hacia el siglo VII antes de nuestra Era.

De todos modos, es indudable que los griegos acuñaron á golpe de martillo, no sólo monedas pequeñas, sino también algunas de grandes dimensiones, como las *pentecontaliras* de Siracusa, los *dodecadrachmas* de Atenas, la enorme pieza de veinte *stateras* de Eucratide, y otras. Si en la antigüedad se encuentran monedas debidas sólo á la fundición, pueden considerarse como casos excepcionales, y de ningún modo se debe deducir que el procedimiento de la fundición para las mone-

das fue más antiguo que el de la percusión; error en que hasta hace poco estuvieron los numismáticos.

Ocioso sería hoy explicar el modo de fabricar las monedas por sólo el procedimiento de la fusión, pues hasta los niños saben el método que se sigue para la producción de los objetos que llamamos vulgarmente «de metal fundido». Concretándonos al uso de este procedimiento, interesa el saber que además de algunas grandes piezas de la antigüedad, se hicieron por este método las monedas de *potín* (aleación de cobre amarillo y de cobre rojo), que por su poca ductilidad era más á propósito para la fusión que para la percusión. Usaron también este procedimiento para algunas monedas de billón, especialmente desde la creación de los Antoninianos en Roma, en cuyo tiempo las provincias romanas casi exclusivamente tuvieron, en vez de monedas de plata, monedas de billón fabricadas en moldes de tierra cocida, como lo prueba el gran número de estos moldes que se encuentran en Francia, Inglaterra, Suiza y en otras regiones que estuvieron sujetas al dominio del Imperio romano. En Italia no sucedió lo mismo. Teodosio prohibió el método de la fusión para la moneda (1). Durante la Edad Media cayó en desuso, y si en el siglo xv se volvió á poner en práctica, fue exclusivamente para las medallas. Desde mediados del siglo xvii, solamente para casos muy excepcionales se empleó el método de la fusión para los objetos que pertenecen á la numismática.

No cuento entre estos casos excepcionales las emisiones que los falsificadores han hecho correr por el mundo: el método de la fusión ha sido el preferido por ellos, como no podía menos, dado lo económico y breve que resulta el negocio por este procedimiento. Basta un atento examen de la pieza numismática para saber si es fundida; pues siempre tiene algún vestigio del procedimiento, ya en el contorno, por la rebaba del metal ó los toques de la lima, ya en las superficies grani-

(1) *Cod. Teot.*, leyes 326, 356 y 371.

llosas y desiguales, ya en el espesor del cospel, siempre más grueso y globuloso que las acuñadas con el mismo tipo.

Con varias monedas antiguas y del mismo tipo á la vista, se puede asimismo apreciar si son ó no acuñadas á golpe del martillo, pues es raro encontrar más de tres que sean exactamente iguales. En las monedas griegas, que es donde más se nota esto, se puede estudiar la cuestión del material empleado para los cuños matrices, que debieran ser de bronce ó de hierro dulce, y así, para cada diez ó doce monedas que con ellos se acuñasen, necesitarían rehacerlos ó sustituirlos por otros iguales, pero difícilmente idénticos.

Durante la Edad Media continuó la acuñación á martillo como en los tiempos antiguos, si bien con algunas reformas: las tenazas se suprimen, pues siendo su único objeto el de coger el cospel recién salido del horno y ponerle sobre el cuño, una vez que se empieza á acuñar en frío, la tenaza se hace innecesaria, y se sabe de cierto que, por lo menos desde la época de Constantino, la acuñación se hacía en frío; hecho que da á entender que los cuños, en vez de ser de bronce ó de hierro dulce, eran de hierro templado; pues de otro modo, hubieran precisado tantos cuños como monedas.

Sostiene el Duque de Luynes que con un solo cuño de bronce se pueden obtener hasta cincuenta pruebas monetarias de buen aspecto, fijándose para hacer esta afirmación en varias monedas siracusanas que son idénticas. No creo bastante prueba la que aduce para sentar este principio; pues no es imposible encontrar un artista muy hábil que haga tres ó cuatro cuños de idéntica forma, ni tampoco que en alguna ocasión empleasen para los cuños el acero en vez del hierro dulce ó el bronce, en atención á que el acero ya se conocía en la antigüedad, y de ello nos da idea Aristóteles (1) al decir que acero es el «hierro purificado». Si se ha dicho que los cuños de acero se usaron por lo menos desde tiempos de Constantino, entiéndase-

(1) *Meteor.*, IV, 6.

se que se habla de la generalización de tal medio, no excluyendo que antes se usasen en algún caso particular; pues ante esta afirmación, nos acusarían de mentira los siete cuños en acero hallados en 1863, pertenecientes á los emperadores Tiberio, Calígula y Claudio. Sostienen algunos que para el grabado de las letras y marcas de las monedas antiguas se valían de punzones sueltos; fijándose para decir esto, en la confusión de letras de algunas leyendas, en las cuales se encuentran unas correspondientes á distintos alfabetos, otras invertidas, etc., etc.; algún fundamento racional tienen los que así discurren; mas no veo tampoco dificultad en creer que el artista que hiciera el cuño se olvidase alguna vez de que debía hacer la letra invertida; de que cambiara una letra latina por una griega, especialmente en territorios griegos en que dominaban los romanos, ni que cometiese otras faltas parecidas, por aquello de que: *quandoque bonus dormitat Homerus*.

Hasta principios del siglo xvi no se hizo verdadera revolución en el arte de la acuñación de monedas por medio de las máquinas inventadas por los alemanes para este objeto. El paso era de suma trascendencia, y para aprovecharse de sus ventajas, mandó Enrique II de Francia, en 1550, á Olivier que estudiase el invento, haciéndole que se trasladase al reino vecino. Agustín Olivier cumplió la orden del Rey con prodigioso celo, pues no sólo aprendió lo que había visto, sino que construyó un aparato del mismo sistema, pero perfeccionándole en muchas cosas.

Aceptado por el Rey, instalóse el nuevo invento cerca de Louvre y en un edificio levantado sobre unos antiguos molinos, de los cuales, á pesar de ser sólo ruinas, tomó nombre el nuevo sistema, que los franceses llamaron *monnaie à moulin*, y los españoles acuñación de molinos.

Y se conoce que los franceses de entonces no eran tan dados á la novedad como los de ahora, pues los señores que componían la Cámara de la moneda se opusieron tan tenazmente

al invento, que poco tiempo después de ensayado, se abandonó el sistema, volviendo á establecerse en 1585 la acuñación á martillo.

El mecanismo de la máquina consistía, en su esencia, en dos cilindros sobrepuestos, perfectamente ajustados y correspondientes, de los cuales el uno llevaba grabado el anverso y el otro el reverso; introducida entre ellos la lámina de metal, y girando simultáneamente y en sentido inverso, ejercían la suficiente presión para marcar el relieve en la moneda. Fijándose en este método de acuñación, se comprende el por qué ciertas monedas de esa época están algo abarquilladas.

Este procedimiento, que también se llamó «á cilindro», se usó en España durante el siglo xvii y parte del xviii. Lo que no he podido averiguar es si la fuerza motora de esos cilindros era á brazo, ó por medio del agua, ó debida á otra causa; me inclino á creer que utilizasen el agua, y, en tal caso, el nombre de acuñación á molino no sería tan caprichosa como á primera vista parece.

Nicolás Briot hizo reformas verdaderamente notables en las máquinas de Olivier, hasta el punto que se le considera como verdadero inventor del volante. La Cámara de la moneda, enfrascada en su antigua aversión al progreso monetario, extendió con su tenacidad la patente de genio al inventor que, arruinado, disgustado y perseguido, fué, como otro Colón, á buscar fuera de su patria recursos que la suya habíale negado.

Inglaterra supo aprovechar las ventajas que Briot la ofrecía, y con menos coste, mayor rapidez y más perfección, pudo obtener las bellísimas piezas de fines del reinado de Carlos I y las de la República, que la máquina de Briot producía en abundancia.

Juan Warin, más feliz en Francia que Briot, consiguió ver definitivamente prohibida la acuñación á martillo en el año 1645; pero la testaruda Cámara, ya que no pudo resistir el empuje del progreso, dió los últimos estertores de su tenaci-

dad, consintiendo la máquina, á condición de que no se instalase en el Louvre, allí donde Olivier les dió ocasión de probar que no sólo en España hay aragoneses.

Todavía en 1685 el canto de la moneda no llevaba adorno alguno, y, por consiguiente, se prestaba á que se la cercenase, haciéndola perder con el peso el valor; y para remediar esta falta, el ingeniero Castaing inventó una máquina, por medio de la cual quedaba grabado en el borde de la moneda un cordoncillo, que impedía fraudulentos cercenes. Esta reforma, que después se ha extendido á todo el mundo, se adoptó en Francia en 1690.

Un siglo después, Drozz inventó la virola, mediante la cual, el canto de la moneda quedaba grabado al mismo tiempo que las superficies.

Los progresos sucesivos en el arte monetario están patentes en nuestros días, y, por ende, no es necesario extenderse en detalles, que suelen ser agradables en presencia de las máquinas, pero enojosos cuando se les hace entrar en el cerebro á fuerza de tinta.

Al recorrer los orígenes y progresos del arte monetario, he omitido algunos datos, que no afectan á la esencia del asunto, como, por ejemplo, el modo de fabricar las monedas serradas *nummi serrati*, las bracteadas, scifatas, etc., á fin de evitar cuestiones que distraerían del asunto principal, y omití también, exprofeso, el tratar de la invención y fabricación de las monedas chinas, porque la China es una excepción única en todas las cuestiones que afectan á las demás partes del mundo. En su extravagante aislamiento, se ha creado su forma particular de monedas, sin atenerse á lo que se hacía en el resto del mundo. Ellas necesitan un tratado aparte y exclusivo. Aunque por la Geografía estamos seguros de que la China está enclavada en la Tierra que nosotros habitamos, al leer sus costumbres y sus tradiciones, parece que leemos cosas de los habitantes de otro planeta; por esto le cuadra tan perfectamente á Flammarión el tratar de cosas de la China.

Por mi parte, confieso ingenuamente que me hizo sonreír con gesto de satisfacción numismática, el hecho de encontrar en la obra que el célebre astrónomo titula *Historia del cielo*, un capítulo que encabeza con estas palabras: «Monedas astronómicas de la China.»

IGNACIO CALVO

CRÓNICA LITERARIA

De la influencia de los escritores extranjeros en la literatura española contemporánea.

La fortuna del Ateneo científico y literario de Madrid ha corrido parejas con la que alcanzaba entre nosotros la oratoria. Fue el Ateneo, cuando aquélla dominaba, uno de nuestros principales instrumentos y centros de cultura; mas luego, el hastío y cansancio del público de tanto derroche, por lo común estéril, de elocuencia, la menor afición á las discusiones académicas y el desarrollo de la prensa periódica, que va relegando á puesto subalterno las demás tribunas, han ido reduciendo la importancia de aquella sociedad y de las que con ella compartieron el papel, ciertamente brillante, que en gran parte del siglo pasado desempeñó en la difusión de las ideas.

Alguna vida ha recobrado, con todo, el Ateneo en estos últimos años, ya con las cátedras de estudios superiores en él establecidas, ya con la discusión de varios problemas literarios, á la cual ha llevado últimamente el elemento joven de aquella sociedad gran dosis de calor y entusiasmo. Uno de los temas discutidos, y por cierto dándole el moderno sentido de información, ha sido el de si influyen más en los intelectuales españoles contemporáneos los autores extranjeros que los nacionales.

Aunque la cuestión de hecho que envuelve este tema, iniciado con oportunidad por el joven literato Sr. Ortega y Gasset,

no sea en verdad obscura, el asunto es digno de estudio, pues andan las opiniones muy divididas, si no acerca del fenómeno en sí, ya que muy pocos negarán la preponderante influencia extranjera, respecto á sus causas, á sus consecuencias y á la calificación que merece.

No desentonará, pues, del carácter de estas crónicas, que no se ciñen á la actualidad bibliográfica, el que consagre la presente á decir algo de lo que se me alcanza acerca del tema discutido en el Ateneo.

A mi parecer, es indudable que influyen mucho más sobre los intelectuales españoles contemporáneos los escritores extranjeros que los nacionales antiguos y modernos. Al decir intelectuales, tomo la palabra en el sentido que de ordinario se le da, y que aproximadamente es el de personas que están al corriente del movimiento de las ideas generales y toman alguna parte en él, ya en la literatura, ya en las ciencias del espíritu.

Esa influencia preponderante supone dos hechos: lectura más frecuente de los escritores extranjeros, asimilación mayor de las ideas, y procedimientos artísticos que suelen emplear ellos.

Del primero dan testimonio el movimiento bibliográfico y el comercio de librería. Abundan cada vez más las traducciones de obras literarias y filosóficas extranjeras, sin contar con que muchas son leídas en España en su idioma original ó traducidas al francés, si no fueron escritas primitivamente en esta lengua. En algunas ramas del saber, como la Filosofía, el Derecho y, en general, las ciencias llamadas morales y políticas, casi todo cuanto se publica y se lee de alguna importancia es extranjero. Bibliotecas enteras, compuestas de larga serie de volúmenes, como la de Jurisprudencia, Filosofía é Historia, de LA ESPAÑA MODERNA, la Científica Filosófica y otras varias, se nutren casi exclusivamente de libros extranjeros; y si alguna, como la Biblioteca de Filosofía y Sociología de Rodríguez Serra, ha querido que alternen con los

extraños algunos autores españoles, ha tenido que buscarlos antiguos, como Baltasar Gracián, ó aun sacarlos de entre los judíos que moraron en España, pero que sólo geográficamente fueron españoles.

En las obras de literatura recreativa pasa otro tanto. Son contadísimos los autores españoles modernos cuyas obras circulan tanto como las traducciones de los escritores extranjeros de fama. Y en cuanto á los literatos antiguos españoles, se quedan mucho más atrás en punto á difusión. Basta considerar cuán pocas ediciones nuevas se hacen de nuestros clásicos (y casi todas ediciones eruditas); cómo no se han hecho, después de la Biblioteca de Rivadeneyra, más que colecciones dedicadas á un reducido número de bibliófilos, y cómo no hay una verdadera biblioteca popular de estos autores, pues hasta en la *Biblioteca Universal* (calcada sobre el modelo de la francesa) alternan con los extranjeros y con los españoles modernos, y la Biblioteca clásica no es una colección española, sino de clásicos de todos los tiempos y países.

El segundo de los hechos citados, la mayor asimilación de las ideas y procedimientos artísticos de los escritores extranjeros, se refleja con toda claridad en el pensamiento y el estilo de nuestros escritores jóvenes. Ni las ideas de éstos, ni los problemas psíquicos que les interesan, proceden de la antigua mentalidad española; en vano buscaríamos sus orígenes entre nuestros místicos, teólogos y juristas, ni en nuestros dramaturgos y noveladores de antaño, que á menudo filosofan sobre la vida práctica, cuyas representaciones sacaron al teatro ó pusieron en la novela. Siguiendo la huella de esas ideas para inquirir sus fuentes, adonde nos llevan es á la filosofía moderna, á las controversias sociales de actualidad, á los nuevos problemas jurídicos, de todo lo cual apenas somos más que espectadores y testigos, pues hace tiempo que no engendramos los españoles, no ya sistemas, pero ni aun apenas ideas sueltas originales referentes á estas materias, y cuanto producimos es mera imitación. Y esto no es exclusivamente de ahora; pues,

dicho sea de pasada, hemos sido siempre pobres en filósofos.

Aun después de recordar los más insignes nombres de nuestra tradición filosófica, San Isidoro, Raimundo Lulio, Luis Vives, Fox Morcillo, Gómez Pereira, Francisco Vitoria, Melchor Cano, Domingo Soto, Francisco Suárez, y tantos otros como comúnmente se citan, todavía resulta temeraria la afirmación de que haya habido entre los españoles un solo filósofo de los grandes, de los que crean escuela duradera y fundan sistema influyente en la historia de las ideas.

En el estilo adviértese también la preponderante influencia de los escritores extranjeros, y el ser escasa ó nula la de nuestros antiguos clásicos. No se da el caso de que haya que reprender por arcaísmo á nuestros escritores modernos. Oid á los cancerberos del idioma, y no les oiréis hablar más que de galicismo, galiparla, de que esto es francés puro y estotro no está en castellano, y aun á lo mejor les ocurre á ellos mismos incurrir en tan general pecado, que por su misma generalidad dice mucho y revela el continuo trato espiritual con extranjeros, y especialmente con franceses, cuando de tal manera tenemos pegados á la mente, y con tanta facilidad se nos vienen á la lengua, las formas y giros de su idioma.

Expuesto ya el hecho, antes de pasar al examen de sus causas importa calificarle, apreciar con serenidad la índole de ese fenómeno, para ver si es efectivamente un mal, como muchos piensan. Porque es sabido que siempre que se trata de esta ú otras influencias extranjeras, oímos lamentaciones y voces de alarma que revelan un vivísimo temor de que pudiéramos desnaturalizarnos ó descastarnos. Mas ese mismo temor acredita que está muy vivo el sentimiento exclusivista de la casta; y si se considera la cuestión con calma, fácilmente se advertirá que el carácter nacional es producto de una serie de circunstancias de larga y constante acción, históricas unas, geográficas y étnicas otras; todas las cuales, obrando de consuno, crean una fortísima herencia, que no se limita á la superficie intelectual, sino que penetra en lo hondo, en lo incons-

ciente, y crea hábitos, instintos, aficiones. De donde se sigue que es en extremo remoto el peligro de que un pueblo pierda su carácter propio. Las influencias de la ajena cultura suelen ser de índole supletoria, es decir, que no destruyen producciones espontáneas del ingenio castizo, sino por falta de ellas ocupan el lugar que ha quedado vacante y las suplen, remediando la penuria que aquella falta produce.

No se trata tampoco de un fenómeno exclusivamente español. Puede ser entre nosotros más acentuada por las causas que luego diré ó por otras que á mí no se me alcancen, pero responde á un estado general de cosas. A despecho de todos los nacionalismos habidos y por haber, cada vez van siendo más cosmopolitas el arte y la ciencia, porque cada vez se va ensanchando más el horizonte intelectual del hombre, y va aumentando su capacidad para comprender los problemas del mundo y gustar aspectos de la belleza. Bien cerca y bien elocuente tenemos el ejemplo. ¿Qué nación habrá más fatua y pagada de sí misma, más ufana de su discutible superioridad intelectual y artística, de su vanidosa pretensión de ejercer de cerebro de Europa y de moderna Atenas, que Francia? Pues en Francia influyen tanto ó más que sus propios escritores antiguos y modernos, con haber sido tan brillante para la literatura y el pensamiento franceses el siglo XIX (que vino, por cierto, después de otros dos siglos gloriosos también para nuestros vecinos), los escritores de todas partes, suecos, noruegos, rusos, italianos, hasta alemanes é ingleses, no obstante la tradicional enemiga con el prusiano y el inglés. París se complace en hacer el reclamo á todos esos forasteros, en lanzarlos por el mundo, en darles cartel; de suerte que, aplicando un símil taurino que no pega mal, puesto que en España estamos, podría decirse que es allí donde se da la alternativa á los escritores y artistas, cuya fama corre luego por el resto del mundo latino.

La tendencia de la literatura moderna ayuda á ese cosmopolitismo. Priva hoy la literatura de ideas, y así como el lenguaje es un elemento diferencial, las ideas son moneda común

que por todas las tierras circula, sin que nadie las rechace por llevar cuño extranjero. Cuando predominaban en la educación literaria las humanidades, era natural que prevaleciese el casticismo. A griegos y romanos se les solía admirar y estudiar, principalmente desde el punto de vista filológico y retórico, atendiendo á la perfección del lenguaje, y así fue mayor mérito, en algún tiempo, escribir en latín ciceroniano, aunque fuese fruslerías, que decir en romance á en bajo latín cosas de substancia. Luego, cuando ya el cultivo de las lenguas sabias fué quedando reducido á una curiosidad arqueológica de eruditos, y perdió el latín el carácter de idioma universal de la ciencia, todavía subsistió, aunque aplicado á las nuevas lenguas nacionales, aquel mismo punto de vista filológico y retórico, que atendía con señalada preferencia al primor y pulcritud de la frase, y que necesariamente había de ejercer una influencia conservadora y ser á modo de muralla que dificultase el acceso de los extranjeros productos del ingenio, que se presentaran con los arreos bárbaros de un idioma extraño en que muy pocos, aunque le entendieran, podrían apreciar debidamente aquella perfección filológica que en tanta estima se tenía.

El lenguaje separa, las ideas unen, ó si no unen no establecen distinciones. Por eso la literatura formal, basada en las humanidades, favorecía el culto de lo castizo; y en cambio, la literatura de fondo, de ideas, es cosmopolita, librecambista; no se presta á aduanas intelectuales.

Es, pues, un fenómeno general el de esa influencia extranjera. El más ó el menos es lo particular de cada pueblo. Pero ¿es un mal? No. ¿Ni siquiera cuando acusa cierta absorción del pensamiento indígena, como sucede entre nosotros? Tampoco en este caso puede decirse que sea un mal en sí, sino más bien la consecuencia de un mal, de una inferioridad relativa, de cierta escasez y pobreza en la producción intelectual, ó de haber pasado el tiempo de nuestras castizas y genuinas producciones. No es un mal el que leamos muchos li-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL

bros extranjeros, sino el que no se escriban libros españoles capaces de interesarnos más que aquéllos, ó siquiera tanto.

* * *

Entre los efectos del hecho que venimos examinando, el más temido es la corrupción del idioma. Como el idioma es el alma del pueblo, cristalizada en conceptos y palabras, nos tira mucho, y hasta los que son revolucionarios en otras cosas suelen ser en ésta conservadores. ¡Revolucionar la gramática ó el diccionario!, se dice con sorna, como si se tratara de una sandez ó una locura. Por obra de un individuo no se hacen estas revoluciones en lenguas ya formadas; pero por obra de muchos, letrados é ignorantes, están las lenguas en lenta evolución mientras viven, y ¡ay de ellas cuando dejan de mudar! No es el uso de los doctos ni el de los buenos escritores, como quieren las Academias, el que fija los tipos sucesivos del lenguaje, sino el uso común, el de todos, doctos é ignorantes. Históricamente, llega una lengua á su mayor grado de pureza y elegancia en un momento determinado; pero no le es dable pararse allí. No se fija el patrón del habla en cierta hora precisa, de allí para en adelante. Eso puede hacerse sólo en las lenguas muertas, que, como están muertas, no se mueven.

Por otra parte, lo que nos asusta y juzgamos enfermedad es transformación. Hay mucho de instintivo en la formación y ulteriores cambios de los idiomas, y ello guía mucho mejor á los pueblos que los reflexivos preceptos literarios. La invasión de galicismos, neologismos, etc., que á veces nos desasosiega y sobresalta, aunque parezca invasión de asoladores bárbaros, es más bien inmigración pacífica de trabajadores que, á la vuelta de dos ó tres generaciones, se habrán naturalizado y arraigado. También admitieron voces extrañas, italianismos, latinismos, grecismos, lo que imponían la moda y las lecturas de su tiempo, nuestros grandes escritores del siglo de oro, ó las inventaron nuevas cuando fue menester. Y si fuéramos á buscar la filiación á las palabras más netas que usamos, veríamos que no nacieron del suelo, como los hongos,

ni las inventaron á capricho los antiguos españoles. Unas fueron latinas y vinieron, no del elegante y noble latín de gramáticos, retóricos y patricios, sino de la jerga tosca y grosera de soldadotes y rústicos colonos, corrompida cada vez más por la plebe, hasta trocarse en otra lengua y llegar á ser romance. Aquellas otras vinieron de Arabia ó Berbería; estas nos las dieron los godos, y todas las hicimos nuestras y con ellas formamos un gran idioma, uno de los que todavía están más extendidos por el mundo y puede figurar en la batalla de las lenguas.

Pero, en cambio de este mal relativo, que no es más que un mal pasajero, que acaso conspira á un bien futuro y que es desde luego inevitable, pues por más que hiciésemos no podríamos conservar inmóvil el castellano de los siglos XVI y XVII, ¡cuántos bienes no se derivan de esa comunicación con el pensamiento extranjero! Ella templó nuestra natural intransigencia; nos va imbuyendo la tolerancia; combate nuestras ideas africanas respecto al gobierno político, á la autoridad y otras materias de interés común; nos abre los ojos para ver nuestra posición verdadera; nos recuerda que estamos en el siglo XX; nos trae noticias de la cultura y lecciones de la ciencia. ¡Pobres de nosotros si á estas alturas nos encerrásemos en nuestro caserón solariego, cerrásemos puertas y ventanas, encendiésemos el clásico velón de cuatro mecheros y nos pusiésemos á leer la incomparable prosa de Cervantes ó de Fray Luis de León, dándonos una higa de lo que pasaba por fuera!

Algo queda dicho en las palabras anteriores acerca de las causas de esa influencia extranjera de que venimos tratando. Se ha indicado el cosmopolitismo creciente de la vida intelectual, el predominio de las ideas sobre la forma lingüística en la literatura. Mas á estas causas generales hay que sumar las particulares por las cuales aquel fenómeno se ofrece entre nosotros con tan acentuados caracteres.

En cuanto se me alcanza, ese segundo orden de causas hay que buscarle en un hecho: nuestro apogeo está lejano; lo al-

canzamos en el siglo xvi y parte del xvii, y en seguida empezamos á bajar rápidamente. Después, nuestro papel en el mundo y nuestra participación en la cultura han sido subalternos. Puede pensarse, como opina, según creo, D. Juan Valera, que el siglo xix ha sido uno de los más brillantes de la literatura española; pero ni en Filosofía, ni en Ciencias sociales, hemos dado á luz nada grande en los tiempos modernos, y tampoco en Literatura hemos marcado direcciones nuevas. Para que el espíritu castizo predominara en nosotros, tendríamos que irlo á tomar de su fuente, á aquella época de pasada grandeza, y al intentarlo nos encontraríamos con la lucha de dos opuestas influencias: la del tiempo en que vivimos y la de la casta. No nos arrepintamos de que predomine la primera, pues sólo en pueblos inmóviles y aislados del movimiento universal es más fuerte el espíritu de su casta ó de su civilización especial que el del ambiente contemporáneo. Un chino actual es más prójimo de un chino de la época de Confucio que de un inglés moderno; pero nosotros somos más prójimos de nuestros contemporáneos de otras naciones que de los españoles de hace siglos, y damos con ello fe de vida.

Para terminar diré dos palabras acerca de la aplicación práctica de todo esto, de la cuestión de los remedios. Desde mi punto de vista se impone una advertencia previa. No considerando como un mal esa influencia extranjera, no puede haber lugar á la discusión de remedios contra ella. Hay que plantear la cuestión en otra forma. Los remedios no hay que buscarlos para evitar esa influencia que es trato espiritual y comercio de cultura, sino para otra cosa diferente: para el olvido ó menosprecio de nuestra tradición literaria, cuya estimación es compatible con el aprecio y el estudio de lo que fuera de nuestra casa se piensa.

Ese olvido y desdén son mayores todavía de lo que se cree. Hay muchos que ignoran nuestros clásicos; otros á quienes aburren, aunque sea rara la franqueza de confesarlo, y no pocos que los admiran de boquilla, con segunda intención, por

motivos políticos ó religiosos, que les aconsejan alabar lo pasado y abominar de lo presente. El remedio de ello, el camino para reanudar el trato interrumpido con la España vieja, en lo que tenía de grande y duradero, sólo en la educación podemos hallarlo. Y entre los medios educativos, creo que una edición popular económica de nuestra antigua literatura, sin largos prólogos eruditos y latosos, con sólo breves notas biográficas y bibliográficas, podría servir para despertar el gusto hacia estas lecturas. Acaso en la enseñanza de la literatura (sin que pretenda con esta indicación dar consejos á los que saben más que yo) convendría resucitar el antiguo sistema de la lección, la lectura de un texto literario comentado gramatical é históricamente en relación con su autor y su época, explicando las cuestiones literarias, filológicas y aun sociales, políticas, filosóficas, etc., que casi siempre suscita un texto literario de importancia. La historia literaria, sin textos, reducida á una enumeración de autores, á contar brevemente el argumento de las obras y á emitir juicios acerca de ellas, que para el que no ha estudiado los textos son juicios *à priori* sin valor alguno, es como una cáscara de nuez sin nada dentro.

En resumen: la influencia de los escritores extranjeros en el pensamiento español contemporáneo, me parece mayor que la de los nacionales; creo que esto obedece, en parte, á nuestra inferioridad actual y á lo lejano de nuestro período de florecimiento, y en parte á causas generales, como el cosmopolitismo creciente de las letras. No lo juzgo un mal en sí, puesto que nos hace participar de la cultura moderna; y para el mal relativo que acompaña á ese hecho, ó sea el olvido de nuestra tradición literaria, no veo más remedio que los que pueda ofrecer la educación, despertando el sentido histórico; pero esta medicina hay que administrarla con discreción, pues el remedio sería peor que la enfermedad si, al volver los ojos á lo pasado, nos quedásemos parados, de espaldas al progreso, convertidos en estatua, como la mujer de Lot.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: Goethe y Nietzsche.—ESTÉTICA: Clasicismo y academismo.—SOCIALÍSTICA: Divergencias políticas del socialismo.—PSICOLOGÍA ZOOLOGICA: La aritmética de los animales.—BIOLOGÍA: Animales melómanos.—COSTUMBRES: La vida de las mujeres en los Estados Unidos.—INSTRUCCIÓN PÚBLICA: Estadística comparada de la instrucción primaria.—PSICOFÍSICA: La sugestión.—IMPRESIONES Y NOTAS: La evolución.—Los colores y los insectos.—El reloj más admirable.—¿Desaparecen los americanos?

LITERATURA

GOETHE Y NIETZSCHE.—Nietzsche—dice Emilio Faguet en *La Revue*—debe mucho á todos aquellos de quienes se burla, Kant, Schopenhauer y Hartmann; pero debe todavía más á dos hombres de quienes no se burla: Corneille y Goethe. Dejando para otro día el estudio de la influencia de Corneille, veamos la de Goethe.

El egoísmo, egotismo ó egocentrismo de Goethe, egoísmo sereno y olímpico, ha impresionado indudablemente la imaginación de Nietzsche. Aquel egoísmo era innato, heredado y tradicional. La madre de Goethe se negaba á escuchar relatos de desgracias, y Goethe no consentía en ver á sus amigos muertos, ni á su nuera, herida en el rostro, alejando de sí cuanto recordaba la muerte ó podía sugerir la idea de morir. «Creo en verdad—decía Schiller—que Goethe es un egoísta extraordinario: posee el talento de cautivar á las gentes; pero sabe siempre conservar su independendencia, manifestando su existencia por medio de beneficios, *al modo de Dios*, sin entregarse él mismo.»

Goethe decía, hablando con Eckermann: «Yo he considera-

do á cada hombre como un individuo que no depende más que de sí mismo», añadiendo: «La más alta felicidad, el bien más querido es la personalidad; al pueblo no se le deben más que los resultados.» Decía también: «Se hace siempre bien guardándose uno las ideas para sí mismo, sin mostrar más que lo necesario de ellas, para darnos alguna ventaja sobre los demás.» En una carta á Boisserée dice, á lo olímpico, completamente al modo de Chateaubriand: «Sobre muchas cosas no puedo hablar más que con Dios.»

Este egoísmo tiene un carácter especial: de él al altruísmo no hay más que un paso, siquiera sea estrechísimo. Hablando con Eckermann de la propiedad, decía claramente: «El hombre debe mantener enérgicamente su propiedad, sea la que quiera; debe hacerse centro de donde pueda derivar la comunidad; es preciso que ahorre para poder gastar; *es preciso que sea egoísta para no llegar á serlo.*»

Hasta reconocía que, aun siendo preciso defender su personalidad, no hay que creer mucho en ella, debiendo como debemos tanto de lo que somos á los demás. «En el fondo—decía—todos somos seres colectivos, cualquier cosa que hagamos ó digamos; el mayor genio no podría ir muy lejos si tuviera que sacarlo todo de su propio fondo.»

Este egoísmo templado, profundo y abierto es el egoísmo de Wolfgang Goethe, que sabe ser dos cosas: detrás, lo que la más fuerte personalidad debe á los demás; y delante, aquello para que puede servir á los demás un egoísmo racional é inteligente. Es exactamente el egoísmo de Nietzsche, el que Nietzsche aconsejó, predicó y teorizó.

El fondo de Nietzsche es el respeto y el amor al derecho de la fuerza. El hombre fuerte debe cultivar su fuerza sin admitir que haya nada que se oponga á ella y la paralice. Se haría traición á sí mismo dejándose engañar tontamente por la moral, la filantropía ó la caridad. El egoísmo, que en el débil es un derecho, en el fuerte es un deber. El débil, además, tiene el deber de no morir, y, por consiguiente, de ser egoísta;

el fuerte tiene el derecho de conservar su fuerza sin dejarla disolver por la acción corrosiva de la piedad, de la ternura y de la caridad humana, porque esa fuerza es una aspiración de la naturaleza y ha sido creada para mandar, dirigir, empujar y guiar á la humanidad. Hacer otra cosa sería lo mismo que si un buen mozo se cortara las piernas por compasión á los cojos.

Lo que mantiene el derecho y realiza el deber de la fuerza es el egoísmo. El egoísmo es una virtud: virtud intelectual, porque así se comprende lo que es la fuerza; virtud moral, porque sólo así puede el egoísta cumplir su misión social y humana. La bondad es el lujo de los hombres fuertes, cierto; pero no debe ser más que lujo.

Tal es la doctrina general de Nietzsche, sin examinarla ni menos discutirla, pues no se trata de eso, sino de mostrar que se hallaba contenida en germen en Goethe, y que si Nietzsche ha podido sacar las raíces de esa doctrina de la antigüedad griega, y si la guerra franco-prusiana y la embriaguez del derecho de la fuerza en el pueblo alemán han podido contribuir mucho á su formación en el espíritu de Nietzsche, es muy probable que éste ha bebido en las obras de Goethe el principio y el alma de su famosa doctrina.

ESTÉTICA

CLASICISMO Y ACADEMISMO.—Estos dos términos, empleados indiferentemente en el uso corriente, designan—según dice en la *Revue Bleue* Camilo Mauclair—dos órdenes de ideas perfectamente desemejantes. La historia de la pintura moderna, especialmente desde 1865, es la de la lucha entre los pintores de escuela y los independientes. La Escuela ó la Academia pasa por ser la guardadora fiel del clasicismo. El academismo tiene interés en hacerse pasar por el indispensable conservador del clasicismo; pero los independientes tienen interés á su vez en probar que al atacar á la Academia no atacan más que á una

parodia de clasicismo, en nombre precisamente del clasicismo verdadero. De ahí la importancia de esta distinción entre clasicismo y academismo.

¿Qué es el clasicismo? ¿Es lo que conviene al genio de una raza, ó lo que en todo tiempo significa la belleza? La primera fórmula es precisa, la segunda vaga. Lo bello evoluciona y se alimenta de su evolución, que determina la de los estilos y las visiones individuales. Belleza y fealdad son términos de sentido variable; una «belleza en sí» es una idea pura, desencarnada; si alguien, los griegos por ejemplo, la hubieran encarnado, no habría más posibilidad de llegar á esa belleza que por medio de la copia; eso sería la apoteosis del plagio.

Pero esa precisamente es la definición del clasicismo: los griegos encontraron las leyes de la belleza, y una vez perdidas, el Renacimiento las volvió á encontrar; ahí está la salvación, y todo lo demás es error puro. Dejando, sin embargo, á un lado este modo de ver las cosas, y admitiendo las necesidades de la evolución, ¿no es el clasicismo sencillamente «el conjunto de las referencias al genio distintivo de una raza?» Esto ya se comprende mejor, siendo así posible todo un panteón estético, donde cada cual elige su dios; así puede amarse á Fidias y á Velázquez, á Bach y á Schumann sin remordimiento ninguno.

Al dogmatismo se opone el liberalismo, y así, además, podemos representarnos claramente el clasicismo nacional. Una belleza idéntica para los suecos y los italianos, para los vieneses y los españoles, parece algo obscuro y reñido con la misma naturaleza. Que haya en el fondo de toda hermosa obra de arte un conjunto secreto de leyes observadas, se concibe perfectamente; pero que de ellas se pueda extraer un código internacional cuya observancia nos permitirá producir belleza, eso es absurdo. Los franceses han sentido la emoción estética contenida en los griegos é italianos; pero no la han copiado, la han afrancesado. Ese es el clasicismo natural, opuesto al clasicismo dogmático.

Por otra parte, la teoría que afirma que lo bello ha sido formulado de una vez para siempre, niega la evolución, y, por consiguiente, la expresión y el carácter, que son los modos de variabilidad de la belleza, y con ellos todo lo que refleje un tiempo determinado de la historia. El clasicismo libre, en cambio, renueva sus asuntos, porque se inspira en la vida ambiente.

El clasicismo es, pues, el verdadero clasicismo; el academismo es el clasicismo falso. En todo país hay un academismo que tiene la pretensión de erigirse en tribunal supremo del arte. Un Rembrandt es una cosa hermosa, véase en Londres, en Moscú ó en Madrid, pero es una cosa holandesa; una mujer desnuda, según las reglas de la Escuela, es un sér abstracto, que no es de ningún país.

El ideal internacional de la Escuela se ha separado cada vez más del ideal nacional. La Escuela, por otra parte, no existe ya casi, pues sólo el espíritu de Escuela es el que se defiende y queda; los académicos más intransigentes no afirmarían ya el credo de Ingres, que fue, sin embargo, un gran pintor. Frente á la Escuela, asistimos desde 1870 á una reacción: la de los clásicos naturales. Los impresionistas no son más que espíritus franceses que vuelven á la tradición instintiva de su raza, y que tienen horror al simbolismo, al arte «noble», á la mitología, adorando la vida, el sol, los juegos de luz, el azar de las actitudes sorprendidas. Es el resultado de la emancipación completa del dogmatismo. El siglo XIX entero ha sentido esa anomalía de un cuerpo oficial que pretende ser el guardián de las tradiciones artísticas nacionales, cuando no es más que el protector de los restos del espíritu transalpino. La belleza del carácter y de la expresión ha destronado la belleza plástica de las proporciones. Y lo mismo ha sucedido en música con las recientes creaciones frente á la fría enseñanza de los Conservatorios. La Escuela no puede ya tomar la actitud de una Hipátia lapidada por sectarios; el clasicismo natural triunfa del clasicismo artificioso.

SOCIALISTICA

DIVERGENCIAS POLÍTICAS DEL SOCIALISMO.—*La Revue*, de París, ha abierto una información sobre estos tres puntos:

1.º ¿Reconocéis como fin económico del socialismo la transformación de la sociedad capitalista en un régimen en que la propiedad, colectiva para los medios de explotación, no será individual sino para los objetos de uso personal?—2.º ¿Creéis que el fin perseguido no puede alcanzarse sino por medio de una revolución violenta, ó estimáis que, aun admitiendo que pueda imponerse una revolución por circunstancias excepcionales, se puede y se debe llegar al fin por una serie de reformas legales y propicias?—3.º ¿Cuál debe ser, por consiguiente, la actitud del partido socialista, ya respecto á los partidos burgueses en las luchas electorales, ya en el Parlamento, respecto á un Ministerio que proponga reformas democráticas?

De los 21 jefes socialistas consultados (cuatro alemanes, un austriaco, un belga, dos norteamericanos, cinco franceses, dos ingleses, tres italianos, un holandés y un suizo), han respondido: Emilio Vandervelde, belga; Eugenio Debs, norteamericano; Arístides Briand y Eduardo Vaillant, franceses; Hyndman y Webb, ingleses; Colajanni y Ferri, italianos; Nieuwenhuys, holandés, y Sigg, suizo. He aquí en extracto sus respuestas:

Primera cuestión.—Debs y Nieuwenhuys responden afirmativamente, sin más explicaciones. Vaillant dice que la transformación de la sociedad capitalista es el fin evidente de la evolución social. Briand afirma lo mismo, considerando que la organización de los *trusts* es un gran paso hacia el colectivismo. Vandervelde cree que en ese punto no puede haber discrepancia alguna entre los verdaderos socialistas, desde los del programa de Erfurth hasta los del partido socialista francés. Sigg dice que el comunismo absoluto, como el individualismo absoluto, son irrealizables: al lado de la propiedad social

de los medios de producción, de transformación, de consumo, de suelo y de subsuelo, está la propiedad individual de todos los objetos de uso personal ó familiar (vestidos, alimentos, lujo individual, etc.); todo el problema se reduce á saber en qué proporción deben vivir juntas estas dos formas de propiedad; la solución es sencilla: al individuo, todo lo que puede proporcionarse por su trabajo personal; á la sociedad, el suelo y los medios de producción; toda la evolución económica nos conduce á esta socialización, no debiéndose confundir *socializar* con *estatizar*.

Enrique Ferri contesta también afirmativamente, y dice que si la propiedad individual ha llegado á su máximo y á su exceso por el régimen del capitalismo, empiezan ya á verse los progresos de la civilización en los dominios y servicios públicos, *trusts* y cooperativas que anuncian el advenimiento del régimen socialista.

Colajanni estima, como todos, deseable la sustitución del régimen actual; pero dice que sobre la realización del régimen de la propiedad colectiva surgen numerosas dudas que explican la heterodoxia que existe en el seno del socialismo, y que se acentúa en razón inversa de la compresión de los poderes públicos y directa de la difusión de las ideas socialistas.

Para Webb, el camino que hay que recorrer para llegar á la transformación de la propiedad es enorme, siendo además evidente que para muchas cosas y servicios es preferible la administración individual á la colectiva. Esta transformación, por otra parte, no es una panacea: no puede curar todos los males, ni es el único remedio para algunos de estos males.

Segunda cuestión.—Nieuwenhuys dice que el fin perseguido no puede alcanzarse por una sola revolución, sino por una serie de revoluciones ó por una revolución permanente, que ha comenzado ya, pues estamos en plena revolución.

Vaillant declara que no hay ejemplo de que una clase reinante abdique voluntariamente sus privilegios, siendo preciso arrancárselos por la violencia.

Enrique Ferri dice que las transformaciones geológicas se realizan por medio de cambios graduales, sin perjuicio de los cataclismos que á veces las precipitan, y que lo mismo sucede con las transformaciones sociales; el procedimiento normal es el de los cambios graduales, pero éste no excluye los cataclismos parciales en la vida social.

Sigg cree que la revolución violenta es necesaria. Allí, en Suiza, la libertad de reunión, *garantizada constitucionalmente*, ha sido violada multitud de veces, y al mismo Sigg, ciudadano suizo, le han impedido hablar á los obreros; la libertad de asociación, *garantizada constitucionalmente*, es violada por los patronos, que despiden á los obreros sindicados, y por los Gobiernos cantonales, que expulsan del país á los obreros extranjeros que intentan organizar profesionalmente á los suizos; *la libertad de la prensa* va á ser en seguida amordazada, habiéndose votado ya una ley para cerrar la boca á cuantos se permitan criticar la organización militar; la milicia nacional es cada vez más un ejército de clase, llegándose á preparar al soldado «para la lucha eventual contra los huelguistas»; y el mismo sufragio universal corre peligro si la burguesía se percata de que con él va perdiendo de día en día sus posiciones.

Emilio Vandervelde dice que todo depende de la conducta de las clases directoras, estando en el interés del partido socialista aprovechar para el triunfo de su causa todas las armas.

Debs no cree que sea inevitable una revolución violenta, y está en favor de un programa político que abarque todas las reformas legales racionales, aunque permaneciendo inalterablemente opuesto á toda relación con los partidos burgueses, sean los que quieran.

Colajanni no puede comprender la sustitución del régimen por medio de una revolución violenta, sólo explicable cuando el socialismo tuviese un plan de organización social cuyo funcionamiento estuviese asegurado para establecerlo en un momento dado. Como esto no es así, hay que dejarlo todo á la evolución lenta de las ideas y de los hechos. El revolucionaris-

mo sistemático no es más que una aberración intelectual contradictoria ó un charlatanismo despreciable.

Para Sydney Webb es evidente también que la sustitución no puede hacerse sino paso á paso. Toda transformación completa y simultánea de un organismo social complicado, no es más que pura ilusión del espíritu.

Tercera cuestión.—Hyndman se declara intransigente, entendiendo que el socialismo no debe entenderse con ninguno de los actuales partidos políticos burgueses, por radicales que sean.

Nieuwenhuys entiende que los socialistas deben aislarse de los burgueses y del Parlamento, citando las antiguas frases de Liebknecht: «¿Qué objeto práctico tiene la charla de los Parlamentos? Ninguno. Hablar sin objeto es un placer de tontos.» Suponiendo que llegue un día en que haya en el Parlamento una mayoría socialista, ¿va por eso á reformarse el régimen? No: una compañía de soldados expulsa del templo de las leyes á los diputados, y si no se van por las buenas se van por las malas. ¡Nada de pactos con los burgueses! Cuando se siembra el parlamentarismo, se recoge un Millerand ó cualquier otra cosa por el estilo.

El partido socialista, según Vaillant, no puede participar del poder; es esencialmente antigubernamental, y sus delegados en el Parlamento sólo deben votar en interés de la causa proletaria y socialista.

Para Enrique Ferri la clase dominante no hace reformas nunca espontáneamente, sino por una imposición de conciencia ó por la acción de la clase explotada; un año de propaganda en el seno del proletariado hace más que tres años de actividad parlamentaria.

Juan Sigg, en cambio, se declara partidario de las alianzas con los partidos burgueses; entre dos males, radicales y conservadores, debe elegirse el menor. Claro es que toda alianza debe hacerse de modo que en nada afecte á la pureza de la doctrina.

Vandervelde está también por las alianzas, siquiera sean excepcionales, temporales y con un fin determinado, y en sentido análogo opina Arístides Briand.

Debs es enemigo de entenderse con ningún partido de la clase media, y Webb opina que debe trabajarse en cooperación con personas de todas las opiniones, por las reformas en que todos llegan á ponerse de acuerdo.

PSICOLOGIA ZOOLOGICA

LA ARITMÉTICA DE LOS ANIMALES.—En la facultad de evaluar los números—dice en *La Nuova Antologia* Ernesto Mazzi—entra como factor principalísimo la memoria, siendo sabido que esta facultad la poseen, más ó menos desarrollada, hasta los animales inferiores. En las razas humanas más atrasadas, especialmente entre los australianos, se halla una facultad de numeración reducida al minimum, pues—según Hunt—los indígenas de la isla Murray no tienen más que los números *netat* = uno, y *neir* = dos; para el tres tienen que sumar las dos voces *neir-netat*, y para el cuatro repetir el dos, *neir-neir*; el cinco y los números siguientes los obtienen apelando á indicaciones materiales de los dedos de la mano y de los pies, y de las varias partes del cuerpo, y así llegan hasta 35; y para los números mayores, no tienen más que la expresión *gaire* = muchos.

El animal—según la señora Royer—distingue la magnitud, pero no la cantidad; admite, sin embargo, que se den cuenta de pequeños números, como se ve en los pájaros, que reconocen los huevos de su nido; la gallina, que echa de menos á uno de sus polluelos, y la gata, que hace lo mismo con sus gatitos. Hasta aquí, sin embargo, no se sale de una aritmética rudimentaria, como la del perro que se acostumbra á que le den tres terrones de azúcar, y recibido el tercero no pide más.

Algunos animales que se utilizan en trabajos periódicos,

parecen capaces de contar mayores cantidades. Sabido es que los caballos de los ómnibus trotan alegremente durante el último viaje del día, como si se dieran clara cuenta de ser el último; en algunas minas carboníferas del Hainaut, los caballos que tenían treinta viajes de tarea, llegado el trigésimo no iban ya á ponerse delante de la vagoneta, sino que tranquilamente y por su cuenta tomaban el camino de la cuadra; y otro tanto hacen los elefantes de la India; cosa sorprendente, pues nosotros necesitamos las cuentas del rosario para no equivocarnos en el cálculo de nuestras oraciones.

Timofieff cuenta que un labrador concedía á su caballo de arado un descanso á cada veinte surcos, y que con el tiempo dejó de contar los surcos, viendo que el caballo descansaba por sí solo al llegar á las veinte vueltas; el mismo autor acostumbró á un gato á estar inmóvil cuando le ofrecían una golosina hasta la sexta vez; al sexto ofrecimiento, el gato abría la boca y aceptaba; no pudo hacerle pasar del número seis.

Las cornejas y los monos del Transvaal no saben contar más de cuatro; entrando cuatro cazadores en una cabaña cerca del árbol en que tiene el nido la corneja, ésta no vuelve al nido hasta que no ve salir uno por uno á los cuatro cazadores; pero si éstos son más de cuatro, la corneja torna al nido creyendo que se han marchado todos; para coger á los monos, se meten cinco cazadores en un escondite, y luego se marchan cuatro ostensiblemente, y el quinto es el que caza al mono, que viene ya sin desconfianza al sitio en que le espera el cazador. Romanes enseñó á un chimpancé de Londres, no sólo á contar hasta cinco, sino á no equivocarse en el número, cuando le pedía que le diese una, dos, tres, cuatro ó cinco pajitas.

Las abejas y las hormigas tienen, seguramente, muy desarrolladas sus facultades aritméticas, pero no hay datos positivos. Notabilísimo es el ejemplo de las avispas solitarias, que tienen la costumbre de poner víctimas junto á sus huevos para que sirvan de alimento á la futura prole; el número de estas víctimas es siempre el mismo; pero varía según la especie, ha-

biéndolas que poseen una sola, otras cinco, otras diez, otras quince, y otras hasta veinticuatro; siendo de notar que algunas de ellas saben si lo que saldrá del huevo es un macho ó una hembra, pues en el primer caso ponen cinco víctimas, y en el segundo diez.

De la simulación de la muerte, que tantos animales, especialmente los insectos, saben remedar tan perfectamente, se ha servido el mejicano Herrera para averiguar si los animales tienen noción del tiempo, resultando de sus experimentos que tienen efectivamente esta noción, siquiera sea un tanto vaga. Boderip cita el ejemplo del perro de un pastor protestante que todos los domingos iba á buscar á su amo á la iglesia durante los oficios; para evitar estas visitas, encerraron al perro; pero entonces el perro se eclipsaba los sábados, y así no le podían encerrar el domingo. Más admirable todavía es el ejemplo de la hembra del cocodrilo, la cual entierra sus huevos en la arena y deja transcurrir los días exactamente precisos para la incubación, volviendo entonces á desenterrar los huevos, picarlos y sacar las crías.

De todos los hechos recogidos deduce Mazzini la conclusión de que el animal es incapaz de cálculo aritmético, tal como nosotros lo entendemos; pero tiene, dentro de ciertos reducidos límites, la noción del número.

BIOLOGIA

ANIMALES MELÓMANOS. —La influencia indudable que la música ejerce en los animales—dice en la antigua *Revue des Revues* Enrique Coupin—es una de esas cuestiones biológicas sobre las que tenemos muy pocos informes. Y sin embargo, es un asunto al alcance de todos cuantos sepan tocar un instrumento cualquiera: basta, en efecto, dar un pequeño concierto á un animal y anotar los hechos y fenómenos resultantes, según el instrumento tocado, el aire, los acordes, etc.

El veterinario militar Guenon ha hecho algunos experimentos con caballos. Según él, para obtener resultados exactos, debe operarse en las siguientes condiciones: 1.^a En una caballeriza alta, espaciosa y de techo raso á ser posible, para el mejor efecto acústico. 2.^a Que no haya más de quince caballos. 3.^a Que se opere después de comer, cuando los caballos están satisfechos. 4.^a Que el experimento se haga con el mayor silencio, teniendo cerradas las puertas y ventanas para que los ruidos de la calle no perturben la audición musical.

La trompeta y los instrumentos de bronce, según Fetis, son los que más agradan á los caballos; pero Guenon sólo se ha servido del violín, y sobre todo de la flauta. Y he aquí lo que ocurre: á las primeras notas todos los caballos se vuelven hacia el músico y le miran atentamente, con curiosidad; algunos, después de enterarse de dónde vienen los sonidos que perciben, vuelven la cabeza al pesebre y recobran su posición ordinaria; estos indiferentes vienen á ser una quinta parte; en cuanto á los demás, están visiblemente impresionados: levantan la cabeza, adelantan el pecho, mantienen erguidas y fijas las orejas y separan la cola como cuando están en movimiento. Puede decirse sin exageración que estos animales están encantados, y no es raro verles adelantar la cabeza suavemente, considerar con atención la flauta, llegarse á olerla, tocándola con la punta de la nariz, y repetir este movimiento dos ó tres veces. Lo más curioso es la influencia de la emoción sentida en la vejiga y en los intestinos. Desde las primeras notas, al cabo de un minuto escaso, se ve invariablemente á varios caballos ponerse á orinar ó á evacuar el vientre; durante una serie de diez minutos se observan tres ó cuatro evacuaciones y una ó dos micciones; á veces el animal se queda en las premisas, pero siempre se produce en mayor ó menor escala el efecto indicado. Los jóvenes son más sensibles que los viejos, y en los caballos cobardes se observa la más viva inquietud.

Entre los demás animales melómanos hay que colocar, en primer término, al elefante. Los experimentos hechos con ellos

en París y en Londres son concluyentes. En cuanto á los osos, su afición es bien conocida. En el Jardín Zoológico de Londres se hizo un experimento. Una mañana, mientras los osos dormían profundamente, un violinista se puso á tocar sobre el puente de las jaulas; los osos se despertaron y escucharon con visible atención; el violinista bajó, y ellos se acercaron cuanto pudieron, sacando las patas y puestos en pie; al oír un falso acorde, hecho con intención, retrocedieron como asustados, y al tocar una marcha se pusieron á andar llevando el compás. En los leones el efecto fue idéntico, procurando acercarse y oyendo con complacencia. En los lobos la música produjo espanto, sobre todo en un lobo indio, que se arrastraba con el pelo erizado y temblando, escondiéndose en el fondo de la jaula. Los chacales y los zorros no se asustan tanto, y las ovejas cesaban de pastar para atender al violín. Los más asustados eran los monos. Pero todos, sin distinción, se mostraban irritados cuando escuchaban algún acorde falso.

Otro experimento hizo en Chicago el pintor Renato Chateau. Queriendo dibujar á su gusto y del natural unos leones, se entendió con la domadora Planka, y entró en la jaula con su caballete; los leones se enfadaron, y la cosa iba tomando mal giro, cuando á Chateau se le ocurrió ponerse á cantar; los leones entonces se amansaron, y durante veinte minutos estuvieron oyendo con deleite al pintor.

Hachet-Souplet, en su libro sobre la domesticación de los animales, cuenta que un oso que había roto sus cadenas se paseaba una mañana por la calle del pueblo de Aspin, cuando una niña de seis años se cayó; la fiera se abalanzó á ella, cuando de pronto suena un violín tocando un aire de baile; el oso se detiene, se levanta sobre sus patas traseras y se pone á balancear, según su antigua costumbre de oso de feria.

El perro es también sensible á la música, pero hay que saber entenderle. El organillo le pone furioso, pero hay acordes que le agradan. Según Guenon, es sumamente curioso asistir al efecto de la música en los perros: á los sonidos graves y len-

tos, el perro alarga el cuello y toma actitudes cómicas; el encanto puede durar así algunos minutos, pero se rompe en cuanto se acelera el ritmo ó los sonidos se hacen demasiado agudos; y lo mismo ocurre con el piano. Casimiro Colomb refiere un ejemplo curioso de la influencia de la música en un perro de caza, que solía estar en el salón de sus amos echado debajo del piano. Tenía sus autores favoritos: Mozart y Rossini no parecían conmoverle; pero Beethoven, Schubert y Mendelssohn le hacían gemir y aullar; con Weber los quejidos aumentaban, y con Chopin ladraba tan fuerte, que ahogaba las notas del piano y había que echarlo.

La influencia de la música en las serpientes es bien conocida, y los encantadores de serpientes se sirven de este sentimiento para capturar las especies vivas y para hacer salir de su somnolencia á las serpientes que muestran al público. ¿Quién no conoce el trozo clásico de Chateaubriand sobre la materia? La famosa *Danza de la serpiente* de la tribu de los hopitu ó indios moki de la provincia de Tusayan, que el español Coronado presenció en 1540, subsiste todavía con todas sus ceremonias clásicas, y en sus maravillosas escenas públicas y privadas, que duran diez días, la música desempeña interesante papel.

Los lagartos son también muy aficionados á la música; prefieren los sonidos lentos á las voces duras ó romas. Fetis habla de uno que salía de su agujero en cuanto oía el adagio en *fa* del cuarteto en *do* de Mozart, escondiéndose en cuanto terminaba. El Dr. Chomet, habiéndose puesto á cantar en un bosque un trozo de ópera, se vió rodeado de lagartos, que le miraban con manifestaciones de placer y que, fascinados quizá por la música, dejaron acercarse al doctor sin asustarse.

De los pájaros, cuyas aptitudes musicales son tan conocidas, no hay que hablar. Baste citar lo ocurrido al músico militar retirado Krauss. Una tarde tocaba la flauta: dos gallos, recientemente comprados en una granja vecina, que sin duda no habían oído nunca el melodioso instrumento, al oír la flau-

ta prestaron atento oído, manifestando viva emoción, y luego se dirigieron lentamente, con el cuello tendido, hacia el vestíbulo de donde salían los sonidos; subieron los cinco escalones del pórtico y se quedaron inmóviles y como encantados ante la puerta abierta, mirando al músico y pareciendo gozar extraordinariamente.

Para terminar, no deben dejarse en olvido las facultades melómanas de las arañas. Sabida es la historia de Pelisson, que encantaba á uno de estos insectos con la gaita. Gretry cuenta que una araña se ponía en la mesa de su piano cuando empezaba á tocar, y se marchaba cuando concluía. Berthome, que á los ocho años asombraba con su violín, debía sus éxitos al trabajo y á la reclusión; en su constante soledad tenía por compañero y por oyente una araña; al principio ésta se hallaba en un rincón; luego se atrevió á ponerse en el atril, y por último, en el brazo del niño que tenía el arco. Un día, sin embargo, un aficionado á quien se permitió entrar en el santuario, vió al sensible animal en el brazo del niño, y con un zapatillazo le reventó; el niño cayó de espaldas, estuvo enfermo tres meses, y por poco no llegó á morir.

Walckenaer ha sido testigo de otro hecho todavía más curioso. Una señora que tocaba el arpa vió una araña en el techo, encima de ella; temiendo la cayera encima, cambió de sitio; pero apenas empezó á tocar el arpa vió á la araña moverse y volverse á colocar en el techo sobre su cabeza; excitada por la curiosidad volvió á cambiar de sitio, dejando un rato de tocar, y la araña permaneció inmóvil; pero en cuanto resonaron los primeros acordes del arpa, la araña se puso en movimiento hasta colocarse de nuevo sobre la cabeza de la señora, sucediendo otro tanto cuantas veces quiso repetir el experimento.

COSTUMBRES

LA VIDA DE LAS MUJERES EN LOS ESTADOS UNIDOS. — En todas las cosas—dice en la *Revue Bleue* Juana Mairret— hay la con-

vención y la realidad, la leyenda y la historia. El tipo de la «americana» está ya consagrado: es una millonaria bellísima que coquetea sin descanso, paseando su honradez hasta el borde del abismo, y con el precioso don de jugar con el fuego sin quemarse, gracias á la frialdad de su temperamento, que la sustrae á los peligros de este juego. Esta es la leyenda, la convención. Veamos la realidad, según Juana Mairé:

En los Estados Unidos, como en todas partes, hay mundanas desenfrenadas que se divierten en tirar los dollars paternos ó la fortuna conyugal por la ventana, haciendo vivir á los grandes modistos, vistiéndose con gracia exagerada, matando el tiempo en toda clase de diversiones, exhibiéndose en los vastos salones de los hoteles cosmopolitas, y acabando por redorar los blasones de algún aristócrata tronado. Esas mujeres entran en el tipo legendario, pero son iguales á todas las de su clase, hayan nacido dondequiera, en Nueva York ó en París. Quedan las demás mujeres, y las demás son las que representan la verdadera nación.

Frente á las ricas desocupadas están las trabajadoras, las empleadas de almacén, las costureras, las enfermeras, etc.; se parecen poco á sus similares de Europa; todas tienen el vivo sentimiento de su dignidad, y tratan á sus clientes con familiaridad, como si fueran sus iguales; si su salario es más crecido, la vida también es más cara; cuando el sábado, día en que los almacenes cierran á medio día, y los domingos, se ven los parques y alrededores de las ciudades americanas invadidos por bandadas de obreras con sus novios, se nota que están contentas de la vida, y se las perdona su voz gangosa, la desenvoltura con que se hablan desde lejos, y hasta la horrible costumbre que tienen de masticar goma; á veces se ven todas las mandíbulas de una sociedad trabajando juntas, y esto produce asco. Entre los dos extremos de las desocupadas y las trabajadoras tenemos un promedio, reflejo de la porción más interesante del país: una niña, cuyo padre, médico, abogado ó negociante, sin ser millonario, vive con holgura.

El marco del cuadro es muy distinto del que se imaginan los extranjeros que, hablando de ciudades americanas, en seguida sueñan con casas de veinte pisos, sin darse cuenta de que tales casas sólo sirven para las gentes de negocios y faltas de tiempo, que encuentran allí reunidos á su sastre, su zapatero, su banquero, su abogado, su procurador, su médico y hasta su funeraria. El barrio de los negocios es enteramente distinto del barrio en que se habita; en éste las casas grandes son raras, dominando los hotelitos, y siendo las calles tranquilas y silenciosas, como las de provincias; allí vuelve el hombre de negocios cansado de sus afanes, para dedicarse á la vida de familia las horas que le dejan libre sus ocupaciones.

Los niños americanos son para los extranjeros mayor motivo de asombro que sus papás. El niño allí es un tirano, y desde que nace vive en compañía de los demás niños, jugando y corriendo, plantando sus juguetes en las aceras, sin cuidarse de la gente que pasa, que los respeta siempre y los deja hacer cuanto quieren. Las personas mayores soportan sus juegos y su charla con paciencia, y todo se sacrifica á que el niño esté contento. Y no es que el niño americano no sepa obedecer; pero si obedece, es más por un sentimiento de justicia ó de gratitud que porque se vea obligado á obedecer. Hacerse querer de un niño en tales condiciones, es una verdadera conquista.

Si se quiere estudiar el sistema más de cerca, hay que ir á un gran hotel cualquiera, á una fonda de verano, por ejemplo, donde las familias pasan reunidas la buena estación. Tomemos la hora del desayuno, que allí es una comida completa, que empieza con fruta ó con un meloncito relleno de hielo, siguiendo la carne y el pescado, y acabando con los pastelitos recién salidos del horno. Ahí tenéis á un niño de ocho á diez años, que se instala gravemente en una mesa, coge la lista, da sus órdenes, toca á todo, deja su plato medio lleno, se toma su café y se va tranquilamente como un caballero; su hermanita hace lo mismo, y más aún, pues recorre las mesas, el salón y

hasta el despacho, charlando con todo el mundo, desde los graves señores hasta los criados.

El resultado de semejante educación es deplorable. Esta libertad de la edad primera prepara la mayor libertad de la adolescencia, pero atenúa sus peligros; la muchacha sabe que tiene que guardarse por sí misma, y soporta estoicamente sus tropiezos; en el campo aprende á montar á caballo y en bicicleta, y se va sola á la villa vecina para hacer sus compras y encargos como una mujercita. Luego viene la edad de estudiar. De niña aprendió en el Kindergarten á leer y á contar; pero ahora tiene que sufrir la disciplina de las horas de clase, que interrumpen sus juegos, y para no quedarse atrás, movida por su amor propio, trabaja lo que puede.

La enseñanza pública es en general excelente; muchos padres prefieren, sin embargo, para sus hijos los colegios privados. La enseñanza en ellos suele ser superficial; pero los hay también muy buenos, y hay que saber escoger. Algunos internados de Nueva York ó Filadelfia cuestan un dineral; las jovencitas ya crecidas suelen ser enviadas á ellos para el último retoque antes de ser presentadas en sociedad. La moda, por otra parte, exige cada vez más que las jóvenes que han salido bien en sus estudios preparatorios vayan á la Universidad. Allí se trabaja de firme, pues el curso dura cuatro años y los exámenes son por escrito, y allí se están las americanas hasta los veintidós ó veintitrés años, cosa que asustaría á una europea.

La yanki adora su vida de colegio y se desarrolla en él maravillosamente. Cada alumna tiene su cuarto, que adorna á su gusto, y es libre por completo, considerada como una mujer y responsable de sus actos. Allí asisten á conferencias, á experimentos y á excursiones; profundizan bastante en todos los estudios, hasta en el griego, en el latín y en las matemáticas; aprenden perfectamente una ó dos lenguas vivas y no desatienden los cuidados de su cuerpo, jugando á la pelota, remando y haciendo gimnasia, y luciendo su uniforme estudiantil: bata negra flotante con gorra cuadrada.

Otras jóvenes, á quienes no atrae la vida escolar, entran en un hospital para hacerse enfermeras. El número de estas mujeres es cada vez mayor, y todavía no es suficiente; diestras, graciosas y admirablemente preparadas para tan noble misión, prestan servicios inapreciables, y muchas gentes ricas no saben ya viajar sin llevar en su compañía una de estas enfermeras.

Terminada la vida de colegio, la joven entra de lleno en sociedad. Desde niña ha tenido su círculo de amigos de ambos sexos, y aquellos niños que jugaban juntos en el Kindergarten, han crecido, han vuelto á encontrarse aquí y allá en las vacaciones, y vuelven á reunirse cuando ya son hombres y mujeres hechos. No es dudosa la coquetería de las yankis; pero el observador europeo que escuchara la conversación entre aquellos jóvenes, se quedaría estupefacto al ver lo anodino de aquella charla; y es que lo que menos les importa es lo que se dicen. Tienen gusto en hallarse juntos; saben que aquel *flirt* no tiene consecuencias, y se entretienen con cualquier bagatela. Los moralistas europeos no conciben que no haya peligro en tal intimidad; pero se equivocan. Claro es que á veces la *flirtation* tiene su término trágico; pero el caso es completamente excepcional.

Sabido es que los jóvenes, varones ó hembras, se casan en América sin ayuda de los padres, y hasta sin su consentimiento; es cosa suya, y ellos verán lo que hacen. Esta libertad de los hijos tiene su compensación en la libertad de los padres, que no tienen que preocuparse de dotes ni de colocaciones. ¿Se han casado los chicos? ¡Bueno! Que se las busquen como puedan. Y así ocurre con frecuencia que una joven acostumbrada á vivir con lujo se encuentra reducida á la mayor estrechez. La americana suele salir airosamente de esta prueba, haciendo frente con valentía á todas las contrariedades y cumpliendo sus deberes caseros con la mayor soltura.

El estado de solterona no se considera por la mujer americana como humillante. La educación superior que reciben las

dispone para el celibato: si son pobres, las sirve para vivir; y si son ricas, para proporcionarse satisfacciones elevadas. Muchos de los hombres que podían pretenderlas han tenido que dedicarse á los negocios, y ellas los encuentran incultos y los rechazan. ¿Cómo viven estas independientes? El visiteo y la charla de trapos y chismes las desagrada; la vida de placeres sociales la encuentran insípida. Si tienen aptitudes, se dedican al arte, á la ciencia, á la literatura, viniendo muchas á Europa para perfeccionarse; en otro caso, suelen dedicarse principalmente á la beneficencia; pero no á dar limosnas sin ton ni son, sino á ejercitar la caridad en grande escala, estudiando las necesidades, organizando Juntas, visitando asilos, dando conferencias de propaganda y administrando las obras piadosas, sin dejar por eso de cultivar su espíritu con lecturas asiduas, ni de atender á su salud corporal, montando á caballo y en bicicleta, jugando al *tennis* y al *golf*, y conservando así su juventud de un modo asombroso. Esto sin contar el tiempo que dedican á la vida de club, pues los círculos ó casinos de mujeres están en América tan desarrollados, que apenas falta alguno hasta en las villas más insignificantes, á pesar del poco tiempo que cuentan de existencia.

Tal es la vida de la mujer americana, bien distinta de la que nos cuentan los novelistas y los dramaturgos.

INSTRUCCIÓN PÚBLICA

ESTADÍSTICA COMPARADA DE LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA.—He aquí algunos de los datos más importantes y sugestivos de mi último libro, *La Universidad y la Escuela* (1), que han servido á varios periódicos y revistas para hacer trabajos comparati-

(1) *La Universidad y la Escuela*, organización comparada de las instituciones universitarias del mundo culto, y estadística comparada de la instrucción primaria, por D. Fernando Araujo.—Madrid.—Toledo, 1903.—Un tomo en 4.º de 248 páginas.

vos y deducciones interesantes sobre el estado de la instrucción pública.

I. - Países estudiados y año á que los datos se refieren.

Partes del mundo.	PAÍSES POR ORDEN ALFABÉTICO	Ultimos datos.	Partes del mundo.	PAÍSES POR ORDEN ALFABÉTICO	Ultimos datos.	
ÁFRICA	Colonia del Cabo	1899	EUROPA	Alemania-Bremen.....	1900	
	Egipto	1900		— Hamburgo	1900	
	Natal	1900		— Prusia	1900	
AMÉRICA	Argentina.....	1901		— Sajonia.....	1900	
	Bermuda.....	1895		— Wurtemberg.....	1900	
	Bolivia.....	1898		Austria	1897	
	Brasil.	1899		Bélgica	1898	
	Canadá	1899		Bulgaria.....	1899	
	Chile.....	1899		Dinamarca.....	1898	
	Colombia.....	1897		España	1901	
	Costa Rica	1898		Francia.....	1900	
	Cuba	1902		Grecia.....	1896	
	Ecuador.....	1897		Holanda	1899	
	Estados Unidos.....	1900		Hungría	1897	
	Guatemala.....	1900		Gran Bretaña.....	1900	
	Honduras	1896		— Escocia	1900	
	Jamaica.....	1894		— Inglaterra y Gales..	1900	
	Méjico	1895		— Irlanda.....	1900	
	Nicaragua.....	1895		Italia	1900	
	Paraguay.....	1898		Portugal.....	1898	
Perú.....	1900	Rumania.....		1899		
Salvador.....	1894	Rusia.....		1899		
Trinidad.....	1891	Finlandia		1897		
Uruguay.....	1901	Servia		1895		
Venezuela.. ..	1891	Suecia-Noruega		1899		
ASIA	Ceilán	1898		— Suecia	1899	
	India	1891		— Noruega	1898	
	Japón.....	1898		Suiza	1898	
EUROPA	Alemania (Estados sig.)	1900		OCEANÍA	Australia	1900
	— Baden.....	1900			Nueva Zelanda.....	1899
	— Baviera.....	1900	Tasmania.....		1899	

II.— Estadística de la población.

Número de orden.	PAÍSES	Población por orden de mayor á menor.	Número de orden.	PAÍSES	Población por orden de mayor á menor.
1	India	225 331 185	32	Bulgaria.	3.110 713
2	Rusia.	126 448 924	33	Suiza	3.119.635
3	Estados Unidos..	75 272 683	34	Chile.	3 110.085
4	Alemania	49 863 683	35	Cuba	3 060 393
5	Japón.	44 788 864	36	Ceilán	3 009 461
6	Gran Bretaña. . .	40 559 954	37	Grecia	2 483 806
7	Francia	38 517 975	38	Finlandia.	2 483 249
8	Prusia	34.463.377	39	Venezuela.	2 323.527
9	Italia	32.045 404	40	Servia.	2 212 484
10	Inglaterray Gales	31.742 588	41	Dinamarca.	2 256 000
11	Austria.	23 895 413	42	Wurtemberg.	2.165 765
12	España	18 618 086	43	Noruega	2.000 917
13	Hungría	17.463 473	44	Baden.	1.866 584
14	Brasil.	16.330 200	45	Colonia del Cabo.	1.599.960
15	Méjico.	12 491 573	46	Guatemala	1.574 340
16	Egipto.	9 734 405	47	Ecuador.	1.271 861
17	Suecia-Noruega.	7 098 319	48	Bolivia.	1 250 000
18	Bélgica.	6 669 732	49	Uruguay.	936 120
19	Baviera.	6.175 153	50	Salvador.	803 534
20	Rumania.	5 912.520	51	Hamburgo.	768 349
21	Holanda.	5.103 924	52	Nueva Zelanda . .	703 360
22	Suecia	5.097 402	53	Jamaica.	672 762
23	Portugal.	5 049 729	54	Paraguay.	565 000
24	Canadá.	4 954.272	55	Natal.	543.900
25	Perú.	4 609 999	56	Honduras	407.000
26	Argentina.	4 573 608	57	Nicaragua.	380.000
27	Irlanda.	4 535.616	58	Costa Rica	310 000
28	Escocia	4 281 850	59	Bremen.	224 697
29	Sajonia	4.199 758	60	Trinidad	220 285
30	Colombia.	3.878 600	61	Tasmania	146 667
31	Australia.	3.423 479	62	Bermuda.	15 974

III.—Población escolar.

Número de orden.	PAÍSES	Matrícula por orden de mayor á menor.	Número de orden.	PAÍSES	Matrícula por orden de mayor á menor.
1	Estados Unidos ..	15 341 220	32	Brasil.	3 779 818
2	Alemania.....	9.030 870	33	Rumania.....	3.627 145
3	Gran Bretaña. . . .	7.181 627	34	Portugal.....	3 385. 979
4	Prusia ..	6 341.267	35	Egipto	3.348 925
5	Inglaterra y Gales	5 654 092	36	Cuba.	2.530 658
6	Francia	5.536.125	37	Grecia.....	2.359.969
7	Rusia.....	2.205 327	38	Ceilán.....	150.230
8	Austria.	1.087 742	39	Colonia del Cabo.	147 424
9	India.....	1 069 024	40	Colombia.....	143 076
10	Japón.....	980.989	41	Nueva Zelanda...	131.315
11	Hungría.	796.163	42	Chile.....	115 535
12	Italia.....	774 983	43	Servia	100 901
13	España.....	740 007	44	Venezuela.....	100.026
14	Baviera.	731 372	45	Jamaica.. . . .	97 991
15	Suecia y Noruega.	730 688	46	Hamburgo	95 738
16	Canadá	729 108	47	Finlandia.....	94 820
17	Irlanda.....	647 116	48	Perú.	85.592
18	Bélgica	634 075	49	Ecuador.....	76 878
19	Suecia.....	584 171	50	Uruguay.....	52.474
20	Escocia	393 628	51	Guatemala.....	47 303
21	Holanda.....	374 950	52	Bolivia..	36 418
22	Sajonia	357 760	53	Trinidad	30 137
23	Suiza	345 887	54	Salvador	29 427
24	Australia.....	329 017	55	Bremen	25 627
25	Méjico.....	307 633	56	Paraguay.....	25 000
26	Wurtemberg.	300 000	57	Natal.....	24.523
27	Argentina.....	299 083	58	Honduras	23 767
28	Baden.	237.791	59	Tasmania	23 272
29	Bulgaria	211.378	60	Costa Rica.....	21 903
30	Noruega	172.273	61	Nicaragua.....	17.803
31	Dinamarca.....	164 450	62	Bermuda.....	1.996

IV.—Número de Maestros.

Número de orden.	PAÍSES	Profesores por orden de mayor á menor.
1	Estados Unidos	421 288
2	Gran Bretaña.....	169 850
3	Francia.....	153.505
4	Alemania.....	144 349
5	Inglaterra y Gales.....	139.918
6	Rusia.....	113.984
7	Prusia	92 061
8	Austria.....	87 173
9	Japón	83 157
10	Italia.....	50 435
11	Hungría.....	30 882
12	España.....	26 098
13	Baviera.....	24.252
14	Canadá.....	22.865
15	Suecia y Noruega.....	22 683
16	Holanda.....	19 553
17	Escocia.....	16.858
18	Egipto.....	15 999
19	Suecia.....	15 907
20	Bélgica.....	15 880
21	Suiza.....	14.435
22	Irlanda.....	13 074
23	Brasil	12 600
24	Australia.....	12 596
25	Sajonia.....	12.469
26	Méjico.....	10.327
27	Argentina.....	8 732
28	Bulgaria.....	7.998
29	Baden.....	6 830
30	Noruega	6 776
31	Rumania.....	5 693
32	Colonia del Cabo	5.534
33	Wurtemberg	5.030
34	Nueva Zelanda.....	3 615
35	Cuba.....	3 583
36	Grecia	3.172
37	Hamburgo.....	3 088
38	Finlandia.....	2 500
39	Chile.....	2 299
40	Servia.....	1.921
41	Ecuador.....	1.666
42	Perú	1 618
43	Guatemala.....	1 578
44	Jamaica.....	1.545
45	Uruguay.....	1.131
46	Bolivia	1 020
47	Costa Rica.....	804
48	Salvador.....	793
49	Paraguay.....	700
50	Bremen	619

V. — Gastos de instrucción primaria.

Número de orden.	PAÍSES	Gastos por orden de mayor á menor.
1	Estados Unidos.....	1.089.156 110
2	Gran Bretaña.....	359.327.110
3	Alemania.....	314.328.025
4	Inglaterra y Gales.....	290.379.240
5	Prusia.....	221.241.870
6	Francia.....	214.015.250
7	Austria.....	101.545.505
8	Rusia.....	66.729.210
9	Italia.....	60.821.220
10	Japón.....	47.335.685
11	Canadá.....	47.298.880
12	Argentina.....	47.175.585
13	Australia.....	45.123.210
14	Escocia.....	39.403.520
15	Suecia y Noruega.....	36.486.180
16	Bélgica.....	35.761.055
17	Suiza.....	31.692 135
18	Holanda.....	30.791 680
19	Sajonia.....	30.353.930
20	Irlanda.....	29.544.350
21	Baviera.....	29.349.415
22	Hungría.....	26.983.795
23	España.....	25.826.880
24	Suecia.....	25.761.640
25	Baden.....	16.350.000
26	India.....	16.299.885
27	Chile.....	15.550.425
28	Nueva Zelanda.....	12.715.150
29	Finlandia.....	12.418.740
30	Noruega.....	10.724 540
31	Méjico.....	10.416.335
32	Rumania.....	9.575.565
33	Hamburgo.....	8.700.000
34	Bulgaria.....	7.099.175
35	Wurtemberg.....	7.082.810
36	Colonia del Cabo.....	6.378.975
37	Cuba.....	4.526.940
38	Uruguay.....	3.442.100
39	Venezuela.....	2.416.160
40	Paraguay.....	1.909.820
41	Guatemala.....	1.589.850
42	Natal.....	1.431.575
43	Jamaica.....	1.251 930
44	Bremen.....	1.250 000
45	Perú.....	1 161.225
46	Trinidad.....	977.950
47	Tasmania.....	973.190
48	Ceilán.....	458 545
49	Bolivia.....	317.830
50	Honduras.....	313.445
51	Costa Rica.....	164.946
52	Bermuda.....	38.865

VI.— Comparación de la matrícula con la población.

Número de orden.	TANTO POR CIENTO entre la matrícula y la población.	Número de orden.	TANTO POR CIENTO entre la matrícula y la población.
1	Canadá	32	Bulgaria
2	Suiza	33	Colonia del Cabo
3	Estados Unidos	34	Japón
4	Prusia	35	Italia
5	Baden	36	Trinidad
6	Baviera	37	Costa Rica
7	Wurtemberg	38	Argentina
8	Sajonia	39	Grecia
9	Nueva Zelanda	40	Ecuador
10	Alemania	41	Honduras
11	Inglaterra y Gales	42	Uruguay
12	Irlanda	43	Cuba
13	Gran Bretaña	44	Rumania
14	Australia	45	Ceilán
15	Escocia	46	Portugal
16	Noruega	47	Méjico
17	Tasmania	48	Nicaragua
18	Suecia-Noruega	49	Natal
19	Austria	50	Paraguay
20	Suecia	51	Servia
21	Jamaica	52	Venezuela
22	Francia	53	Chile
23	Holanda	54	Colombia
24	Dinamarca	55	Salvador
25	Hungría	56	Guatemala
26	Hamburgo	57	Rusia
27	Bremen	58	Bolivia
28	Bermuda	59	Egipto
29	España	60	Brasil
30	Bélgica	61	Perú
31	Finlandia	62	India
	21,39		10,45
	20,70		9,65
	20,32		7,84
	19,87		7,36
	19,86		7,30
	19,05		7,07
	19,00		6,75
	18,90		6,62
	18,70		6,04
	18,08		5,84
	17,74		5,89
	17,55		5,13
	17,44		5,06
	17,09		4,99
	17,07		4,71
	16,44		4,68
	15,86		4,68
	15,48		4,50
	15,20		4,42
	14,52		4,36
	14,43		4,31
	14,37		3,71
	14,32		3,69
	14,08		3,66
	14,05		3,00
	14,00		2,99
	13,00		2,91
	12,64		2,17
	11,84		2,09
	11,61		1,86
	10,81		1,66

VII.—Número de habitantes por cada Profesor.

Número de orden.	PAÍSES	Habitantes por cada Profesor.
1	Estados Unidos.....	178
2	Nueva Zelanda.....	194
3	Suiza.....	216
4	Canadá.....	220
5	Inglaterra y Gales.....	227
6	Gran Bretaña.....	238
7	Hamburgo.....	248
8	Escocia.....	253
9	Baviera.....	254
10	Francia.....	257
11	Holanda.....	261
12	Australia.....	273
13	Austria.....	274
14	Baden.....	274
15	Colonia del Cabo.....	289
16	Noruega.....	295
17	Suecia-Noruega.....	312
18	Suecia.....	320
19	Sajonia.....	336
20	Alemania.....	345
21	Irlanda.....	346
22	Bremen.....	363
23	Prusia.....	374
24	Costa Rica.....	385
25	Bulgaria.....	413
26	Bélgica.....	420
27	Wurtemberg.....	430
28	Jamaica.....	435
29	Argentina.....	522
30	Japón.....	538
31	Hungría.....	572
32	Egipto.....	608
33	Italia.....	635
34	España.....	713
35	Ecuador.....	763
36	Grecia.....	783
37	Paraguay.....	807
38	Uruguay.....	827
39	Cuba.....	888
40	Finlandia.....	993
41	Guatemala.....	997
42	Salvador.....	1.013
43	Rumania.....	1.038
44	Rusia.....	1 109
45	Servia..	1 203
46	Méjico.....	1.209
47	Bolivia.....	1.225
48	Brasil.....	1.296
49	Chile.....	1.353
50	Perú.....	2.849

VIII. — Número de alumnos por cada Profesor.

Número de orden.	PAÍSES	Alumnos por cada Profesor.
1	Egipto.....	14
2	Brasil.....	24
3	Colonia del Cabo.....	26
4	Guatemala.....	29
5	Hamburgo.....	31
6	Rusia.....	33
7	Bolivia.....	35
8	Estados Unidos.....	36
9	Francia.....	36
10	Salvador.....	36
11	Paraguay.....	36
12	Holanda.....	37
13	Nueva Zelanda.....	37
14	Finlandia.....	38
15	Inglaterra y Gales.....	40
16	Japón.....	40
17	Austria.....	41
18	Bremen.....	41
19	Bulgaria.....	43
20	Escocia.....	43
21	Argentina.....	43
22	Canadá.....	43
23	Baviera.....	44
24	Gran Bretaña.....	44
25	Suiza.....	44
26	Cuba.....	45
27	Italia.....	46
28	Ecuador.....	46
29	Uruguay.....	46
30	Noruega.....	46
31	Suecia-Noruega.....	47
32	Suecia.....	47
33	Bélgica.....	49
34	Australia.....	50
35	Grecia.....	52
36	Baden.....	52
37	Servia.....	52
38	Costa Rica.....	53
39	Perú.....	53
40	Rumania.....	53
41	Chile.....	54
42	Méjico.....	56
43	Sajonia.....	58
44	Irlanda.....	61
45	Alemania.....	62
46	Jamaica.....	63
47	Prusia.....	69
48	Wurtemberg.....	78
49	Hungría.....	82
50	España.....	84

IX.— Gastos por cada habitante.

Número de orden.	PAÍSES	Por habitante. — Pesetas = Francos.
1	Nueva Zelanda.....	18,05
2	Estados Unidos.....	14,47
3	Australia.....	12,82
4	Hamburgo.....	11,30
5	Argentina.....	10,32
6	Suiza.....	10,15
7	Canadá.....	9,59
8	Escocia.....	9,20
9	Baden.....	8,75
10	Sajonia.....	7,25
11	Gran Bretaña.....	7,21
12	Alemania.....	6,79
13	Tasmania.....	6,60
14	Irlanda.....	6,50
15	Prusia.....	6,45
16	Italia.....	6,00
17	Holanda.....	6,00
18	Inglaterra y Gales.....	5,95
19	Francia.....	5,90
20	Bremen.....	5,55
21	Noruega.....	5,35
22	Bélgica.....	5,35
23	Suecia-Noruega.....	5,20
24	Suecia.....	5,05
25	Baviera.....	4,75
26	Trinidad.....	4,53
27	Austria.....	4,25
28	Colonia del Cabo.....	4,15
29	Uruguay.....	3,67
30	Wurtemberg.....	3,50
31	Paraguay.....	3,40
32	Costa Rica.....	2,65
33	Natal.....	2,60
34	Bermuda.....	2,45
35	Hungría.....	2,25
36	Bulgaria.....	2,15
37	Jamaica.....	1,85
38	Rumania.....	1,50
39	Cuba.....	1,41
40	España.....	1,38
41	Chile.....	1,20
42	Finlandia.....	1,10
43	Japón.....	1,10
44	Venezuela.....	1,05
45	Guatemala.....	1,00
46	Méjico.....	0,85
47	Rusia.....	0,75
48	Honduras.....	0,75
49	Bolivia.....	0,25
50	Perú.....	0,25
51	Ceilán.....	0,15
52	India.....	0,07

X.—Gastos por cada alumno.

Número de orden.	PAÍSES	Por alumno. — Pesetas = Francos.
1	Argentina	125,81
2	Nueva Zelanda	96,80
3	Hamburgo	85,00
4	Australia	76,88
5	Paraguay	76,40
6	Estados Unidos	71,00
7	Uruguay	65,59
8	Natal	58,35
9	Escocia	53,85
10	Inglaterra y Gales	51,50
11	Francia	51,05
12	Bremen	50,00
13	Suiza	49,00
14	Canadá	48,21
15	Gran Bretaña	47,48
16	Bélgica	46,10
17	Baden	45,00
18	Colonia del Cabo	43,25
19	Alemania	43,10
20	Holanda	42,15
21	Italia	42,15
22	Tasmania	41,80
23	Sajonia	41,50
24	Costa Rica	37,65
25	Irlanda	37,10
26	Prusia	35,00
27	Suecia	34,80
28	Austria	34,15
29	Suecia-Noruega	33,70
30	Guatemala	33,60
31	Trinidad	33,11
32	Chile	32,95
33	Noruega	32,60
34	Rumania	32,00
35	Cuba	28,81
36	Rusia	26,60
37	Baviera	26,25
38	Venezuela	24,15
39	Bulgaria	20,50
40	Bermuda	19,45
41	Wurtemberg	19,00
42	Méjico	17,85
43	Japón	14,15
44	Perú	13,56
45	Jamaica	12,90
46	Honduras	12,60
47	Hungría	12,40
48	España	11,71
49	Finlandia	10,00
50	Bolivia	8,75
51	India	4,02
52	Ceilán	3,05

PSICOFÍSICA

LA SUGESTIÓN.—Como práctica peligrosa dice en *La Revue* el Dr. Regnault que es hoy considerada la sugestión, habiendo cierto temor de utilizarla, cuando pasa con esto lo que con todas las fuerzas naturales, el calor y la electricidad, por ejemplo, que son peligrosísimas, pero que, bien dirigidas, prestan al hombre importantes servicios.

Sin tener conciencia de ello, estamos expuestos á todas las autosugestionaciones, buenas ó malas, que emanan de todo lo que nos rodea. «Ayúdate y Dios te ayudará», dice el desalentado, recobrando confianza con estas palabras, como el salvaje se cubre de amuletos arrostrando la acometida de las fieras; como el creyente fortifica su fe con sus oraciones; como el que se duerme por la noche con el firme propósito de madrugar realiza una autosugestión, de que no se da cuenta, pero que no es menos eficaz por eso. ¿Qué son muchas costumbres populares sino formas de autosugestión? El día 29 de Noviembre, día de San Andrés, las jóvenes de Alsacia y de Alemania recitan, al acostarse, una plegaria al santo, pidiendo ver al novio que el cielo las destina, ó bien hacen un pastel en forma de un hombre, ó dejan la noche de la Candelaria un espejo entre dos velas encendidas, y á las doce en punto van á ver en el mismo la imagen de su prometido. La creencia en la buena ó en la mala suerte, tan corriente entre los jugadores, y mil otros ejemplos que pudieran citarse, son otros tantos casos de autosugestión que producen efectos positivos innegables.

No todas las horas del día son igualmente favorables para autosugestionarse. Hay que recogerse, evitar el ruido y todo lo que pueda distraer el espíritu; la jaqueca, el frío en los pies ó cualquiera otra sensación desagradable es también desfavorable. Como durante el día es difícil observar todas estas precauciones, el momento mejor es el de la noche, cuando uno empieza á dormirse. ¿Qué hay que hacer entonces? Lo primero pensar profundamente en la cosa y repetirla mentalmente;

en sujetos dotados de gran fuerza de voluntad esta meditación interior basta para obtener resultados maravillosos, tales como mandar á los músculos, que en general son independientes de nuestra voluntad, haciendo mover las orejas y conteniendo los latidos del corazón. En un viaje que hizo Regnault á la India, vió ejecutar á un europeo los ejercicios de los fakires, y éste le contó que habiéndolos querido imitar, observó que basta un esfuerzo firme de la voluntad para permanecer veinte ó treinta minutos con los brazos extendidos en cruz, pudiéndose clavar, sin sufrir, agujas en las manos y en las mejillas, quedando exangües las llagas; en cambio, cuando descuidaba el querer, las heridas le dolían y sangraban. Tomasso, el hombre prendedor de Barnum, un prodigio que se clavaba agujas en todo el cuerpo, y que activaba ó contenía á su arbitrio la circulación de la sangre, era un caso típico del mismo género. Antiguamente hubieran pasado por estoicos, aquella secta griega que afirmaba que el dolor no es más que una palabra. Pero éstos son casos extraordinarios, y la fuerza de voluntad corriente no llega á tanto, por falta de educación.

Lo mejor para autosugestionarse es repetir sucesivamente la sugestión que se quiere obtener; las mismas oraciones son eficaces, porque penetran por los oídos y se imprimen en el cerebro. Si pueden utilizarse las imágenes visuales, debe también hacerse; así Regnault empleó con éxito este medio en un hipocondríaco, aconsejándole escribir en la pared de la alcoba, con polvo fosfórico, «estoy alegre», quedándose dormido contemplándolo. La fórmula debe adaptarse al carácter de cada cual.

Debe notarse que la autosugestión, como la héterosugestión, no produce efecto inmediato. Afirma uno que no siente dolor, y el dolor persiste por el momento, pero poco después se observa que el dolor ha desaparecido.

Si se es rebelde á las autosugestiones ordinarias, queda el recurso de los procedimientos indirectos. Si queremos desechar la tristeza, riarnos á carcajadas y tranlaremos una canción alegre; al principio lo haremos de mala gana, pero no tardará

la alegría en aparecer. Un gran músico necesitaba tomar baños de mar; pero le daba miedo del agua, y no se decidía á meterse en ella, teniendo que rogar á un amigo que le empujase; aquella sola excitación bastaba para resolverle. Claro es que éstas son habilidades más que autosugestión; pero son medios supletorios para el ejercicio de ésta.

Las ciencias más especulativas en apariencia encierran gran número de aplicaciones prácticas; la psicología no es una excepción, y la autosugestión es una preciosa conquista, en ese sentido, de trascendental alcance.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA EVOLUCIÓN.—En *La Escuela Moderna* hallamos un interesante artículo de Arturo Soria, en el que, al lado de felices atisbos, se encuentran afirmaciones que seguramente no serán aceptadas por todos, pero que merecen consignarse.

La evolución—dice—es una serie matemática, en virtud de la cual cada término, hecho ó fenómeno es crisálida de la mariposa del término siguiente de la evolución.

La Aritmética se transforma en Geometría, la Geometría en Mecánica, y la Mecánica en atracción, en calor, en fenómenos químicos, biológicos y, por último, en instintos.

El INSTINTO, llevado al límite de su perfección, se transforma mecánicamente en pensamiento. El PENSAMIENTO, al llegar al límite de su perfección, se convierte mecánicamente en voluntad. La crisálida de la VOLUNTAD, cuando alcanza el grado máximo de su perfección, se transforma en la mariposa del amor. El AMOR intensísimo, purísimo, perfectísimo, se transforma en CREACIÓN, en facultad de producir belleza, ó sea de engendrar una de las formas matemáticas más altas de la Mecánica.

<i>Aritmética.</i>	<i>Sentir,</i>	<i>Pensar,</i>	<i>Querer,</i>	<i>Amar y Crear</i>
<i>Geometría.</i>	<i>Bestia,</i>	<i>Hombre,</i>	<i>Genio,</i>	<i>Santo y Artista</i>
<i>Mecánica..</i>	INSTINTO,	PENSAMIENTO,	VOLUNTAD,	AMOR Y CREACIÓN

DEPTO. DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICA
 DE LA BIBLIOTECA DE LA ESCUELA MODERNA

son términos consecutivos de la serie matemática de la evolución, en la que cada término es el *límite máximo* del término precedente y el *límite mínimo* del término siguiente.

Una vez conocidos los jalones que marcan el proceso mecánico de la evolución, INSTINTO, PENSAMIENTO, VOLUNTAD, AMOR, CREACIÓN... el Sr. Soria estudia las leyes matemáticas que rigen la transformación de unos en otros términos, afirmando que, una vez sabida la ley general de la evolución, es posible conocer bien los términos anteriores al término INSTINTO y los posteriores al término CREACIÓN, que son los siguientes:

SERIE aritmética de la evolución.	SERIE geométrica de la evolución.	SERIE mecánica de la evolución
Dios, síntesis de todas las verdades y leyes matemáticas posibles, creadas, autógenas.	La aritmética divina, existiendo en cualquier punto del espacio y en cualquier momento del tiempo.	La creación divina haciendo vibrar un punto cualquiera, convirtiéndolo en esfera, en centro del átomo central del Universo, en centro de la máquina esférica engendradora de todos los átomos del Universo ó combinaciones mecánicas elementales del tiempo y del espacio.
Lo racional matemático, la nada del vulgo.	El punto matemático. La esfera. El espacio vibrando, en movimiento, combinándose con el tiempo, transformándose en átomo, en fuerza. El átomo central. La nebulosa central. Las nebulosas parciales. La forma esférica del mundo aumentando sin cesar de volumen. Los astros.	La esfera, convirtiéndose en punto, y éste en esfera, palpitación mecánica incesante en que consiste la vida del mundo, ó sea la combinación total del espacio infinito con el tiempo infinito, de la cual nacen todas las formas de la Naturaleza, combinaciones parciales del tiempo y del espacio.
Leyes de la astronomía. Leyes de la esteoquímica.	Los átomos, vértices del tetraedro regular. Los átomos, vértices del cubo y del octaedro.	La atracción newtoniana. La primera pareja de formas mecánicas conjugadas: el calor, forma masculina, y la luz, forma femenina.

SERIE aritmética de la evolución.	SERIE geométrica de la evolución.	SERIE mecánica de la evolución.
Leyes de la estereo- química.	Los átomos, vértices del dodecaedro y del icosaedro.	La segunda pareja: el magnetismo, forma masculina, y la electri- cidad, forma femenina.
Idem id.	Los átomos, vértices de los poliedros deriva- dos de los anteriores.	La tercera y sucesi- vas parejas, hoy desco- nocidas.
Leyes matemáticas de la Química.	Los minerales.	Las combinaciones químicas, formas con- jugadas de la vida mi- neral.
Leyes matemáticas de la vida vegetal.	Los vegetales.	Las combinaciones biológicas, formas con- jugadas de la vida ve- getal.
Leyes matemáticas de la vida animal, de la fa- cultad de sentir.	Los animales.	Los instintos, mascu- linos y femeninos, for- mas conjugadas de la vida animal.
Leyes matemáticas de la facultad de pensar.	El hombre y la mu- jer.	Los pensamientos, formas conjugadas de la vida humana.
Leyes matemáticas de la facultad de querer.	Los genios.	Las voluntades, for- mas conjugadas del genio masculino y del genio femenino.
Leyes matemáticas de la facultad de amar.	Los santos.	Los amores, mascu- linos y femeninos.
Leyes matemáticas de la facultad de crear.	Los artistas.	Las creaciones artís- ticas, masculinas y fe- meninas.

*
* *

LOS COLORES Y LOS INSECTOS.—Lord Avebury ha dedicado sus ocios al estudio de los insectos, haciendo curiosísimas investigaciones, de las que da cuenta en *London*. Para averiguar si las abejas distinguen los colores, untó de miel varios papeles de colores diferentes, y cuando una abeja se había posado en uno de ellos lo cambiaba de sitio, observando que la abeja lo buscaba y volvía á posarse en el del mismo color. De esta suerte ha podido cerciorarse, no sólo de que las abejas distinguen los colores, sino de los colores que prefieren. El predilecto es el azul, viniendo después el blanco, el amarillo, el verde, el rojo y el anaranjado.

En cuanto á las hormigas, tomó dos platos de cristal, y entre ellos tierra de jardín; las hormigas hicieron allí sus casas, y cuando las quería observar no tenía más que descubrir uno de los platos, y las hormigas se refugiaban en seguida en la parte más oscura, huyendo de la luz. Poniendo sobre el nido cristales de diversas clases, observó el efecto, notando que las hormigas evitaban sobre todo el color violeta, y adquiriendo la evidencia de que las hormigas son sensibles á los colores y llegan á percibir hasta los rayos ultravioletas, que son para nosotros imperceptibles. Para probarlo cubrió los nidos con cristales, que tenían uno agua, otro bisulfito de carbón, y otro un líquido violeta; el bisulfito de carbón es para nosotros transparente como el agua, pero tiene la propiedad de interceptar los rayos violados. Pues bien: las hormigas se ponían siempre debajo del bisulfito de carbón, que para ellas indudablemente no es tan transparente como el agua, aunque nosotros así lo veamos; ellas ven sin duda los rayos violáceos, que nosotros no vemos.

*
* *
*

EL RELOJ MÁS ADMIRABLE.—Según la *Revista Iberoamericana de Ciencias eclesiásticas*, el reloj más admirable es el de Beauvais, en Francia.

Contiene nada menos que 90.000 piezas. Un doble motor principal y 14 motores secundarios ponen todas estas piezas en movimiento, y lo transmiten á las agujas de 52 cuadrantes y á diversas escenas y figuras automáticas.

El gran cuadrante de la fachada está circundado por las figuras de los doce apóstoles, y lleva en el centro la efigie de Jesucristo, señalando la medida vulgar del tiempo, las veinticuatro horas. Debajo está el cuadrante central, que da las indicaciones del cómputo eclesiástico por medio de cinco agujas de diferente longitud, las cuales giran en cinco círculos concéntricos, por el orden siguiente: ciclo solar, letra dominical, número de oro, epacta é indicción romana.

Hay todavía otros cuadrantes en las partes laterales de la fachada principal.

El cuadrante superior de la derecha reproduce el camino del sol en el cielo. El astro está representado por un globo de oro que se mueve á lo largo del círculo exterior; dos agujas movibles descendiendo é indican en el círculo, dividido en veinticuatro horas, la hora de la salida y puesta del sol. Por debajo de este cuadrante hay un grupo de otros nueve que dan la hora de París y de ocho principales ciudades, á cuyo grupo corresponde en la izquierda otro semejante que señala la hora de otras ocho ciudades, y la de Roma en el centro.

En cada una de las demás fachadas encontramos tres cuadrantes. El primero de la fachada derecha representa el movimiento de los seis planetas: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno. Debajo hay un mecanismo ingenioso para mostrar el flujo y reflujo de las mareas.

Más abajo todavía se halla el cuadrante que designa el curso de las estrellas en el hemisferio boreal, 4.000 estrellas agrupadas en 86 constelaciones. La vía láctea y 600 nebulosas están dibujadas en un fondo movable, que gira en el espacio de 25 horas, y está recubierto por un cristal fino, cuya circunferencia está dividida en 24 horas y 1.440 minutos.

El mecanismo de dar las horas también es monumental. A cada cuarto de hora aparecen sucesivamente un niño, un joven, un soldado y un anciano, y cuando da la hora completa desaparecen. El gallo canta para anunciar la hora. Adán, Noé, Abraham, Moisés y los cuatro profetas mayores, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, giran en torno de la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, que aparece triunfante. En las ventanas desaparecen las estatuas que representan las naciones, y en su lugar aparecen otras tantas llamas. Luego se presenta la Virtud para ser premiada, y el Vicio para ser castigado. Después de sonar la hora, todas las estatuas vuelven á su sitio.

Esta obra admirable de la mecánica fue construída por A. L. Verité, por iniciativa del señor Obispo Gignoux.

E. M.—*Mayo 1903.*

13

¿DESAPARECEN LOS AMERICANOS?—Es realmente curioso el hecho apuntado por Weston en la *Nineteenth Century*: los ciudadanos nativos norteamericanos disminuyen y tienden á desaparecer, hecho disimulado por la afluencia incesante de emigrantes europeos.

La primera generación de americanos después de la colonización tuvo familias de diez ó doce hijos; la segunda, tercera y cuarta, de seis ó siete; la quinta, de cuatro ó cinco; la sexta, de tres ó menos. El resultado de tal situación es que 275 años después del *Pilgrim Vathers*, la fuerza del puritanismo no está en el americano, cada vez más decadente, sino en los islandeses, canadienses, franceses y alemanes.

Si los nacimientos se hubieran mantenido á la altura de los primeros tiempos, los Estados Unidos tendrían hoy cien millones de habitantes, y no tienen más que 76 contando con emigrados y negros. De éstos, diez millones y medio son forasteros, y trece y medio nacidos de forasteros. Este proceso, según Weston, irá creciendo porque crecen los emigrados, como puede verse en el cuadro siguiente:

AÑOS	Islas Británicas	Alemania	Escandinavia	Italia	Rusia	Austria Hungría	Rumania
1881.	153.718	210 485	73 597	15.401	10.655	27.735	—
1886.	112 584	84.403	48.005	21.315	21.739	28.680	—
1891.	122 085	92.274	41 002	51.799	43.880	56.199	517
1896.	64 827	31.185	30 062	68.060	45.828	65.103	785
1901.	48.237	18.507	28.225	100 135	90 789	114.847	6.459
1902.	45.273	28.304	48.378	178 379	10.7347	171 989	7 196

Es de notar que la emigración anglosajona disminuye, aumentando en cambio la rusa, la italiana y la austriaca, y que en los Estados Unidos ha comenzado á emigrar la gente al Canadá, todo lo cual contribuye á restar elementos á la familia norteamericana.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Principios del derecho, por Daniel S. Bustamante.—Un vol. 302 páginas.
La Paz.—Bolivia, 1902.

Se trata de un compendio de ideas y doctrinas jurídicas convenientemente sistematizadas ú ordenadas para facilitar el estudio del Derecho, especialmente entre los alumnos de la Universidad. El Sr. Bustamante revela no escasa lectura, sobre todo de las obras de escritores contemporáneos, acerca de filosofía del derecho y de sociología, en cuanto esta última estudia las relaciones con la primera, muy particularmente cuando se trata de explicar la naturaleza y evolución de las instituciones jurídicas.

Aun cuando cabría señalar algunos reparos al plan desarrollado por el Sr. Bustamante en su libro, y á varios de sus conceptos, no puede negarse á éste el carácter de un trabajo muy útil y muy en consonancia con el propósito perseguido por el autor. Sin duda, como este mismo dice: «es una obra compuesta con intenso amor al bien y á la verdad».

El Sr. Bustamante, antes de fijar la idea propia del derecho—obra de análisis—y de determinar su fundamento racional, ha creído conveniente señalar la evolución del derecho como concepto, principalmente, de la historia; quizá sería mejor decir de la historia de la filosofía del derecho—en la India, en Grecia—Pitágoras, Platón, Aristóteles—Roma, Edad Media, y luego desde Grocio, en los principales filósofos modernos—Kant, Hobba, Locke, Hegel, Krause—y en las escuelas contemporáneas—Escuela histórica, Utilitarismo, Evolucionismo, etc., etc.

En el capítulo 2.º es en donde el Sr. Bustamante nos expone la idea y aspectos del derecho, estudiando á continuación sus relaciones y determinación; y bajo el epígrafe de *Elementos complementarios*, la evolución jurídica y las fuentes del derecho positivo, costumbres, jurisprudencia y ley.

El resto del libro está destinado á explicar las *Bases del derecho privado*: régimen de las personas—régimen de los bienes—y obligaciones y contratos.

A. POSADA

*
* *

Principios de psicología individual y social, por C. O. Bunge. Con prólogo del Dr. Simarro.—Un tomo de la «Biblioteca científico-filosófica».—Madrid, 1903.

El Dr. Bunge, escritor ventajosamente conocido entre los lectores de LA ESPAÑA MODERNA y en los círculos científicos más acreditados de la Europa culta, por su magnífico libro sobre *La Educación*, ha querido presentar á los psicólogos y sociólogos en su nueva obra una lectura útil y agradable y una instrucción sólida sobre uno de los aspectos más fundamentales del estudio del hombre, á saber: compenetración de su personalidad y de su vida colectiva en la unidad radical de su naturaleza.

La metafísica y el positivismo se encuentran entremezclados en estas gallardas muestras del pensamiento argentino. El Dr. Bunge, que se proclama y no se avergüenza de confesarse «metafísico positivo» (*psicólogo trascendental*, según sus propias expresiones), empieza por reconocer el valor ilustrativo de las ciencias experimentales, y que éstas son la base necesaria de toda doctrina de conjunto. Ni aun halla inconveniente en ir más lejos, concediendo que, en principio, no debe admitirse nada que no se haya demostrado inductivamente.

Pero no por eso acepta el postulado que se opone frecuentemente á la metafísica bajo el especioso nombre de *unidad de la ciencia*, idea tan repetida desde Spencer acá, y que es «un sueño pueril, sólo concebible en Pitágoras, cuando el pensamiento estaba en la infancia, aunque en una bien vigorosa infancia». De donde infiere el Dr. Bunge que, una vez dada á la empirie el papel que le corresponde en el comienzo de la investigación, el método de la sociología y de la filosofía en general debe ser exclusivamente psicológico, porque el hombre, para saber lo que puede y lo que no puede saber, no tiene más datos positivos que el hombre mismo.

En el curso de su variado y á veces difuso trabajo, el autor parece haberse propuesto firmemente no perder por un solo momento de vista ese criterio esencial. Después de determinar los grados de la psicología, hace mucho hincapié en las dos bases de la existencia espiritual rudimentaria: la sensibilidad, base pasiva, y el instinto, base activa, considerando á aquélla como el primer *fenómeno*, y á éste como la primer *ley* de la vida de relación. Se extiende luego en magníficas consideraciones acerca de la conciencia y sus estados, de lo subconsciente voluntario é involuntario, y de las ideas fuerzas. Y concluye aplicando estos principios á las ciencias sociales, á las relaciones de libertad colectiva, al progreso y á la educación.

En atención á los límites á que por necesidad debo ajustarme, sólo ofrezco esa ligera exposición; aun así, espero que, gracias al imperecedero atractivo de los estudios que tienen por objeto el hombre y la sociedad, baste exposición tan ligera para inducir al lector á consultar el tratadito del ilustre profesor argentino.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

RECIBIDO A LA BIBLIOTECA DEL
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y
DESENVOLUPAMIENTO TECNOLÓGICO

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Los Archivos de la Condesa D***</i> (novela), por A. N. Apoukhtine .	5
<i>Poetas americanos.—El primer beso</i> , por Manuel M. Flores.....	38
<i>Páginas de la leyenda de la Pampa.—La cautiva</i> , por Manuel Ugarte.....	39
<i>Las Universidades Populares</i> , por Leopoldo Palacios.....	53
<i>D'Annunzio y el anarquismo aristocrático</i> , por Edmundo González-Blanco	76
<i>El centenario de la Luisiana</i> , por Jerónimo Becker	106
<i>Curiosidades numismáticas</i> , por Ignacio Calvo.....	130
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	146
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	156
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada y Edmundo González-Blanco...	195